Libros del Asteroide

Mario Calabresi

Salir de la noche

Historia de mi familia y de otras víctimas del terrorismo

Prólogo de Enric González

Traducción de Carlos Gumpert



Libros del Asteroide

Mario Calabresi

Salir de la noche

Historia de mi familia y de otras víctimas del terrorismo

Prólogo de Enric González

Traducción de Carlos Gumpert



Mario Calabresi

Salir de la noche

Historia de mi familia y de otras víctimas del terrorismo

Traducción de Carlos Gumpert

Libros del Asteroide

Índice

Portada
Salir de la noche
Prólogo
Nota para el lector
1. El presagio
2. Piazza del Popolo
3. Una fotografía
4. El Cinquecento azul
5. Pintadas
6. La entrevista
7. El naufragio
8. Tenemos que despedirnos
9. Montecitorio
10. Un pintor de izquierdas
11. Volveremos a amarnos
12. Oportunidades desperdiciadas
13. Las reglas de la cocina
14. Las disculpas
15. Respirar
16. El trombón
Agradecimientos
Colofón
Nota Biográfica

Primera edición, 2023
Título original: *Spingendo la notte più in là*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2007 Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milano
© 2017 Mondadori Libri S.p.A., Milano

© del prólogo, Enric González, 2023
© de la traducción, Carlos Gumpert, 2023
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © David Sánchez
Fotografía del autor: © Anna Casellato

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló 11-13, 3.º-1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Centro per il libro e la lettura del Ministero della Cultura Italiano.



ISBN: 978-84-19089-58-8
Composición digital: www.acatia.es
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Prólogo

El 12 de diciembre de 1969, a las 16.37, estalló una bomba en la sede milanesa de la Banca Nazionale dell'Agricoltura, situada en la plaza Fontana. Murieron 17 personas. Otras 88 sufrieron heridas. La policía centró inmediatamente sus investigaciones en varios grupos anarquistas, uno de cuyos miembros, el ferroviario Giuseppe Pinelli, antiguo partisano y conocido pacifista, fue detenido horas después del atentado.

Muy pocos sabían entonces (lo sabía, sin duda, el Go-bierno italiano) que la matanza en Milán, la llamada «strage di piazza Fontana»), había sido cometida por neofascistas, asesorados y amparados por los servicios secretos. Muy pocos sabían entonces que estaba fundándose una organización clandestina de izquierda revolucionaria llamada Brigadas Rojas, con la violencia como instrumento y con una doble misión: acabar con la moderación y el reformismo del Partido Comunista, por un lado, y, por otro, evitar un golpe de Estado del ejército y la ultraderecha similar al de Grecia en 1967.

Italia empezaba a precipitarse en unos largos y oscuros años de terror, los *años de plomo*.

Tres días después de la explosión en el banco milanés, el 15 de diciembre, el anarquista Giuseppe Pinelli cayó desde un cuarto piso mientras era interrogado. Nunca se aclaró cómo se produjo la caída mortal de Pinelli. La ventana desde la que se estrelló contra el patio de las dependencias policiales correspondía a la oficina del comisario Luigi Calabresi. Tanto la prensa de izquierda como la mayor parte de la opinión pública atribuyeron a Calabresi la responsabilidad de lo que parecía un asesinato.

El dramaturgo Dario Fo, que ganaría en 1997 el Premio Nobel de Literatura, estrenó en 1970 una sátira divertidísima sobre aquel asunto siniestro: *Muerte accidental de un anarquista*. Entre risas, se demostraba al público que la policía (es decir, Calabresi) había defenestrado al detenido. *Lotta Continua*, el periódico de una recién creada organización de extrema izquierda con el mismo nombre, insistía en cada ejemplar: Calabresi era culpable.

No se descubrió hasta muchos años más tarde, porque la policía obstruyó cualquier investigación seria (la versión oficial consistía en que Pinelli se había caído por la ventana a causa de un mareo), que Calabresi estaba probablemente fuera de su oficina cuando se produjo la caída.

El temor de la extrema izquierda a una desestabilización del sistema democrático (a la que ella misma contribuía) no carecía de fundamento. En diciembre de 1970 se registró un fallido intento de golpe dirigido por el militar y aristócrata fascista Junio Valerio Borghese; tras fracasar la intentona, Borghese se refugió en la España franquista. Tanto él como sus colaboradores fueron absueltos por la justicia italiana. El entonces mi-nistro de Defensa, Giulio Andreotti, encubrió a los implicados en el golpe y ocultó a los tribunales los datos más incriminatorios.

Luigi Calabresi era un hombre sin esperanza. Sabía que un día u otro alguien se encargaría de acabar con el «Comisario Ventana», como le llamaban. El día llegó el 17 de mayo de 1972. Al salir de su casa le dispararon por la espalda y lo remataron con un tiro en la nuca. Su cuerpo

quedó tendido entre dos coches. Solo tenía treinta y cuatro años. Dejaba viuda y tres hijos. El mayor, Mario, tenía tres años. El menor no llegó a conocer a su padre.

Dario Fo y su esposa, la actriz Franca Rame, estaban en el punto de mira de la ultraderecha desde el estreno de *Muerte accidental de un anarquista*. En 1973, Franca Rame fue secuestrada, torturada y violada repetidamente por un comando fascista.

En Italia, inmersa en los años de plomo, todo era miedo, violencia y confusión.

En realidad, esa era la idea desde el principio: sembrar el miedo, la violencia y la confusión. En un momento crítico de la guerra fría (la Unión Soviética había invadido Checoslovaquia en 1968, Estados Unidos estaba perdiendo la guerra de Vietnam), la otan (a través de la estructura secreta Gladio), la cia y los principales servicios secretos europeos habían decidido iniciar en Italia, considerada un eslabón débil en la cadena de la defensa occidental por la pujanza de su Partido Comunista, lo que con el tiempo se llamaría «estrategia de la tensión».

El plan consistía en aterrorizar a los italianos y, con brutales atentados atribuidos a la extrema izquierda y cometidos en realidad por la extrema derecha, empujarlos hacia posiciones atlantistas y anticomunistas. Las Brigadas Rojas, nombre con el que suele denominarse genéricamente a la propia organización y a una constelación de pequeños grupos revolucionarios (varios de ellos afiliados a Lotta Continua), respondieron con su propio terror.

Durante los años de plomo, los que van de 1969 a 1980 (aunque la violencia política prosiguió hasta entrado el siglo xxi), Italia y sus instituciones vivieron al bord e del colapso.

El 31 de mayo de 1972, dos semanas después del asesinato del comisario Calabresi, una trampa con explosivos mató a tres policías e hirió a otros dos en Peteano, al noreste de Italia. Como en la plaza Fontana, la policía culpó a la extrema izquierda. Incluso inventó pistas falsas. Uno de los autores del crimen, Vincenzo Vinciguerra, militante de la organización neofascista Orden Nuevo, confesó en 1982 que Giorgio Almirante, fundador y líder del Movimiento Social Italiano (el mismo partido, rebautizado como Hermanos de Italia, al que pertenece la primera ministra Giorgia Meloni), había pagado 35.000 dólares al comando terrorista para que se refugiara en España.

Días antes del atentado de Peteano, el 14 de marzo de 1972, había muerto Giangiacomo Feltrinelli, fundador y propietario de una de las editoriales más importantes del país y héroe de la libertad de expresión desde que, en 1956, logró sacar de la Unión Soviética el manuscrito de *Doctor Zhivago*, la novela prohibida de Borís Pasternak. Feltrinelli murió manipulando una bomba. Así se descubrió que llevaba una doble vida y que, además de editor, era el camarada «Orlando», jefe de los Grupos de Acción Partisana, un grupúsculo en la órbita de las Brigadas Rojas.

Todo suena a locura. Lo era. En 1975, la logia masónica secreta Propaganda Due (P2), dirigida por el fascista Licio Gelli y con miembros en todas las esferas del poder (entre los afiliados de menor rango figuraba el constructor Silvio Berlusconi), se hizo con el control del grupo Rizzoli, propietario del *Corriere della Sera*, el diario más importante de Italia. Gelli era uno de los organizadores de la estrategia de la tensión y contaba con el respaldo financiero del Banco Ambrosiano, que manejaba los fondos del Vaticano. El presidente del Banco Ambrosiano, Roberto Calvi, miembro de la P2, se suicidó en Londres en 1982; numerosos indicios apuntan a que en realidad se trató de un asesinato.

Muertes y más muertes. El 2 de noviembre de 1975 fue asesinado el poeta y cineasta Pier Paolo Pasolini, que dejó incompleto un libro laberíntico, titulado *Petróleo*, con el que quería denunciar los crímenes de Estado. El único condenado fue el joven Pino Pelosi, amante pasajero de Pasolini. Pocos creyeron entonces que Pelosi fuera culpable, o que fuera el único culpable; casi nadie lo cree ya. Pelosi murió de cáncer en 2017, proclamando su inocencia. Otro misterio más.

En una década oscura, el momento más negro fue la primavera de 1978. Aldo Moro, presidente de la Democracia Cristiana, acababa de lograr un acuerdo entre su partido y los comunistas (el llamado «compromiso histórico») para hacer frente de forma conjunta a la gravísima crisis política y económica. El 16 de marzo, un comando de las Brigadas Rojas secuestró a Moro y asesinó a sus cinco escoltas.

Durante semanas, Aldo Moro envió numerosas cartas a sus amigos en el poder rogando al Gobierno que negociara con los terroristas y lograra su liberación. Pero Washington y Moscú se opusieron a las negociaciones y, lógicamente, también lo hicieron la Democracia Cristiana y el Partido Comunista. El libro *El caso Moro*, de Leonardo Sciascia, ofrece un relato estremecedor de aquel secuestro a través de unas cartas cada vez más tristes y desesperadas.

Nunca se sabrá cómo consiguió la policía no localizar a tiempo el piso donde mantenían encarcelado a Moro: estaba en Roma, en la calle Camillo Montalcini, y era propiedad de Anna Laura Braghetti, militante de las Brigadas Rojas. Al menos un vecino hizo llegar a la policía su sospecha de que la vivienda podía ser un «piso franco» de los terroristas, pero no se investigó nada hasta meses después.

Aldo Moro fue asesinado el 9 de mayo de 1978. Su cadáver fue abandonado, dentro del maletero de un automóvil, en la céntrica calle Michelangelo Caetani, muy cercana a las sedes de la Democracia Cristiana y del Partido Comunista.

Por entonces ya todo estaba podrido. No quedaba una institución sólida. La estrategia de la tensión había funcionado.

El *crescendo* del terror alcanzó su clímax el sábado, 2 de agosto de 1980, a las 10.25 de la mañana. Una bomba mató a 85 personas e hirió a más de 200 en la Estación de Bolonia, abarrotada por el inicio de las vacaciones. No hubo ambulancias suficientes y los moribundos fueron trasladados al hospital en autobús.

Años más tarde, dos militantes fascistas fueron condenados a prisión perpetua como autores materiales del atentado. También fueron encarcelados el general Pietro Musumeci, subdirector de los servicios secretos italianos y miembro de la logia P2, y dos de sus colaboradores más directos, por fabricar pistas falsas y obstaculizar la investigación.

La tensión empezó a relajarse tras la matanza de Bolonia. Ronald Reagan, nuevo presidente de Estados Unidos, liberalizó los mercados financieros e impulsó un *boom* económico en Occidente que decantó definitivamente la guerra fría: la Unión Soviética no podía seguir compitiendo. La llegada de Mijaíl Gorbachov al Kremlin en 1985, la caída del Muro de Berlín en 1989 y la disolución de la Unión Soviética a partir de 1990 hicieron innecesaria la estrategia de la tensión. No hubo más atentados de la extrema derecha y los servicios secretos italianos dejaron poco a poco de conspirar.

Las Brigadas Rojas siguieron matando, pero la detención del líder, Renato Curcio, en 1976, y la del sucesor, Mario Moretti, en 1981, condujeron gradualmente a su desarticulación. Las

llamadas Nuevas Brigadas Rojas cometieron asesinatos hasta entrado el siglo xxi, pero el ambiente político era otro. El Partido Comunista Italiano y la Democracia Cristiana habían dejado de existir, arrastrados por una marea de corrupción a la que no fueron ajenos los años de plomo.

Lo que comenzó con las revueltas de mayo de 1968 y las huelgas masivas de 1969 se había anudado en la trá-gica historia del policía Calabresi y el anarquista Pinelli. Ambos se conocían bien. Calabresi estaba encargado de investigar los movimientos políticos de izquierda; Pinelli acudía con frecuencia al comisariado para obtener la autorización previa que requerían las manifestaciones. De hecho, aquel fatídico 12 de diciembre de 1969 fue el propio Pinelli quien acudió al despacho de Calabresi para aclarar las cosas, porque se fiaba de él. Incluso habían intercambiado libros.

Me crucé en varias ocasiones con Mario, el hijo del comisario. Trabajaba en *la Repubblica*, el diario donde yo tenía mi oficina como corresponsal de *El País*. Nunca hablamos de su padre ni de los años de plomo, aunque era notorio el esfuerzo de Mario Calabresi por contribuir a la reconciliación de una Italia resquebrajada. De hecho, *la Repubblica* (que Mario llegó a dirigir) pertenecía al mismo grupo editorial de la revista *L'Espresso*, uno de los medios más feroces en la campaña de prensa contra el «Comisario Ventana».

Sí conversé en diversas ocasiones con Adriana Faranda, miembro del comando que secuestró y asesinó a Aldo Moro. Adriana había cumplido dieciséis años de cárcel, había hecho todo lo posible para «disociar» (ese era el término que se empleaba) de la lucha armada a sus antiguos compañeros y había vendido su piso para entregar el dinero a Cáritas, que se encargó de distribuirlo entre víctimas del terrorismo.

Adriana Faranda me habló de los antiguos brigadistas refugiados en Francia, de los reinsertados tras cumplir condena (Curcio ingresó en una cooperativa de apoyo a los marginados, Moretti obtuvo un empleo como informático en el gobierno regional de Lombardía), y de quienes no habían cedido ni un milímetro en sus posiciones. También me habló de su amiga María Fida, hija de Aldo Moro, el hombre al que Adriana contribuyó a secuestrar y asesinar.

Y me contó algo que nunca olvidaré. Adriana Faranda, siciliana, hija de buena familia, joven y con un aspecto nada sospechoso, fue la encargada de vigilar durante semanas los movimientos de Aldo Moro. Un día, uno de los dos policías que custodiaban el domicilio de Moro alzó la vista y señaló al cielo; el otro miró y ambos sonrieron. Volaba sobre Roma una nube de golondrinas, anuncio de la primavera. Adriana pensó que esos dos policías quizá no llegarían a verla. Y sintió el aguijonazo de la duda. Pero siguió con su misión. Si hubiera reflexionado un poco en el momento de las golondrinas, me dijo, su fe en la violencia se habría venido abajo.

ENRIC GONZÁLEZ

Nota para el lector

El comisario Luigi Calabresi nació en Roma el 14 de noviembre de 1937. Después de estudiar Derecho ingresó en la Policía. Su primer destino fue Milán, adonde llegó a finales de 1966: fue asignado al departamento de delitos políticos y, a partir de 1968, se ocupó de actividades subversivas.

Participó en la investigación de la matanza de piazza Fontana, que tuvo lugar el 12 de diciembre de 1969, en el curso de la cual murió el anarquista Giuseppe Pinelli, al caer de la ventana de su despacho mientras estaba siendo interrogado acerca de la bomba en las oficinas de la Banca Nazionale dell'Agricoltura.

Calabresi se convirtió en blanco de una campaña de prensa que lo señalaba como el asesino de Pinelli. No tuvo tiempo de ver reconocida su inocencia, establecida por las investigaciones y por dos sentencias judiciales. El 17 de mayo de 1972, al salir de su casa, fue asesinado con dos disparos de pistola, uno en la espalda y otro en la nuca.

Estaba casado con Gemma Capra, que entonces tenía veinticinco años y estaba embarazada de su tercer hijo.

La investigación por el asesinato encalló tras haberse barajado distintas pistas, hasta que, el 28 de julio de 1988, fueron detenidos Adriano Sofri, Giorgio Pietrostefani y Ovidio Bompressi. Leonardo Marino, antiguo obrero de la Fiat y militante de la organización de izquierda extraparlamentaria Lotta Continua, había acusado a Sofri y Pietrostefani, antiguos dirigentes del movimiento, de ser los instigadores del asesinato, y a Bompressi, de ser su autor material. Marino dijo que él era el conductor el día del atentado. Otros antiguos dirigentes de Lotta Continua recibieron comunicaciones judiciales por complicidad en homicidio. Los detenidos siempre se declararán inocentes.

El 2 de mayo de 1990, en Milán, Sofri, Bompressi y Pietrostefani fueron condenados a veintidós años de cárcel, y Marino, a once, en virtud de la rebaja de la pena prevista por la ley para los arrepentidos. Al año siguiente, el Tribunal de Apelación confirmó las sentencias, pero, en 1992, el Tribunal Supremo anuló la sentencia. El 21 de diciembre de 1993, el nuevo proceso de apelación absolvió a todos los acusados. En octubre de 1994, el Tribunal Supremo anuló, a su vez, esta sentencia, por inconsistencia de las motivaciones y ordenó un nuevo juicio, que, celebrado en el otoño de 1995, reafirmó las condenas. El 22 de enero de 1997 el Tribunal Supremo confirmó la sentencia, que se convirtió, así, en firme, y dos días después, Sofri, Bompressi y Pietrostefani ingresaron en la cárcel de Pisa.

La Judicatura se ocupará del caso siete veces más, después de la solicitud de revisión del proceso, que fue rechazada primero en Milán, luego en Brescia y, finalmente, en Venecia, en el año 2000.

La sentencia dividió profundamente a la opinión pública. En favor de la liberación de los tres condenados se movilizaron intelectuales y políticos y surgieron comités ciudadanos.

El 20 de abril de 1998, Bompressi salió en libertad por motivos de salud; posteriormente fue puesto bajo arresto domiciliario, y el 31 de mayo de 2006, el presidente de la República Giorgio Napolitano le concedió el indulto.

Giorgio Pietrostefani huyó a Francia a principios de 2000 y vive como prófugo en París.

Adriano Sofri volvió a prisión en Pisa tras la sentencia del Tribunal de Apelación de Venecia. En junio de 2005 obtuvo permiso para trabajar durante el día en la biblioteca de la Scuola Normale de Pisa. El 26 de noviembre de 2005 fue operado de urgencia por una hemorragia en el esófago y tres días después se suspendió su pena por motivos de salud. En diciembre de 2006, el Juzgado de Vigilancia Penitenciaria de Florencia ordenó un nuevo aplazamiento de la sentencia.[*]

El presidente de la República, Carlo Azeglio Ciampi, otorgó la medalla de oro a la memoria de Luigi Calabresi el 14 de mayo de 2004. En enero de 2005, el Servicio italiano de Correos emitió un sello conmemorativo.

Pasa
una vela,
empujando
la noche
más allá

Estos versos han sido extraídos del volumen L’intermittenza del giallo de Tonino Milite, el hombre que hizo de padre de Paolo, Luigi y Mario Calabresi.

1. El presagio

Cuando lo mataron no era un día «normal», en el sentido de que no era inesperado. Hacía mucho tiempo que ningún día era ya normal: los peores presagios, los miedos repentinos, las angustias y hasta el llanto se habían convertido en compañeros de viaje de mis padres. Nadie podría decir desde cuándo. O tal vez sí, desde la noche en la que mi padre volvió a casa trastornado: «Gemma, ha muerto Pinelli».

Y luego, desde el momento en que aparecieron las primeras pintadas en los muros de la ciudad, señalándolo como el comisario «asesino». Desde la mañana en la que dio comienzo aquella feroz campaña de prensa, cargada de violencia y de sarcasmo, erigida a base de amenazas, promesas, desafíos y hasta caricaturas. No mucho después de mi nacimiento, el periódico *Lotta Continua* retrató a mi padre conmigo en brazos, enseñándome a decapitar, con una pequeña guillotina de juguete, a un muñeco que representaba a un anarquista.

Sin embargo, son los detalles que he ido recopilando y catalogando instintivamente a lo largo de los años en mi memoria los que hacen de un día cualquiera un día anunciado. Previsto. Casi esperado.

Mis padres llevaban tiempo preparándose para el estallido de la tragedia. Eso sí, lo hicieron casi sin saberlo, siempre con cierta cuota de irracionalidad. Hoy, repasando esos momentos, esos instantes suyos de lucidez o desesperación repentina, me cuesta hasta trabajo respirar, no puedo entender cómo lograron sobrevivir. Juntos, primero. Mi madre sola, después.

Hoy escribo, pero llevo años, prácticamente desde siempre, archivando recuerdos, discursos y confidencias.

De mi madre. En dosis muy pequeñas. El sufrimiento se reaviva a toda prisa y solo tolera incursiones cortas y rápidas; no podemos permanecer demasiado tiempo en ese territorio de principios de los años setenta, se corre el riesgo de hacerle daño, de modo que es preferible poner freno a la curiosidad.

De mi abuela materna, Maria Tessa Capra. Con ella se puede hablar largo y tendido, ha navegado toda la parte central del siglo xx, habiendo nacido en los albores de la primera guerra mundial y dos años antes de la Revolución rusa. Ha visto dos guerras, su casa bombardeada, un marido prisionero en Alemania, se quedó viuda y perdió a uno de sus siete hijos, pero nunca ha dejado de luchar. Con ella solo se puede hablar largo y tendido: de nada sirve sentarse en el sofá o en una silla de la cocina y hacerle una pregunta sobre el pasado si no tienes al menos dos horas de tiempo. Le gusta recordar, le encanta hacerlo, aunque pueda resultar doloroso. Me ha enseñado las virtudes taumatúrgicas y curativas de la palabra y la importancia de compartir la memoria.

De los amigos de mi padre, a quienes he ido interrogando con cautela a lo largo de los años. La cautela es hija de mi prudencia, que siempre me ha empujado a no abrir de repente ciertas habitaciones que quizá estén demasiado llenas para poder afrontarlas.

Así, con el paso del tiempo, he puesto en fila seis recuerdos, seis imágenes, que simbolizan su calvario, su tormento.

El abuelo. Mi abuelo materno, Mario Capra, producía y comercializaba telas. En los días más feroces de la campaña de prensa, un domingo, después de comer, se apartó con mi padre y le susurró: «Luigi, todo se ha vuelto demasiado peligroso, deja la Policía, tengo un puesto para ti. Trabajarás en Roma, dejarás atrás esta ciudad y sus demonios, te prometo que incluso ganarás más». Mi padre, eso cuenta la abuela, lo interrumpió, justo cuando el abuelo intentaba ganárselo ironizando sobre los sueldos estatales, y fue lacónicamente claro: «Gracias, aprecio tu gesto de afecto, pero no puedo. Me resultaría imposible. Sería una fuga. Lo mismo que huir. Es más: significaría admitir que soy culpable. Me quedaré hasta el final, mi-rándolos a todos a los ojos». Mi abuelo no pudo dormir aquella noche y habló hasta tarde con mi abuela en la cama de la enorme casa frente al hipódromo de San Siro: «Ha elegido su destino y no podremos salvarlo».

El correo. Para mi madre, todo se volvió angustiosamente claro cuando el buzón de casa empezó a estar siempre vacío. De repente ya no había más correo. Al ser consultado, el portero respondió: «Yo sigo dejando cartas, pregúntele a su marido». Ella le preguntó y él lo negó, dijo que simplemente llegaba menos correo, hizo algunas bromas que se perdieron en el tiempo y luego cambió de tema. Mi madre empezó a estar más atenta. Una mañana encontró una excusa para salir la primera, miró en el hueco y vio una carta con la dirección escrita con rotulador, pero no la recogió. La dejó allí y esperó. Cuando volvió a salir más tarde, con el cochecito, el buzón estaba vacío. Esperó a la noche, y salió a su encuentro: «¿Había correo esta mañana?». Cuando él le dijo que no, ella lo entendió todo y sintió que se moría por dentro. Eran cartas de insultos, de amenazas, que él le ocultaba para no incrementar sus temores. Con los años apreciaría el amor de ese gesto que tal vez les permitió disfrutar un poco más de cierta normalidad.

La nota. Hay relatos de amigos, repetidos a lo largo de los años, de sus confidencias, de las cartas en las que explicaba el miedo que sentía, de los presentimientos, pero sobre todo hay un papelito que siempre me ha provocado ternura, símbolo de su escasa capacidad de defensa, incluso de una cierta ingenuidad. Era una anotación que mi madre encontró en su cartera, en una esquina arrancada de un periódico: había apuntado la matrícula de un coche y, debajo, «3-11-71. me han seguido, dos jóvenes a bordo, han tomado la matrícula de mi vehículo».

El presagio. Una mañana, en corso Vercelli, exactamente una semana antes del asesinato, mientras me sostenía con una mano y con la otra empujaba el cochecito con Paolo dentro, mamá se miró reflejada en el escaparate de una farmacia y pensó: «Soy una mujer viuda». Primero trató de espantar la idea, luego no pudo resistirse y rompió en sollozos en medio de la calle.

La pistola. Mi padre tenía un arma reglamentaria, como es natural. Era un revólver pequeño. Lo guardaba desmontado en un armario, escondido entre los suéteres. Una mañana, mientras recogía la casa, mi madre lo echó de menos. Cuando le pidió explicaciones, él contestó que se lo había llevado a la comisaría y que se quedaría allí. Ante su insistencia, concluyó: «Gemma, olvídalo, no quiero tenerlo aquí y no quiero llevarlo conmigo, y además», esa era una idea que repetía incluso a sus amigos, que se sorprendían por el hecho de que no fuera armado, «no me serviría de nada: si me disparan, lo harán por la espalda. Nunca tendrán el valor de dispararme mirándome a los ojos. E incluso si tuviera tiempo para darme cuenta, preferiría no tener que dispararle nunca a nadie».

La promesa. Cuatro o cinco días antes de morir, probablemente el viernes 12 o el sábado 13 de mayo de 1972, mi padre me llevó a casa de mis abuelos. Me iban a dejar allí a dormir para salir a cenar esa noche. En la puerta, antes de que él se fuera, mi abuela recibió la siguiente petición: «Mamá —la llamaba así desde que le cogió confianza, a pesar de que fuera su suegra—, prométeme que si me pasa algo...». Ella trató de interrumpirlo, llegó incluso a ponerle una mano en la boca, pero él le dijo, jadeando: «Por favor, Maria, prométeme que cuidaréis de Gemma y de los niños». Ella no pudo hacer otra cosa más que asentir, con un nudo en la garganta, mientras él se alejaba rápidamente.

Podría pensarse que se trata de la angustia de una familia, seis fotogramas de una película privada e inaccesible. Durante años, con el fin de entender, me tomé la molestia de ir a ver la película completa y descubrí que la violencia y el nivel de amenaza estaban, por desgracia, a la vista de todos. Pero casi nadie pareció prever las trágicas consecuencias de aquella campaña de odio.

La curiosidad por comprender, por saber qué se decía y se escribía sobre mi padre, estalló cuando tenía catorce años. Durante el primer curso de secundaria empecé a faltar al instituto para ir a leer los periódicos de la época en la hemeroteca de la biblioteca Sormani, a escasos metros del Palacio de Justicia. Seguí haciéndolo bastante tiempo, a veces con pausas de unos meses, al menos hasta el final del tercer curso. Llegaba temprano por la mañana, antes de que abrieran la puerta, para ser de los primeros en entrar. Me apresuraba a pedir los microfilmes y, para evitar colas y esperas, a menudo llevaba preparado con antelación el impreso amarillo de solicitud. El primero que afronté fue el *Corriere della Sera*. Partí de la matanza de piazza Fontana para llegar al día del asesinato. Era un trabajo solitario y metódico, en el que me dejaba la vista, pero que me cautivaba. Me sumergía en otra época, perdía el sentido del tiempo y del presente. Me olvidaba por completo de los problemas escolares, de cuando me tocaba salir a la pizarra, del griego, de los compañeros. Fue una experiencia totalizadora. A veces me embargaba la curiosidad de un espectador, distante, como si la historia no me perteneciera, otras veces en cambio la ansiedad me secaba la boca, me dejaba sin fuerza en las piernas. Luego me levantaba, rebobinaba el microfilme y recorría unas cuantas decenas de metros hasta la filmoteca. Un lugar maravilloso, lleno de encanto, con una colección de títulos que me parecían excepcionales. Elegías una película, luego esperabas en tu sitio frente al vídeo a que lo cargaran en la videograbadora. Lo

consideraba algo extraordinario, un servicio público privilegiado, digno de una gran ciudad de vanguardia como Milán. Para no salirme del asunto, o tal vez por sentirme prisionero de aquellos años, pedía películas de los años setenta: Fellini, Truffaut, Kubrick. Siempre solo, siempre en silencio. Para volver al presente, al final de cada mañana, iba a la panadería Luini, detrás de piazza del Duomo. Los *panzerotti*, una especie de empanadas con *mozzarella* y tomate, fueron mi salvavidas durante años, el interruptor para reavivar mi existencia. Compraba dos y me los comía caminando hacia el Castello.

Con el tiempo pasé a hojear los semanarios, con *L'Espresso* a la cabeza, y solo al final abordé la recopilación del semanario *Lotta Continua*. Sobra decir que fue una lectura alucinante.

Aún hoy, cuando leo lo que escribían, aunque sea contextualizándolo todo, incluso frente a un Estado opaco y «enemigo», no me entran en la cabeza frases como esta del 6 de junio de 1970: «Este *marine* de ventana fácil tendrá que responder por todo. Vamos pisándole los talones, es inútil que forcejee como un búfalo enfurecido». O una página como la publicada el 1 de octubre de 1970, una semana antes del inicio del juicio por difamación contra *Lotta Continua*, que no tardaría en transformarse en un proceso contra mi padre: «Hemos sido demasiado tiernos con el comisario de la Policía Luigi Calabresi. Alguien que se permite seguir viviendo en paz, seguir ejerciendo su trabajo de policía, seguir persiguiendo a nuestros compañeros. Al hacer esto, sin embargo, ha tenido que descubrirse, su rostro se ha vuelto familiar y conocido para los militantes, que han aprendido a odiarlo. Y el proletariado ya ha emitido su sentencia: Calabresi es responsable del asesinato de Pinelli y Calabresi tendrá que pagarlo muy caro».

El país deliraba y aquella joven pareja —a principios de 1970 mi madre tenía veintitrés años y mi padre treinta y dos— estaba cada vez más sola. Una tarde ella le dijo, en un arranque de entusiasmo: «¿Pero por qué no vamos a Brera o a los Navigli, donde hay vida?»; él le contestó, con una sonrisa amarga: «Ya me gustaría ir a Brera, pero necesitaría llevar escolta…». Cuando salía a tiempo de la comisaría y mi tía Graziella nos hacía de canguro, reservaban una mesa apartada en un restaurante alejado o iban al cine, su gran pasión, siempre con la cautela de entrar cuando ya había empezado la sesión, para no ser reconocidos. «Era una pareja extraordinaria, que vivía cada vez más aislada de la ciudad», me contó Antonio Lanfranchi, un empresario milanés que los conoció por aquellos años, y que publicó una de las pocas esquelas que aparecieron en el *Corriere della Sera* que no fueran oficiales o de la familia. El 18 de mayo de 1972 escribió: «Antonio Lanfranchi llora por su amigo Luigi Calabresi». Arnaldo Giuliani, el entonces reportero de via Solferino, fue a buscarlo y lo entrevistó, por lo sorprendente que resultaba su gesto. Cuando me contó este episodio, una tarde de septiembre de 2005, me pareció poco creíble o, por lo menos, exagerado. Así que fui a verificarlo y, lamentablemente, las cosas ocurrieron así: en memoria de Luigi Calabresi, padre de dos hijos, con un tercero en camino, asesinado de dos tiros por la espalda, víctima de un furioso linchamiento público, solo se publicaron cuatro esquelas espontáneas aparte de las de rigor.

2. Piazza del Popolo

El 14 de mayo de 1977, en via De Amicis, en Milán, un chico con pasamontañas, vaqueros de campana y botines extiende los brazos en posición de tiro y empuña una pistola. La foto da la vuelta al mundo. Umberto Eco, apenas una semana después, escribe: tened presente esta imagen, se convertirá en insignia de nuestro siglo. Es el emblema de la confrontación que arrasa Italia, el disparo simbólico del Setenta y siete, de una «generación perdida» en la violencia, de un año que sumará 42 asesinatos y 2.128 atentados políticos.

Hojeo *Le Nouvel Observateur* y me la encuentro a tamaño grande, nítida, como introducción a una historia de los años de plomo. Todos conocen esa imagen, es impactante, para algunos hasta se convirtió en un icono. Para muchos representa la derrota definitiva de las ideas, de la contestación; otros se complacen en ella, les transmite fuerza, rebeldía. Todos se detienen en la imagen.

Deberíamos darle la vuelta, sin embargo, mirar el envés, penetrar en su interior. Y descubriríamos un mundo complejo con el que lidiar. Yo lo hago casi por casualidad, gracias a mi madre y al orden alfabético.



Amanece en una mañana de mayo romano, piazza del Popolo está preciosa, con una luz cálida, aunque casi haga frío. Una chica con botas de agua, *piercings*, llora sin poder contenerse. Una

mujer la abraza instintivamente, le ciñe el brazo, le dice: «Que le den esta medalla a tu padre es algo maravilloso, debes estar orgullosa de ello».

El presidente de la República se ha caído el día anterior, se ha fracturado un brazo, reina la preocupación, probablemente no podrá entregar las medallas al valor. Ni siquiera las que conmemoran a las víctimas del terrorismo, esas medallas de oro que llegan después de una eternidad, que le hacen a uno retroceder treinta años, que restituyen dolores repentinos, para los que uno nunca está preparado, que nunca tienen la cortesía de anunciarse. Aparecen y te arrancan del presente.

Te devuelven allí, a una tierra casi olvidada, que no parece pertenecer al país, que se ha dejado sin cultivar, a la atención de unos pocos. Si alguien se tomara la molestia de darle la vuelta a la foto, de mirar via De Amicis con los ojos de los muchachos con la P38, vería hombres uniformados. Jóvenes, del sur, parados en medio de la calle. Luego vería que una bala alcanza a un muchacho napolitano de veintidós años recién llegado a la ciudad. Lo vería caer, agonizar. Los periódicos de la mañana siguiente muestran su foto, es la única imagen que puede hallarse en los archivos. Se llamaba Custrà. El sargento Antonino Custrà.

Deberíamos tener ganas de seguir mirando, de escanear los archivos, de quitar el polvo, de desprendernos de la retórica burocrática, de los números que encasillan a ese policía como la decimocuarta víctima de los años de plomo. Y entonces podríamos ver algo más, algo que empieza a provocar ansiedad, malestar: una viuda muy joven que huye de la ciudad, que sigue el féretro de su marido, que se lo lleva de vuelta a casa. No está sola, tiene una barriga enorme, espera una niña que nunca conocerá a su padre. El caso es que nadie ha llegado nunca a mirar tan lejos, a cubrir el recorrido que lleva desde via De Amicis hasta hoy, a esa chica de las botas de agua.

Estamos desayunando, para mi madre es la segunda vez esta mañana. Se ha levantado a las cinco y media para llegar a tiempo a piazza del Popolo, lo ha hecho todo en silencio para dejarnos dormir y ha salido sola. Iba al ensayo general de la fiesta de la Policía en Roma. Junto con otras mujeres, camina frente a la guardia de honor, se detiene en un punto predeterminado, marcado con un trozo de cinta adhesiva sobre los adoquines, hace como que recibe la medalla de manos del presidente, dejando que se la sujete en el pecho. Luego, para su sorpresa, ha tenido que quitarse la chaqueta, había que entregársela a una funcionaria, que no se la devolverá hasta la mañana siguiente: un grupo de costureras del Ministerio del Interior debe coser un trozo de velcro para sujetar la condecoración.

Y luego se ha topado con ella, el orden alfabético se ha encargado de ello: Calabresi, Custrà. Cuando mi madre se da la vuelta, ve que los ojos de la chica se llenan de lágrimas. Es su turno de fingir. Pero tal vez se haya excedido en la ficción durante demasiado tiempo y estalla en un llanto inconsolable. «Miré un momento a mi alrededor, luego rompí el protocolo y ante los ojos de un presidente invisible, de una tribuna de honor desierta, de una plaza que aún no se

había despertado, la abracé con fuerza y empecé a acariciarle el pelo. Se llama Antonia Custrà. Su padre fue asesinado no muy lejos del vuestro; si lo piensas, basta con recorrer corso Vercelli y luego via San Vittore. Via Cherubini y via De Amicis no quedan muy lejos. En el medio, sin embargo, hay cinco años, del 72 al 77, y la ciudad ya se había acostumbrado a la sangre en el asfalto.»

Se me enciende una luz, no dejo de pensar en esa chica, quiero hablar con ella. Ha roto el hechizo burocrático, ha dado nueva vida a la memoria. Del resto se encargará Carlo Azeglio Ciampi junto con su esposa Franca a la mañana siguiente. El presidente no puede acudir a la plaza, lo han escayolado: fractura en la clavícula derecha.

Mientras los hombres del ceremonial se disponen a designar al sustituto que impondrá las medallas, para decepción de las mujeres que han hecho el ensayo de madrugada, llega una decisión repentina. Todos los esquemas saltan por los aires, dos autobuses llenos de esposas que han perdido a sus maridos, de hijos que no recuerdan a sus padres o tienen imágenes borrosas de ellos, entran en el Quirinal.

El presidente ha decidido que la fiesta de la Policía empiece más tarde, se presenta con el brazo colgado del cuello, un pañuelo en lugar de corbata, la chaqueta azul sobre los hombros, y se lanza a hablar, improvisando. Nunca había visto al Estado tan humano, nunca lo habíamos sentido tan cerca. Carlo Azeglio Ciampi quiere imponer personalmente las medallas, aunque no pueda hacerlo más que con una sola mano, a pesar de que su secretario general, Gaetano Gifuni, sacuda la cabeza y siga con las gafas colgadas de la oreja como solo él sabe tenerlas. Una lástima que no haya periodistas.

Nos toca a nosotros, mi hermano Luigi ha llegado por los pelos, tomó el avión desde Milán sin saber que todo se había adelantado. Un agente brillante lo lleva a la carrera desde el aeropuerto al Quirinal. Se baja del coche cuando ya estamos en la puerta. Paolo y yo le tomamos el pelo en voz alta, le contamos que ha sido precioso, una pena que se lo haya perdido... Ha sido siempre nuestra manera de exorcizar las tensiones, las emociones demasiado fuertes o las burocracias asfixiantes. Desde niños nos inventábamos juegos antes de las ceremonias oficiales, en la fiesta de la Policía apostábamos sobre cuántos agentes de la guardia de honor se desmayarían en las siguientes tres horas. Era nuestra forma de sobrevivir. Un juego, una broma antes de las audiencias en los juicios, antes de la conmemoración en la comisaría, donde papá tiene una cara demasiado tensa y severa en ese busto de bronce. Antes de entrar en el Palacio del Quirinal nos imaginábamos rompiendo el protocolo, diciendo cosas imposibles. Era también nuestra manera de salvar a mamá del abismo: cuando sus ojos empezaban a empañarse, a volverse distantes, uno de nosotros trataba de provocarle la risa, de traerla de vuelta al presente.

Sin embargo, es Ciampi esta vez quien nos pilla a contrapié, arrastrado por su mujer Franca, la primera en romper el protocolo: «Señoras mías, mi marido está aquí por ustedes, tenía muchísimo interés en asistir, a pesar de la fractura. Se la ha hecho porque corretea incluso cuando no tiene por qué... Es señal de que no me quedaré viuda».

El presidente bromea, sonríe, se emociona. Cuando nos llega el turno nos pide que le contemos, luego se pone serio, extiende una mano y acaricia el rostro de mi madre y le dice las palabras que ella llevaba esperando toda una vida, ya resignada a no oírlas nunca: «Hemos recuperado la memoria... Es un honor para mí entregarle esta medalla, por más que todo esto se produzca con tan enorme retraso». Nunca la había visto tan serena.

Después de nosotros le toca a Antonia Custrà. Hoy no lleva botas de agua, se ha atenido al ceremonial, pero no durará mucho: en cuanto salga se pondrá la cazadora vaquera. Ha venido acompañada por su madre, vuelve a emocionarse; Ciampi no puede creer su historia, su esposa se lleva las manos a la boca mientras cuenta que nació después del asesinato de su padre.

Me detengo a charlar con ella. Me da su número de teléfono. Todos los meses pienso en ir a verla, luego la ansiedad me paraliza y lo aplazo una y otra vez.

Salimos de piazza del Popolo y parece como si mamá hubiera vuelto a ser una chiquilla, sonríe, se ha quedado tranquila por fin. Caminamos por via del Babuino y ella no quiere quitarse la medalla de la chaqueta, la acaricia, como si fuera una niña con un juguete nuevo. Paolo le toma el pelo: «Mamá, pareces uno de esos veteranos soviéticos que van a la Plaza Roja con sus medallas». Ella se ríe y lo fulmina con la mirada: «Me da igual, y, además, yo también soy una especie de veterana». Es un día especial, y tanto es así que nos invita a un aperitivo en piazza di Spagna. Todavía conservo el recibo, los tres hermanos nos excedimos un poco: negroni, *bloody mary* y cócteles de Martini a mediodía; ella no nos imita y se toma una bebida de frutas sin alcohol. Cincuenta euros la broma. «Chicos, no os acostumbréis, es una excepción, y medalla hay una sola.»

Nunca hubiera pensado que una medalla pudiera hacer tanto, siempre lo había considerado un trámite burocrático, un rito rígido y frío, y en cambio veo que ha sido capaz de pasar una página en la cabeza de mi madre y de mis hermanos, de darles serenidad, ligereza, emoción.

Vamos a comer al restaurante Presidente, justo debajo del Quirinal, y nos sentamos fuera. Se nos suma Angelo Rinaldi. Me he pasado noches y noches hablando con él después de cerrar juntos el periódico. Se presenta con un hermoso ramo de flores blancas. Mamá no olvidará nunca la mañana del 14 de mayo de 2004.

3. Una fotografía

El encuentro que he aplazado demasiadas veces tiene lugar en Nápoles, un domingo de enero. Esta vez estoy totalmente decidido, he recorrido más de ocho mil kilómetros para tomarme una pizza con Antonia Custrà. Tomé el avión anteanoche en Nueva York. Pero antes he pasado por Milán, por el Palacio de Justicia, para recoger un archivador de fotografías olvidadas.

Me topé con la historia de un grupo de chicos que aquel día habían empuñado por primera vez una pistola, del chico napolitano al que mataron, de la fotografía que, después de quince años, acabaría llevándolos a todos a la cárcel y de la niña que se quedó huérfana.

En las librerías más grandes hay siempre un estante dedicado a los años de plomo, amplio, incluso, en algunas. Se trata casi siempre de libros escritos por los terroristas, con miles de matices, pero que cuentan la historia vista desde un lado. Luego están los volúmenes que reconstruyen las vicisitudes del terrorismo, pero casi nada que hable de las víctimas, de las personas que murieron, de su trabajo. Hace años se hizo hueco en esos estantes un librito de memorias fino y delicado, escrito por Agnese Moro. Me parecía que chirriaba allí, de lo diferente que era. En el último año, se le han sumado un libro de Giovanni Fasanella, que recoge los testimonios de familiares de personas muertas o heridas, y uno de Giovanni Minoli, que cuenta algunas historias de aquellos años, extraídas de uno de sus programas televisivos. Pero sigue siendo demasiado poco. La voz de los otros está completamente ausente.

«Solo aparece un nombre, casi siempre equivocado. Nada sobre él, nada sobre nosotros. Me bastaría con que las pocas veces que se menciona a mi padre, casi siempre en relación con la famosa foto, no fuera con el nombre y apellido equivocados: se llamaba Antonio y no Antonino, nos llamamos Custra y no Custrà. Nunca he llegado a saber quién le cambió el nombre y quién le puso ese acento, pero durante treinta años lo he visto trabucado por todas partes.» Me enmiendo yo también. La forma en la que habla me llama la atención. Ha cambiado mucho: tiene el pelo rubio, ya no lo lleva moreno, está muy delgada y, en lugar de botas de agua, lleva unos botines ligeros.

«Mi madre tenía veintitrés años, se habían casado en septiembre de 1976 y llevaban pocos meses viviendo en Milán. Ella no conseguía acostumbrarse, se pasaba la mayor parte del día en casa cocinando y hablando por teléfono con Nápoles. Fui concebida durante su luna de miel en Alemania, donde vivía una tía. Mi padre estaba feliz, él era el séptimo hijo, el primer varón después de seis hermanas, y quería un montón de niños. No trabajaba como policía para escapar del desempleo, como casi todos en aquel entonces, tenía un diploma de la escuela secundaria y también había estudiado Ingeniería durante un par de años. Le ofrecieron quedarse en los despachos, pero le gustaba la calle. Murió el 15 de mayo, después de un día en coma, y yo nací el 1 de julio.»

Antonia habla rápido, con firmeza, sin pretender atenuar el impacto de las cosas que dice, no hay nada que suavice las aristas de su relato.

«Ese día murió mi padre y murió mi madre. Ella sigue conmigo, pero desde hace treinta años es como un fantasma, está ausente, le tiene miedo a todo: no sale, no se compra nada, ni un solo viaje, ni un solo restaurante. Volvió enseguida a Nápoles, con el cuerpo de papá. Se fue a vivir a San Giorgio a Cremano con su madre. Desde entonces somos tres: ella, la abuela y yo. Durante años, mi abuela se encargó de todo, luego enfermó y me tocó a mí: soy el hombre de la casa, hago la compra, compro ropa, pago las cuentas. A los veintiún años busqué un poco de independencia, un trabajo que me permitiera sacar la cabeza.

»Estaba inscrita en la oficina del paro en las categorías protegidas, como hija de víctima del terrorismo. Me llaman del Ayuntamiento de Nápoles para un trabajo; hay que hacer una prueba. Yo estaba estudiando Sociología y había hecho el bachillerato de letras clásicas, no pude evitar la alegría y la curiosidad: se han acordado de mí, ¿qué querrán que haga? Llego a Palazzo San Giacomo para la entrevista, me acompañan a un atrio y me dejan allí. Me llama la atención la suciedad: restos esparcidos por el suelo, bolsas de basura en los rincones, una sala de espera verdaderamente terrible. Luego llega un em-pleado municipal con una escoba, me la pasa y me dice: “Déjame comprobar si eres capaz de barrer, luego están esos sacos que has de levantar, para ver si tienes fuerza suficiente”. Me quedo estupefacta, pienso en mi bachillerato de letras clásicas* y lo miro con gesto de interrogación; él se da cuenta y me lo aclara: “El trabajo es de barrendera, hemos decidido incorporar a las mujeres”. Me sentí fatal, así que era eso lo que el Estado tenía para ofrecerme, pero no repliqué, agarré la escoba y conseguí el trabajo. Así que me convertí en la primera barrendera de Nápoles, trabajo que conservé durante dos años. Entró otro grupo de chicas conmigo, la ciudad no estaba acostumbrada y las humillaciones no faltaban. Barría en el centro, en piazza del Plebiscito, y los chicos se burlaban de mí, me seguían, me silbaban, “hay que ver lo bien que manejas el mango...”. Estoy orgullosa de haberlo hecho, no lo oculto, todo lo contrario, siempre digo: “Empecé como barrendera”. Al final todo el mundo me conocía, era muy meticulosa, limpiaba como si estuviera en casa, y personalizaba mi mono azul: en Navidad me ponía los complementos rojos y colgaba bolas en el carrito y alrededor del cubo. Luego hice una oposición al Ministerio del Interior y empecé a trabajar en una oficina de la Policía ferroviaria. El primero que se interesó por mí fue Gianni De Gennaro, el jefe de la Policía, la misma mañana de la medalla. Me preguntó si me encontraba bien: “No, estoy en una oficina oscura y lúgubre que se encarga de enfermedades, si le soy sincera, me siento asfixiada”. Él se limitó a sonreírme, pero a los seis meses me trasladaron a la dirección interregional del Ministerio del Interior y sé que se lo debo a él.»

Me ha prometido llevarme a tomar una pizza, pero antes quiere que caminemos un rato por el paseo marítimo de Caracciolo, luego prolonga la caminata, entra en Borgo Marinari, hasta que se detiene, me mira fijamente y dice: «A mi madre no le gusta hablar de mi padre, sufre mucho, así que no le pregunto nada. No seguí los juicios porque era demasiado joven y, además, tenía miedo de que me hiciera daño. Llevo años negándome a saber, sin atreverme a afrontarlo: pues bien, no sé nada de lo que pasó aquella tarde en Milán y me gustaría que me lo contaras, empezando por el nombre del asesino». Titubeo, la verdad es que no me esperaba nada parecido, creo que he

provocado un desastre, tal vez no tuviera derecho; luego el silencio se vuelve difícil de soportar y no puedo echarme atrás: «El chico que le disparó se llama Mario Ferrandi, tenía veintiún años, es de Milán». Me interrumpe de inmediato: «¿Sigue en la cárcel?». «No, pero no sé dónde vive, solo sé que colaboró con Exodus, la comunidad de rehabilitación de drogadictos del padre Mazzi.» Se queda pensativa, en silencio, se muerde el labio. Seguimos paseando un rato, luego empiezo a contarle lo que he encontrado en las doscientas treinta y seis páginas que escribió el juez de instrucción Guido Salvini el 15 de septiembre de 1990 en su resolución sobre Ferrandi y otros veinticuatro más. Me esfuerzo por remarcarle que la Judicatura hizo realmente un buen trabajo para esclarecer todos los aspectos de la muerte de su padre, que se hizo justicia, que uno de los órganos del Estado cumplió a carta cabal con su deber.

Se celebraron dos juicios. En el primero, que finalizó en 1982, solo fueron condenados tres menores, pero ninguno de ellos era el culpable directo de la muerte de Antonio Custra. Eran tres estudiantes del Istituto Cattaneo, que participaron activamente en los enfrentamientos: Maurizio Azzolini, Massimo Sandrini y Walter Grecchi. A este último le cayeron catorce años por ser cómplice de un asesinato, pero su responsabilidad objetiva fue haber lanzado un cóctel molotov. Cumplió tres años y medio y luego, antes del proceso de apelación, huyó a Francia, donde sigue viviendo hoy. Está incluido en la lista de personas en busca y captura cuya extradición se ha solicitado al Gobierno de París, presentada por los ministros de Justicia, primero Roberto Castelli, luego Clemente Mastella. Su madre pidió que lo indultaran y pudiera regresar a Italia, pero murió sin esperanza. «Recuerdo que también nos escribió a nosotros. Y pensar que otros que han tirado cócteles molotov están en el Parlamento o son ministros...» Por un momento casi nos echamos a reír.

En la famosa foto se puede ver a un chico con un pasamontañas oscuro que se agacha y dispara con una Beretta de calibre 22. «¿Es este Ferrandi?» «No, ese es Giuseppe Memeo, no fue él quien mató a tu padre; solo tiene dieciocho años aquí, es la primera vez que empuña un arma, pero en 1979, con el grupo terrorista Proletari Armati per il Comunismo, el del prófugo parisino Cesare Battisti, matará al joyero Pierluigi Torregiani y al agente de policía Andrea Campagna. En el tiroteo frente a su tienda en Bovisa, en Milán, también resultó herido el hijo de Torregiani, Alberto, que era un adolescente y que desde entonces está en una silla de ruedas, semiparalizado.»

En la foto los chicos se dan a la fuga, tu padre ya ha sido alcanzado, estas son las escenas finales. Se encuentran frente al número 59 de via De Amicis, donde hay una gran copistería. Sin embargo, si uno se fija con atención en la foto, verá a otro fotógrafo, Antonio Conti, al otro lado de la calle, medio escondido por un árbol. En las fotos que ese hombre, pariente de Oreste Scalzone,[*] mantuvo ocultas durante doce años, metidas dentro de un libro en su dormitorio, se hallaba la clave para esclarecer el asesinato. El juez Salvini tuvo una intuición y el 31 de octubre de 1989, cuando el mundo estaba cambiando y el Muro de Berlín estaba a punto de derrumbarse, registró la casa de Conti y encontró treinta negativos de aquella tarde. Así pudo disponerse también de otro punto de vista y, con las imágenes de tres fotógrafos, se reconstruyó una película en quince fotogramas, capaz de identificar a cada persona y atribuir responsabilidades. Se ve a los chicos armados, unos con pistolas, otro con un rifle —Marco Barbone—, otros con cócteles

molotov, avanzando hacia el tercer destacamento de los antidisturbios, desplegado en medio de la calle. Se lanzan los cócteles molotov, luego es el turno de los primeros disparos. Empieza Memeo, los demás lo siguen, uno corre por delante de todos, manteniéndose en la acera derecha y guareciéndose detrás de los coches, llega a treinta o cuarenta metros de los agentes, tiene un pasamontañas claro, con un pompón, y lleva botines. Puede verse que sigue disparando incluso cuando retrocede. En el muro hay una pintada recién hecha: «Todo crimen es político». Será él el autor del disparo mortal. Es Mario Ferrandi, al que llaman «el conejo» por sus dientes saltones. No se enterará de que es el asesino de tu padre hasta 1986; hasta entonces estaba convencido de que no había matado a nadie. Los periódicos escribieron erróneamente que Custra había sido alcanzado por un proyectil de calibre 6.35, pero era de calibre 7.65, y así, ante los jueces, Ferrandi empezó a balbucear que él empuñaba una 7.65 y solo había disparado dos tiros y sin apuntar y que, por tanto, él no podía ser el asesino. Quien lo defendía era Gaetano Pecorella, que entonces estaba especializado en extremistas de izquierdas, y luego se convirtió en abogado (y parlamentario) de Silvio Berlusconi y, más tarde, del neofascista Delfo Zorzi en el juicio por la matanza de piazza Fontana.

Además de la pistola, la perdición de Ferrandi fueron los botines y el pompón blanco, porque incluso después de más de diez años, todos se acordaban de su pasamontañas y de aquellos zapatos. Mientras tanto, se había desvinculado del terrorismo, pero antes le había dado tiempo de matar a un camello y de participar en atentados con tiros en las piernas y de otras clases. Si todos hubieran sido detenidos de inmediato, nos habríamos ahorrado otros muertos. Basta con pensar en lo que hicieron después Ferrandi y Memeo. Barbone, que empuñaba una escopeta recortada e hirió en la cara a un transeúnte —el quiosquero Marzio Golinelli, que morirá de las secuelas de sus heridas durante el segundo juicio—, mataría más tarde al periodista Walter Tobagi. También estaba allí Corrado Alunni, que fue el que trajo las armas y que se convertirá en líder del grupo terrorista Prima Linea.

Las armas —seis pistolas y un rifle— pertenecían al grupo llamado Rosso, que era la estructura ilegal del movimiento de izquierda radical Autonomia Operaia. Estaba dividida en colectivos, y del de Romana-Vittoria, que estaba en via De Amicis esa tarde, nació una parte del grupo terrorista Prima Linea. Solo era su bautismo de fuego, pero nadie pudo detenerlos.

La historia de las fotos es esclarecedora. En la calle había cinco fotógrafos, cuatro hombres y una mujer. Autonomia Operaia consiguió localizarlos a todos antes que la policía. Dos estaban en el portal del número 59: Paolo Pedrizzetti es el de la foto más famosa, tiene barba; a su lado hay una chica con falda de flores y zuecos, se llama Paola Saracini. En la secuencia de imágenes en la que se basó el juicio, que fue publicada una sola vez, por *L'Espresso* en septiembre de 1990, vemos a Memeo que, tras disparar, se percata de los fotógrafos a su derecha y retrocede. A Pedrizzetti le da tiempo de entrar en el vestíbulo y subir luego las escaleras hasta el último piso del edificio. Entregará el rollo a los periódicos y luego a la policía, y por ello sufrirá repetidas amenazas. Paola Saracini se queda bloqueada por el miedo y no huye: Memeo le apunta con el arma a la cara y la obliga a abrir la cámara para exponer la película a la luz, ella cae de rodillas mientras un chico con un pasamontañas negro sigue disparando a la policía. La escena será recogida por Conti, que estaba al otro lado de la calle. Luego les contó a los agentes que la película se la habían «arrebatado violentamente» los manifestantes, quienes lo agredieron y amenazaron. Hasta 1989 esta versión no despertó perplejidad: ¿cómo era posible que trataran así

a una persona como Conti, que no solo era, como escribieron los magistrados, «pariente de Scalzone, sino que también estaba considerado amigo del ámbito de Autonomia»?

El cuarto fotógrafo, Dino Fracchia, puso a salvo las imágenes de los chicos del Cattaneo que huyen —Grecchi, Sandrini y Azzolini, pistola en mano—, las hizo públicas y lo pagó muy caro. Un mes después, los autónomos del colectivo milanés del Casoretto incendiaron su estudio, destruyéndolo, y él se vio obligado a huir una temporada al extranjero.

El último se llama Marco Bini, lleva una gabardina blanca bajo la que esconde una Zenith y no deja de sacar fotos en medio de los disparos, pero a los pocos días sufrirá graves amenazas y le quitarán las películas.

«Nunca he estado en Milán en via De Amicis, siento rechazo hacia esa ciudad y no tengo el valor suficiente para ir allí, pero ¿hay algo en ella que indique lo que pasó?» «Nada», respondo. Había estado allí el día anterior, me detuve en el lugar donde se había desplegado el destacamento, luego me acerqué a la esquina desde donde dispararon y al portal donde estaban dos de los fotógrafos. La copistería sigue estando ahí, reformada, muy bonita. Pero no hay nada en los muros que recuerde lo ocurrido. «Una lástima, todo lo que permita recordar es bienvenido. En Cercola hay una escuela de secundaria con el nombre de papá, está cerca de la casa donde nació; cuando la inauguraron, hace siete u ocho años, fue un día feliz.

»Tal vez debería ir a Milán, debería leer los papeles del juicio, aceptar una cita con el dolor que tal vez me permita superarlo, elaborar el duelo. Hasta ahora nunca he leído un libro policiaco, también tengo cuidado con las noticias, evito las páginas de los periódicos con muertos y violencia. El hecho de no haber sabido nada me ha generado un odio muy fuerte, pero nunca he sabido contra quién dirigirlo. Mi madre me contó, ahora me acuerdo, que ella fue al juicio y vio las caras de aquellos chicos tras las rejas y que sintió pena por ellos. Yo, en cambio, los habría hecho trizas, en el sentido de que les habría lanzado a gritos toda mi ira.

»Voy dos veces a la semana al psicólogo, paso de la anorexia a la bulimia: tengo problemas con la alimentación, un vacío que no consigo llenar, no hay nada que hacer, no he tenido ni padre ni madre. La psicóloga me la pago por mi cuenta, el Estado nunca se ha preocupado por esa clase de asistencia. No es una cuestión de dinero, es que nunca se le ocurrió a nadie que era necesario intervenir para apoyar a las viudas, a los huérfanos, no solo económicamente, sino psicológicamente, afectivamente. Nadie se ha hecho cargo de eso jamás.»

Nos vamos a comer, ella no quiere pizza, se toma dos ensaladas; trato de hablarle como mi madre siempre lo ha hecho con nosotros; del futuro, de la importancia de volver a vivir, de la estafa del rencor, que todo lo devora: amor, pasión, energía.

Me mira con ternura y me responde: «Ya lo sé, pero no puedo dejar de pensar en cómo habría sido mi vida con un padre, unos hermanos con los que jugar y en quienes confiar; habría tenido muchos y mi madre no estaría como está. A veces pienso tanto en ello y sin conseguir aceptarlo que al final no puedo más, y me derrumbo, exhausta. No consigo encontrar la paz. Estoy sola y siento demasiada rabia por lo que me quitaron y por lo que hubiera podido ser pero no fue».

Un año después de que compartiéramos una pizza, Antonia consiguió armarse de valor: tomó un tren a Milán y fue a reunirse con Marco Ferrandi, el chico que había disparado a su

padre. A su regreso me llamó y me habló de sus angustias, del dolor que seguía sintiendo, pero también de una sensación de liberación. Había encontrado a un hombre marcado por la vida y por la culpa, y aquello la ayudó a salir de los pensamientos de odio.

Había comprendido que, para vivir, es necesario, y fundamental, echar cuentas con nuestro pasado, plantar cara a lo que más nos asusta, ponerles nombre a todas las cosas, incluso a las más dolorosas. Es la única manera de poder seguir adelante.

Sin embargo, la historia de Antonia no tiene un final feliz: cuando por fin había logrado enderezar su vida, llegó la enfermedad, un tumor que se la llevó en 2017 cuando acababa apenas de cumplir los cuarenta.

Eso sí, tuvo tiempo de ver cómo Milán recordaba a su padre: hoy, en el lugar donde lo mataron, hay una placa conmemorativa y el nombre que aparece es, por fin, el correcto.

4. El Cinquecento azul

En la primavera de 1972 yo tenía poco más de dos años. Lo normal es que nadie conserve recuerdos de tan temprana edad, pues se borran; solo quedan, si acaso, algunas sensaciones, ligadas a una vuelta en el tiovivo, a los peces del acuario, a una moto, a un reproche, a una broma.

Yo tengo dos recuerdos de esos días: el primero es del domingo 14 de mayo, y no está muy definido, algo así como el recuerdo de una sensación hermosísima, y es lo único tangible y real que guardo de mi padre. El segundo es de la mañana del miércoles 17 de mayo, cuando lo mataron: es nítido, detallado, preciso.

Es como si mi cabeza de niño los hubiera encajonado para que sobrevivieran al tiempo y al crecimiento, excavando un espacio particular para conservarlos intactos. Durante mucho tiempo los guardé solo para mí, los sacaba con mucho cuidado, para no estropearlos, en la oscuridad, por la noche, antes de dormir. Más tarde, cuando los compartí con mi madre, ya estaba en el instituto, y solo durante los juicios hablé abiertamente del recuerdo que tenía del día que murió mi padre. En cierto momento, sin embargo, me di cuenta de que, a fuerza de contarlo, ese recuerdo se estaba estropeando, como el celuloide de una película vista demasiadas veces: la imagen se desgasta, se pierden fotogramas. Así que decidí poner remedio y lo devolví al archivo para tratar de salvarlo. Pero tal vez fuera ya demasiado tarde y hoy para mí ha perdido algo de esa fuerza arrolladora que conservó durante más de veinte años.

El otro, en cambio, resiste y me recuerda que soy su hijo.

A mi padre le dispararon a las 9.15 cuando abría la puerta del Cinquecento azul de mi madre. Acababa de salir de casa, después de varios titubeos que lo habían llevado a volver un par de veces, la primera para arreglarse el mechón, la segunda para cambiarse la corbata. Había salido con una corbata rosa, se la quitó para ponerse una blanca, y a mi madre, que lo miraba meneando la cabeza y tomándole el pelo, le dijo: «Prefiero esta porque tiene el color de la pureza». Ella cerró la puerta sin darle importancia a esas palabras. Estaba esperando a una mujer que tenía que llegar de un momento a otro. No la había visto nunca, pero a partir de ese día iba a venir dos veces por semana para ayudarla en las tareas de la casa: había demasiado trabajo con dos niños y un tercero en camino. Se presentó con retraso, casi sin aliento: «Señora, discúlpeme, pero aquí abajo la calle es un caos: han disparado a un comisario».

Mi madre, en el libro que escribió en 1990, recordaba así ese momento: «Estábamos entrando en la cocina, Paolo estaba en el parquecito infantil, todavía en pijama. Mario deambulaba con sus juguetes. Me senté. Me había puesto pálida. Sentí cómo el feto, de tres meses, daba un salto del vientre al estómago. La mujer corrió a buscar un vaso de agua: “Señora, ¿se siente mal? ¿Qué le ocurre?”.“¿Comisario ha dicho?, ¿que le han disparado a un comisario? Mi marido es comisario.” Pues bien, aquella mujer, a la que no había visto antes y a la que nunca volvería a ver, una mujer sencilla, modesta, de unos cuarenta años, esa mujer intuyó de

inmediato la verdad. Y se comportó de maravilla. “Pero señora, me parece que no me ha entendido bien. Me he bajado del tranvía en piazzale Baracca. Había un puesto de control, estaban buscando a unos fugitivos y ha habido un tiroteo. Han bloqueado el tráfico y tuve que dar un rodeo por corso Vercelli. Por eso he llegado tan tarde.”

»Yo dije entonces: “Voy a llamar a mi marido a la comisaría para saber qué ha pasado”. Marqué el número, pregunté por Gigi. “Un momento, le paso con su despacho”, dijo la telefonista. Al cabo de un momento contestó alguien.“¿Está el comisario Calabresi ahí? Soy su mujer”, le dije. En el otro extremo de la línea, noté como un leve titubeo. Luego me dijeron: “Aún no ha llegado, señora. No se preocupe, en cuanto llegue le digo que la llame”. Ya sabían que estaba muerto. A partir de ese momento mi teléfono quedó en silencio, los de la compañía telefónica lo habían desconectado. Intenté marcar el número de la comisaría varias veces más, pero la línea no daba señales de vida».

A diferencia de las semanas anteriores, marcadas por pensamientos negativos y premonitorios, mamá parecía esforzarse casi por negar que pudiera haber sucedido de verdad. Para sobrevivir, se aferró a débiles explicaciones e improbables coincidencias, tratando de hacer otras cosas.

Hasta que sonó el timbre. Fue a abrir. Era el señor Franco Federico, un sastre amigo de mi abuelo, que vivía a poca distancia. Un hombre que demostró un gran valor, eligiendo, por verdadera amistad, uno de los peores papeles que la vida puede asignarle a alguien. «Señor Federico, ¿cómo usted por aquí?», preguntó mi madre, obligándose a sonreír, pero él fue incapaz de decir nada, permaneció inmóvil, con los labios apretados. El castillo de esperanzas, que a pesar de todo seguía en pie, se derrumbó en un instante, con estrépito, y ella, tratando de huir de la verdad, echó a correr en el interior de la casa, lanzando un grito. Mi recuerdo parte de ahí, de ese «¡No!» desesperado. Me agarré a su falda, él trataba de decirle algo, ella lo esquivaba, dando vueltas sobre sí misma, y yo giraba con ella. En mi memoria seguimos girando durante mucho tiempo, congelados, en blanco y negro. Pensé que él quería lastimarla y no sabía cómo defenderla. Hasta que ella se detuvo, él le habló, ella lloraba, yo me aferraba a sus piernas y me sentía perdido.

Durante años le tuve miedo al señor Federico, cuando se me acercaba, me echaba a llorar desconsoladamente. Cada Navidad me traía un regalo precioso, pero yo me mantenía lejos de él y, durante los primeros años, me negué a abrirlo. Con el tiempo encontramos un punto de equilibrio: dejaba el paquete en medio del salón de los abuelos y luego se alejaba. Poco a poco, sigilosamente, como hacen los gatos cuando quieren coger algo, yo me acercaba, lo agarraba y lo arrastraba rápidamente a otra habitación. Daba unas cuantas vueltas alrededor del regalo durante un rato y luego, con calma y cautela, lo abría. No venía nadie conmigo, me dejaban solo, dándome el tiempo que me hiciera falta. Cuando el señor Federico estaba a punto de irse, el abuelo se encargaba de anunciarlo en voz alta. Entonces yo, asomando tan solo un segmento de mi cara por detrás de la puerta, le daba las gracias.

Todavía tenía bigote y el pelo cano, muy tupido y blanco, cuando lo vi por última vez. Han pasado más de diez años, estaba en una cama en el hospital San Carlo, el mismo hospital al que llevaron a mi padre. Se estaba muriendo. Cuando entré en la habitación, me reconoció de

inmediato, aunque no me había visto desde que era un niño, y se le iluminó la cara. Hablamos largo rato, luego le acaricié el pelo, que era muy suave, y me dijo: «Me has hecho el mejor regalo que podía desear».

Es frecuente que enumeremos las oportunidades perdidas en la vida, yo también tengo presente la lista de oportunidades no desperdiciadas y esa tarde siempre estará en los primeros lugares.

El «señor Federico» —así lo llamamos durante toda la vida— le dijo: «Gemma, le han disparado, está muy grave, están haciendo todo lo que pueden». Ella, con un amplio gesto del brazo para señalar la casa y los objetos que contenía, susurró algo así como: «Todo esto ya no tiene sentido». Mi recuerdo no incluye voces, solo imágenes, y no tiene colores. Encontré algo parecido en los dibujos animados japoneses: en determinado momento, en una situación crucial, sobre todo de combate o desafío deportivo, todo se congela, el dibujo pasa al blanco y negro, y avanza lentamente, articulando los detalles. Cuando los veía, ya más mayor, junto con mi hermano menor Uber, me dejaba impactado que mi memoria y esos dibujos se comportaran exactamente de la misma manera.

«El señor Federico acababa de cerrar la puerta tras él cuando volvieron a llamar. Era el adjunto al jefe superior de Policía. Muy emocionado, dijo algo así como: “Lo han herido en un hombro. Lo han llevado al hospital. Ahora la acompañamos allí. —Y añadió—: ¿Está usted bien, señora?, ¿cómo se siente?”. “Estoy embarazada de mi tercer hijo.” Con la palma de la mano se dio un golpe en la frente, como diciendo: “¡Dios mío, lo que nos faltaba!”. Mientras tanto, los niños ya se habían vestido y bajamos todos las escaleras. Habían traído un coche de policía, un Alfa Romeo Giulia, que estaba en el patio. Fuera de la puerta, en la calle, habían colocado a varios agentes de paisano cerca del Cinquecento para que, al pasar por delante, yo no viera la sangre. Un momento antes de que alguien me empujara casi a la fuerza hacia los asientos traseros del auto con los niños, llegó corriendo el padre Sandro Dellera, y él también se montó en el coche, y se sentó a mi lado. “Llévenme a casa de mi madre —dije—, tengo que dejarle a los niños.” El Giulia arrancó a toda velocidad. Ni siquiera había tenido tiempo de dirigirme a la mujer que, al quedarse sola, cerró la puerta de la casa, le entregó las llaves al portero y desapareció para siempre, tan desconocida como había llegado.»

Nunca volveríamos a esa casa, ninguno de nosotros. De desmontarla se encargaron los abuelos. Mamá nunca ha vuelto a pisar esa acera, donde nunca se ha colocado placa alguna en recuerdo de lo ocurrido. Ha prometido hacerlo solo el día que la ciudad decida recordarlo.

Yo sí que volví allí, algo clandestinamente; es decir, sin decírselo ni a mi madre ni a mis hermanos, culpable de haber roto un tabú. Lo hice para ir a casa de mi compañera de pupitre preferida, Alessandra. Estaba en el instituto y cuando un día me pidió que la acompañara a su casa —ya sabía dónde vivía—, no me eché atrás. Gracias a ella me reconcilié con ese lugar y cada vez que pasaba observaba los detalles, imaginaba los pasos de mi padre, trataba de ver lo que él había visto en el último minuto de su vida.

«Después de una carrera que me pareció interminable, el Giulia se detuvo frente a la casa de mamá, en viale Caprilli. En la puerta me estaba esperando mi hermana Aurora. Mamá había ido al San Carlo. No había nadie en la casa. Mi hermana Mirella estaba en África, mi padre en Australia, uno de mis hermanos en la zona de Biella, otro en Alemania. "Aurora, quédate con los niños, yo me voy —dije, y vi que Aurora trataba de retenerme, abrazándome. Luego me volví hacia los dos agentes del Giulia—: ¿A qué estamos esperando?" Uno trató de ganar tiempo diciendo que no se sabían bien el camino al San Carlo. "Pues yo me lo sé perfectamente —respondí—, el hospital está aquí cerca. ¡Vámonos!" Seguían dudando. La radio del coche graznaba. "Esperemos a que nos avisen desde el hospital —prosiguió el policía—. Tienen que decirnos a qué departamento lo han llevado. Suba un momento, señora. Ya la llamamos nosotros." El adjunto al jefe de Policía de antes se acercó: "Señora, suba a la casa. Ahora, ya verá, viene su madre". Me dejé persuadir, pero me di cuenta de que se andaban por las ramas. Así que, nada más entrar, miré al padre Sandro: "¿Qué pasa?, ¿por qué no vamos? Dígame la verdad". Y él, pero solo con el movimiento de los labios, sin que saliera voz alguna de su boca, dijo, agarrándome las manos: "Está muerto". Entonces, por fin, me derrumbé en un sofá.»

El padre Sandro Dellera era el párroco de San Pietro in Sala, la iglesia de piazza Wagner, la más cercana. Allí se habían casado, el 31 de mayo de 1969.

«Me contaron que permanecí una hora en ese sofá, con mis manos en las manos del padre Sandro. Al cabo de una hora me desperté y mi primer pensamiento fue para Mario, quien, siendo mayor que Paolo, quizá se hubiera dado cuenta de lo ocurrido, con toda esa gente alrededor. Lo cogí en mis brazos, hice que se sentara en mis piernas y le hablé en voz baja, con toda la dulzura de la que era capaz en ese momento."Mario, papá se ha ido al cielo, ya no lo volveremos a ver. Pero ha ido a prepararnos una preciosa casita, donde iremos todos algún día para estar juntos. Y habrá árboles, prados, flores y juguetes maravillosos, y todo lo que más te gusta a ti. Ahora hablamos con él y nos ve desde arriba, porque oye todo lo que te estoy diciendo." Mario me escuchó sin interrumpirme en ningún momento.»

La noche anterior habíamos estado jugando al escondite. Fue un regalo del destino. Había tenido un día extra con su mujer y sus hijos. Una cena más, unas páginas del libro que tenía en la mesilla de noche, *Kruschef recuerda*, leído de madrugada antes de hacerse el café, y la posibilidad de elegir esa corbata blanca. Fue el azar lo que alargó su vida exactamente veinticuatro horas. En esta ocasión el azar adoptó la apariencia de una plaza de aparcamiento. No tenía plaza en el garaje para meter el Cinquecento todas las noches, de modo que casi siempre lo dejaba en la calle. Sin embargo, en la rampa que llevaba al garaje había un sitio para estacionar un automóvil pequeño: el inquilino que llegaba el primero podía ocuparlo. Mi padre siempre era el último en volver y nunca tenía la menor posibilidad de hacerlo, aunque lo intentara una y otra vez, sobre todo porque eso hacía que se sintieran más tranquilos. El 15 de mayo, sin embargo,

volvió temprano y logró hacerse con la plaza de la rampa. Además, a la mañana siguiente se levantó tarde. La suma de estas dos circunstancias nos regaló una velada de juegos.

Nos enteramos durante el primer juicio. Leonardo Marino contó que el asesinato estaba preparado para el 16 de mayo, que se apostaron desde muy temprano debajo de la casa, pero, después de algunas vueltas de reconocimiento, no encontraron el Cinquecento azul. Esperaron más allá de la hora prevista, se demoraron media hora más, hasta las 9.30. Luego pensaron que era demasiado tarde, que probablemente debía de haber salido al amanecer y decidieron volver a intentarlo al día siguiente.

Parecía un detalle que no podía comprobarse de ninguna manera, hasta que llegó el día del interrogatorio de mi madre. Durante su testimonio contó que unos meses antes del asesinato había empezado a llevar un diario con los horarios de mi padre. Los escribía en una pequeña agenda, un obsequio de la oficina de turismo holandesa; en la portada estaba escrito «Holland ’72». Empezó a hacerlo en parte por diversión, en parte por controversia. Estaba convencida de que a mi padre no le pagaban todas las horas extraordinarias que hacía. Así que apuntaba en la agenda la hora a la que salía por la mañana y la hora a la que volvía, a menudo ya en plena noche. Se le pidió que lo leyera en la sala del Tribunal. Cuando llegaron al 15 de mayo, ella entendió. Había escrito: «Gigi ha vuelto temprano hoy». Lo que significaba que, como había podido hacerse con el sitio en la rampa del garaje, el coche estaba en el patio interior, no podía verse desde la calle. Luego, el 16 de mayo, la anotación reza: «Gigi se va a las 9.30». En esa página, en la parte inferior, había dos líneas más: «Gigi vuelve con chocolatinas y dulces y jugamos al escondite con Mario».

El 17 de mayo, solo una línea; esa mañana había sido más puntual: «Gigi sale a las 9.10».

El único recuerdo que tengo de mi padre es el de la última mañana de domingo que pasamos juntos. He reconstruido la fecha gracias a la agenda holandesa: «14 de mayo. Gigi lleva a Mario a ver el desfile de los soldados de montaña. Vuelve con pasteles, helados y rosas». Mi madre todavía guarda una rosa de ese ramo. Está seca, pero puede intuirse su color rosa moteado de rojo. La guarda en una cómoda, junto con los miles de cartas que ha recibido a lo largo de los años.

Averiguamos la fecha juntos, después de que ese diario volviera a la vida para desempeñar su papel en los juicios. Pero de esa mañana solo habíamos hablado por primera vez dos o tres años antes, cuando yo estaba en el instituto. Después de habérmelo guardado para mí durante años, una tarde, en la cocina, le dije: «Tengo un recuerdo de papá Gigi, muy intenso, es una sensación maravillosa, pero no sé qué es, si te lo cuento ¿puedes ayudarme a entenderlo?». Y le hablé de una multitud, de una plaza, de una banda de música. Yo estaba sobre sus hombros, un poco asustado por la gente y el ruido, pero enormemente atraído por la gran abertura dorada de un trombón. Me preguntó si quería tocarlo, yo era tímido, y además nadie se acercaba a los músicos, la gente se agolpaba a lo largo de la calle, para ver el desfile. Nadie cruzaba la línea imaginaria. Él, en cambio, pasó por encima de algo, superó unas barreras, me aferré a su pelo, me apretaba las piernas, tuve miedo, sentí que estábamos haciendo algo fuera de las reglas, pero él me transmitía confianza. Nos acercamos a la banda, habló con alguien, pidió algo, se inclinó sobre el trombón y me dejó tocarlo, solo por un momento. Volvimos, yo estaba feliz, me sentía

mayor, fuerte, orgulloso de estar sobre sus hombros, me parecía que habíamos hecho algo muy valiente. Ya no me daba miedo la multitud, todo parecía soleado y cálido. Fue una sensación muy intensa, que aún puedo sentir hoy, viva, clara, limpia. Una sensación de plenitud. He pensado en aquello muchas veces, en el instituto, entre el gentío a la salida del estadio, en Montecitorio en los alborotados días de la caída de Prodi o de la elección de Ciampi, en Nueva York, frente a la sede de la NBC en el Rockefeller Center, mientras la gente huía porque habían encontrado un sobre con esporas de ántrax, mientras pensábamos a quién mandar a Madrid como enviado especial minutos después de los atentados del tren del 11 de marzo de 2004, o durante la noche de la edición extraordinaria por el inicio de la guerra en Irak.

Sentía esa sensación cálida y pensaba en él. Es el legado que me dejó. Me regaló la tranquilidad en medio del desorden, una especie de paz que me invade cuando todo a mi alrededor se acelera; cuanto más se acelera, más se detienen las cosas dentro de mí, se aclaran, parecen más simples. Era solo una banda de soldados de montaña, pero la llevo dentro desde hace casi treinta y cinco años.

Cuando terminé de hablar, mamá sonrió, meneando la cabeza: «Es imposible que te acuerdes... Pero ¿por qué no me lo has dicho nunca? Te pasaste días y días sin hablar de otra cosa más que del trombón y siempre había que escucharte desde el principio, decías que lo habías tocado. Es increíble que hayas conservado ese recuerdo».

5. Pintadas

El sábado por la tarde en Roma, un pequeño grupo de jóvenes se separa de la manifestación. Llevan pañuelos en la cara y botes de aerosol, en un muro de via Cavour trazan una enorme pintada: «Calabresi asesino».

En el Quirinal, no muy lejos, hace mucho que no vive Giuseppe Saragat, ahora está Giorgio Napolitano; en la calle ya no hay cabinas telefónicas y los niños tienen iPod. No estamos en 1970 sino en 2006. El 18 de noviembre de 2006, manifestación en favor de Palestina, en la que participa el antiguo ministro de Justicia, Oliviero Diliberto, polémicas interminables por las consignas contra los soldados italianos caídos en el atentado de Nasiriya.

Un año antes, de nuevo en otoño, en la Bienal Internacional de Fotografía de Viterbo. Voy con Omero, amigo y colega, a ver la exposición del iraní Abbas: unas maravillosas fotografías que cuentan la revolución jomeinista. La exposición está en el Palacio Calabresi. Bromeo diciendo que se me había olvidado que era dueño de un palacio noble. Pero no lo encontramos, nos dicen que está en via Calabresi. «Así que una calle también...», insisto. Nos reímos. Pero nos paramos nada más doblar la esquina. En la placa, bajo el nombre de la calle, una pintada en rotulador: «Asesino». Omero no deja de repetirme que lo siente, me encojo de hombros y le explico que es normal, que no se preocupe, que disfrutemos de la exposición.

Julio de 2004, estoy en Génova, camino por los callejones que bajan del Palacio Ducal al Porto Vecchio, busco un horno para comprar *focaccia* y fainá de garbanzos. Un muro repleto de carteles y octavillas despierta mi curiosidad, me detengo a leer. Hay iniciativas de los centros sociales, un periódico mural firmado por «el Partido Comunista», un llamamiento con fotos de un niño desaparecido y un anuncio para adelgazar. Luego me percato de una pequeña octavilla con la foto de mi padre. Título: «¡Basta de mentiras! Luigi Calabresi era un torturador». Lo separo con delicadeza para no rasgarlo, me parece un residuo bélico; en realidad, es nuevo: «Fue él quien mató a Pinelli arrojándolo desde la ventana de la comisaría de Milán. Adiestrado en la escuela de la CIA, fue uno de los verdugos más despiadados de la historia de Italia. Su asesinato fue un acto de justicia, digan lo que digan los llorones de sus familiares: ya se sabe que hasta los verdugos tienen familia». En este punto casi me entra la risa, luego sigo leyendo: «Esperamos que todavía haya más 17 de mayo y que todos los verdugos como él corran pronto la misma suerte». Lo doblo, me lo guardo en el bolsillo y trato de imaginar quién puede haberlo escrito, pero no soy capaz de perfilar la clase de vida que ha podido producir una octavilla como esa.

Cuarto curso en el instituto, 12 de diciembre de 1984, aniversario de la matanza de piazza Fontana. Voy con mis compañeros a la manifestación para recordar, me parece una obligación

sacrosanta. Tan pronto como el cortejo entra en la plaza, un pequeño grupo comienza a corear el lema «Ca-la-bre-si a-se-si-no». No sé qué hacer, adónde ir, me alejo hacia el Duomo. Gracias a Dios, mis compañeros me siguen.

A lo largo de los años he llegado a comprender la efectividad de aquella campaña de prensa que dio comienzo justo en los días en los que nací. Acuñaron un eslogan que parece inoxidable, simple, claro, capaz de perpetuarse a través de las generaciones. Tan bien construido que recuerda a una de esas operaciones de mercadotecnia que hoy logran imponer una marca. Sin embargo, detrás de esa campaña no había un publicista, sino muchas cabezas, entre las más ilustres del periodismo, del teatro, de la cultura y de los movimientos sociales, aunadas por una furia vengativa que los llevó a construir un monstruo, a pesar de las pruebas, del sentido común y de los datos de la realidad. La gasolina que alimentó el motor fue la indignación por la muerte de Giuseppe Pinelli, conocido como Pino.

Muchas veces me he preguntado cómo me habría comportado si hubiera sido periodista entonces. Y la respuesta está clara: me habría indignado. La policía y los responsables del orden público tenían el deber de explicar lo sucedido, sin opacidad, sin reticencias, habrían debido averiguar con severidad y claridad cómo era po-sible que un hombre que llegó a la comisaría en su ciclomotor y que fue objeto de interrogatorios durante tres días se cayera por una ventana, muriendo poco después. En cambio, hubo ambigüedades, cerrazón, ese trozo del Estado para el que trabajaba mi padre, que dependía de Interior y tenía su sede en via Fatebenefratelli en Milán, dio una pésima imagen de sí mismo y, con sus reticencias, insultó al país y dio pábulo a las más terribles sospechas.

La indignación, luego la rabia y por último el linchamiento público no se concentraron, sin embargo, en el jefe superior de policía Marcello Guida, quien se apresuró de inmediato ante los periodistas a presentar el suicidio como una autoacusación, por parte de Pinelli, de su complicidad en el atentado, ni en el jefe del departamento de delitos políticos Antonino Allegra, responsable de la duración de la detención. Se concentraron en Luigi Calabresi, que era el más joven, el más visible, el más dialogante. Uno de los pocos que se distinguían entre los policías de entonces: estaba convencido de que no había que apostarlo todo a la represión y, por aquel entonces, solía ir a casa de Feltrinelli, el editor de izquierdas, discutía con los manifestantes, caminaba junto a ellos en las marchas. Marco Pannella contó, el 28 de enero de 1998, en una sesión de la comisión parlamentaria sobre Terrorismo y Matanzas, lo siguiente: «Entre Milán y Gorgonzola, en un hermoso día, creo que fue el 11 de agosto de 1967, caminé durante cuarenta y cinco minutos por lo menos con Calabresi a mi izquierda y Pino Pinelli a la derecha... Este último me regañó porque, aunque con cortesía, le dije al comisario Calabresi que, si se ponía él también el cartel de “hombre anuncio”, podía seguir acompañándome, de lo contrario, aunque estuviera encantado, no podía. Pino Pinelli protestó diciéndome que Calabresi era una buena persona».

Su rostro era conocido, entre otras cosas porque sentía debilidad por los periodistas, como me dijo Giampaolo Pansa, que lo conoció unos días antes de su asesinato: se paraba a hablar con ellos en el bar que estaba debajo de la jefatura de Policía, algunos lo esperaban también cerca de casa.

La verdad, sin embargo, no encontró lugar en la frenética confrontación de aquellos años. Por el contrario, florecieron una serie de leyendas negras: el suero de la verdad, el golpe de kárate, la ambulancia a la que llamaron deliberadamente con retraso y el «comisario ventana» que arroja al ferroviario agonizante al patio. Todas acabaron siendo desmontadas, pero, a pesar de ello, todavía siguen circulando. En parte por ignorancia, en parte por conformismo, en parte por mala fe.

Se olvida intencionadamente el punto fundamental, establecido más allá de toda duda: Luigi Calabresi no estaba en esa habitación cuando Pinelli se cayó por la ventana y murió. Había cinco personas, pero no él. Él estaba en otra parte del edificio para hacer que Allegra firmara las actas. Todos lo exoneraron, pero no sirvió de nada ante el delirio. «Un linchamiento feroz, aunque a cámara lenta. Una locura que contagia a miles de personas», escribió el propio Pansa en *la Repubblica*.

Estoy convencido de que solo una minoría de italianos sigue creyendo hoy que mi padre pudo haber matado a Giuseppe Pinelli. Se desprende de cómo la gente nos para en la calle, de lo que muchos protagonistas de aquellos años han tenido el valor de decirme, de cartas, de llamadas telefónicas. Algunas personas le restan importancia al explicarme que siempre hay minorías que cultivan teorías conspiratorias, que hay quienes piensan que Elvis está vivo o que las Torres Gemelas fueron derribadas por los estadounidenses. Otros me sugieren que me lo tome casi a broma: Francesco Cossiga envió de inmediato a un fotógrafo cuando supo, en los días del nacimiento del Gobierno D'Alema, que la pintada «Kossiga verdugo», con la doble ese rúnica, había vuelto a aparecer en Roma. «Me da la impresión de haber vuelto a mi juventud», me dijo, riéndose.*

Francamente, me resulta imposible; me parece que perpetrar falsas acusaciones es un insulto a la inteligencia y creo que le hace un flaco favor a la democracia y a la convivencia. No hablo de los chicos que hacen pintadas, eso no me asusta, pienso en los que juegan con ello, en quienes siguen transitando peligrosas fronteras lingüísticas y cultivando el odio y el rencor.

Fausto Bertinotti, presidente de la Cámara, en el trigésimo séptimo aniversario de la matanza, el 12 de diciembre de 2006, habló de Pinelli como la «decimoséptima víctima de piazza Fontana pero prefirió no prestarse al debate sobre las causas de la muerte del ferroviario. La bomba en la Banca Nazionale dell'Agricoltura mató a 16 personas y no hay duda de que trajo consigo un reguero de sangre que ciertamente incluye a Pinelli, y también a mi padre. En las palabras de Bertinotti, antiguo secretario de Rifondazione Comunista, no hay equiparaciones o afrentas, que llegarán en cambio puntualmente en los días sucesivos, cuando sus palabras se utilicen para argumentar que Pinelli también fue asesinado, con todo el corolario que, desde hace treinta y siete años, lo acompaña. El periódico de Rifondazione, *Liberazione*, propuso, el domingo 17 de diciembre de 2006, emitir un sello postal en memoria de Pinelli. Una propuesta que ya había hecho su director Piero Sansonetti después del sello de Correos dedicado a mi padre en enero de

2005. Sansonetti recordó correctamente cómo los jueces habían establecido que Calabresi no estaba en la habitación cuando murió Pinelli, pero luego rescató las tesis más absurdas propuestas por Camilla Cederna en ese momento, escribiendo: «Pinelli no se suicidó. Y se encontraron una gran infinidad de pruebas sobre el hecho de que primero lo habían aturdido, tal vez con un golpe de kárate (o tal vez fuera asesinado con ese golpe), y luego lo arrojaron por la ventana, sin vida, para fingir un suicidio».

En enero de 2007, la provincia de Milán decidió colocar una estela conmemorativa en memoria de Luigi Calabresi, con motivo del trigésimo quinto aniversario de su muerte, que sería el 17 de mayo. Una iniciativa que llenaba un vacío en la ciudad, a la que siguió de inmediato el anuncio de la alcaldesa Letizia Moratti, de la colocación de una placa en via Cherubini.

También en este caso se inició inmediatamente un debate que no pudo evitar poner en el punto de mira a Pinelli.

El consejero de Educación de la provincia de Milán, representante de Rifondazione, que se abstuvo en la votación en la que se decidió erigir la estela conmemorativa, explicó la posición de su partido de la siguiente manera: «No pretendemos negar la validez de un gesto de pacificación pero planteamos, por respeto a la historia de la ciudad de Milán y de sus ciudadanos, la necesidad de una contextualización histórica, de tal manera que se reconozca y valore también la figura de Giuseppe Pinelli como víctima inocente». El consejero de los Verdes para el territorio votó a favor, hablando de un gesto de reconciliación al que, sin embargo, «habría sido útil sumar la decisión de nombrar un colegio con el nombre de Pinelli, asesinado siendo inocente tras la matanza de piazza Fontana». El presidente de la Provincia, Filippo Penati, de Democratici di Sinistra, se esforzó por resaltar en ese momento cómo la Unione había votado por unanimidad y Rifondazione se había abstenido sin manifestar oposición;* luego esa noche telefoneó a mi madre para comunicarle la decisión, pero con mucha honestidad le dijo: «Hemos conseguido consensuar un gesto importante, treinta y cinco años después de la muerte de su marido. Desafortunadamente, sin embargo, una vez más se ha querido vincular su nombre al de Pinelli. Lamento ese borrón, lamento que siempre haya que crear dolor, habría que dejar de poner las dos cosas en el mismo saco, y además ya hay una placa en recuerdo de Pinelli, mientras que en el caso de Calabresi no había nada».

A decir verdad, hay dos lápidas que recuerdan a Pinelli en el césped que está frente al banco en piazza Fontana. La primera, que tiene casi treinta años y fue colocada por el círculo anarquista Ponte della Ghisolfa, indica que Pinelli «fue asesinado siendo inocente en las instalaciones de la jefatura de Policía». La segunda, que lleva el símbolo del Ayuntamiento de Milán, fue colocada en marzo de 2006 por el alcalde saliente Gabriele Albertini y afirma que Pinelli «murió trágicamente». La placa del Ayuntamiento reemplazó durante unos días a la anarquista, que habla de un asesinato, en contra de las verdades judiciales establecidas, pero, tras un coro de acusaciones contra el alcalde «revisionista» que pretendía «reescribir la historia», volvió a ser colocada, de modo que hoy, grotescamente, hay dos. Hubo pocos, entre la izquierda, que rehuyeran formar parte del coro contra Albertini. Queda por ver si la historia debe escribirse basándose en documentos, pruebas periciales y juicios o debe ser una fotocopia de la campaña de Lotta Continua.

6. La entrevista

«Si ahora quieren que se emita un sello postal en memoria del anarquista Pinelli, ningún problema, porque todos, aun a muchos años de distancia, tienen derecho a ser conmemorados. Pero si eso ha de servir para relanzar de nuevo la tesis del asesinato voluntario, entonces son unos locos que descarrilan. Porque sería como matar por segunda vez al comisario Calabresi, quien, entre otras cosas, ni siquiera estuvo presente en la habitación de la comisaría de la que cayó Pinelli. Tengamos cuidado.» Así empieza, en el *Corriere della Sera*, una entrevista de una página con el senador del Ulivo* Gerardo D'Ambrosio, el juez de instrucción que investigó junto con los fiscales Luigi Fiasconaro y Emilio Alessandrini la matanza de piazza Fontana y la muerte de Pinelli. Es el 18 de diciembre de 2006, lo leo y se me abre el corazón: alguien que tiene el valor, pero sobre todo la voluntad y la paciencia, para desmontar esos teoremas que llevan décadas repitiéndose una y otra vez.

El artículo lo firma Dino Martirano, el periodista que obligó a dimitir al entonces ministro del Interior, Claudio Scajola, al revelar que el representante de Forza Italia había llamado a Marco Biagi* un «tocapelotas». Yo vivo en Roma a poca distancia de Dino, en el Trastevere. Así que lo llamo, me invita a desayunar con él y lue-go me entrega la cinta con la entrevista completa: «Sé que estás escribiendo un libro, seguro que te viene bien».

Telefoneo a D'Ambrosio, le pido que nos veamos brevemente. Nos reunimos fuera del Senado, tomamos un café en Sant'Eustachio y luego caminamos hacia el Panteón. Le pregunto si puedo usar la grabación: «Creo que sería poco natural que yo lo entrevistara y le pidiera que exonerara a Luigi Calabresi otra vez; tal vez ante uno de sus hijos se sentiría usted obligado a decir cosas positivas. Estoy seguro de que con Martirano usted se habrá sentido libre de decir lo que pensaba y yo podría usar la charla que mantuvieron como documento».

Acepta, se acurruca en el loden azul, echa a andar, pero se empeña en puntualizar algunas cosas. Lo hace en un tono seco y didáctico: «Pinelli no fue asesinado y su padre no estaba en esa habitación. Eran tiempos en que reinaba la locura».

Camina mirando los adoquines. «Todavía recibo cartas preguntándome por qué los absolví. Lo hice porque estaba absolutamente convencido de que no había habido asesinato. El daño que hizo Lotta Continua consistió sobre todo en eso, en ahondar profundamente en la conciencia de la gente de izquierdas, convenciéndola de que Pinelli había sido asesinado y de que los juicios eran un montaje. No querían la verdad sino la sentencia que tenían en la cabeza, una sentencia de culpabilidad. Y yo cargo con esa culpa. Todavía hoy me llegan cartas en las que me dicen: "Ahora que es usted senador, tiene que decirnos por qué razón absolvió a los asesinos de Pinelli". Estoy más que harto, se lo aseguro.»

Voy a casa y enciendo la grabadora: «Recuerdo que se me entregó el expediente donde estaba escrito "homicidio imprudente", dije que no se haría nada si no partíamos de homicidio

voluntario. Había que proceder con transparencia, combatir la opacidad y esa vieja y terrible mentalidad que perduraba en los juzgados y en la Policía. Cuando me presenté en la comisaría me miraron todos mal, sin comprender que si yo estaba haciendo pruebas y comprobaciones, llevándome a los reporteros conmigo, era en aras de la verdad. Hicimos mil pesquisas, buscamos todas las pruebas posibles, pero las pistas que llevaban al homicidio voluntario se desvanecían una tras otra.

»La ambulancia. Se montó una novela policiaca sobre la llamada a este vehículo. Entonces, sin previo aviso, junto con el secretario judicial, me dirigí al 117, que era el número de la Policía local que entonces dirigía los servicios de ambulancia. Pedí que me enseñaran cómo funcionaba. Me llevaron a la sala de control, donde había un gran mapa de la ciudad iluminado con los puntos donde estaban estacionadas las ambulancias. Me indicaron de dónde provenía la ambulancia de Pinelli y la hora a la que la llamaron. Sacaron el registro, lo abrieron el 15 de diciembre y resultaba que exactamente a media noche y un minuto habían llamado a la ambulancia que estaba en piazza Cinque Giornate. Entonces hicimos una comprobación para ver cuánto se tardaba —porque se dijo que habían dejado el cuerpo en el suelo durante no se sabe cuánto tiempo— y resultó que se emplearon pocos minutos. La hora de la caída y la hora de la llamada coincidían perfectamente, no había ningún misterio.

»El suero de la verdad. En el brazo de Pinelli se encontró la señal de un pinchazo de aguja. Se afirmó que en la comisaría le habían inyectado una dosis de escopolamina, el suero de la verdad, a raíz de lo cual Pinelli se había sentido indispuesto y que después lo habían tirado por la ventana. En cambio, era la señal del gotero que le habían puesto en el hospital para intentar salvarle la vida. Me presenté en urgencias, donde el médico de turno me dijo: “¡Otra vez con esa dichosa historia! Vaya a comprobarlo en los periódicos, recuerdo que entró un fotógrafo y sacó fotos”. Pude encontrar en el *Corriere d’Informazione* la foto de Pinelli con el gotero en el brazo, hice confiscar los negativos, los imprimí y los adjunté a los documentos. También esa pista se revelaba falsa.

»El golpe de kárate. En la autopsia se hablaba de una mancha ovalada. En este caso se defendió que había sido provocada por un golpe de kárate. Hicimos un examen después de exhumar el cuerpo y establecimos que no había habido ningún golpe de kárate. La mancha, según explicaron todos los peritos, se debía a la permanencia del cadáver sobre el mármol de la morgue.

»La caída. Había, además, otro posible indicio, el del lugar donde cayó el cuerpo. Llamé a los camilleros, a los de la ambulancia, a la gente que estuvo presente y les pedí que me indicaran el punto de la caída. Vimos que coincidía exactamente con el punto donde estaban las ramas rotas de un enorme matorral, que fueron fotografiadas al día siguiente, y también había un rastro del impacto en la repisa de debajo de la ventana.

»No le cuento las miradas que me echaba el jefe superior de policía, Guida, mientras yo hacía esas comprobaciones en la comisaría, el sanctasanctórum de la Policía. Un juez que entra a investigar a la Policía por homicidio voluntario...

»Tan solo uno de los testigos señaló un punto diferente, más alejado: era un periodista de *L'Unità*, una persona bastante anciana que no había tenido valor para acercarse a Pinelli, y que había señalado un punto genérico. Afirmé claramente en la sentencia que era necesario establecer la fiabilidad de los testigos y que los testigos que habían indicado el primer punto eran los más creíbles. Mientras escribía la sentencia de absolución, *Panorama*, que por aquel entonces era un semanario de izquierdas, publicó la opinión de un grupo de profesores de física —todavía hoy los cita *Liberazione*, órgano oficial de Rifondazione Comunista— que pretendían demostrar que el cuerpo de Pinelli no había caído a un metro y medio del muro, como defendía yo sobre la base de hallazgos objetivos, sino a casi cinco metros, porque el punto señalado por el reportero de *L'Unità* estaba a siete u ocho metros, y habían hecho la media de los puntos señalados por los testigos. El peritaje empezaba con estas palabras: "Haciendo la media de las distancias señaladas por los testigos...". En la sentencia yo me encargué de aclarárselo: atención, estimados físicos, los testimonios no se evalúan matemáticamente, porque entonces no habría necesidad de jueces, sino que se evalúan según su fiabilidad y eso se logra con pruebas objetivas. Al cabo de dos o tres años, uno de esos profesores llamó a mi puerta. Le pregunté: "Disculpe, ¿quién es usted?"."Soy profesor de Física, uno de los que firmaron el documento, he venido a disculparme, usted nos dio una gran lección."»

Este episodio me lo cuenta a mí también, mientras pasamos junto al Palacio Giustiniani, en uno de esos recorridos que Roma parece haber creado específicamente para hacer hablar a la gente. Fue para él una pequeña gran satisfacción. Me mira, esboza una sonrisa, es el único momento en que su mirada regresa al presente, luego vuelve a sumergirse en los años setenta.

«Entonces estudiamos las posibles modalidades de la caída, la trayectoria y realizamos las verificaciones judiciales hasta en una piscina para establecer qué había sucedido. Se hicieron todas las valoraciones posibles e imaginables, hasta que la solución dada por los técnicos demostró que el cuerpo se había apoyado en la barandilla y había caído. Pinelli llevaba en la comisaría tres días, casi en ayunas, no había dormido, lo habían detenido en la noche del 12 de diciembre y lo habían metido en una habitación grande con todos los demás detenidos de derechas y de izquierdas —luego, como es natural, a los manifestantes de derechas, siendo esta la orientación de la Policía en ese momento, los mandaron a casa—, y a él lo sometieron a un largo interrogatorio. Probablemente se sintió indispuesto, le entró un mareo y se desplomó por la barandilla de la ventana, que solo tenía noventa centímetros de altura. Hicimos incluso un experimento que indignó aún más al jefe Guida (creo que llegó a odiarme a muerte): mandé que hicieran un maniquí con el mismo peso y las mismas proporciones que Pinelli, para ver adónde llegaría si lo hubieran tirado por la ventana. Quedó claro que el cuerpo no pudo haber sido empujado por otros, sino que se había desplomado; en resumen, no había prueba alguna de que Pinelli hubiera sido asesinado. Ninguna en absoluto. La hipótesis más probable es que, después del interrogatorio, abriera la ventana para tomar aire, que el ayuno, el cansancio, la tensión le provocaran un mareo, que le empezara a dar vueltas la cabeza, y que, como consecuencia, se cayera de la barandilla.

»La habitación. Todos coincidieron en afirmar, y también había un oficial de los carabineros, el teniente Lograno, que cuando Pinelli se cayó, Calabresi no estaba en la habitación, porque había ido a informar a Allegra. El anarquista Pasquale Valitutti, que estaba en una habitación contigua, dijo que no había visto pasar al comisario Calabresi. Me preocupé incluso por verificar la distancia exacta que había entre los despachos, el recorrido de Calabresi y la visual que podía tener Valitutti desde donde estaba. Puede que no lo hubiera visto porque en la enorme sala solo había una pequeña ventana que daba al pasillo y había que mantener la mirada fija en ella para ver quién pasaba.

»De esta manera, dicté una sentencia absolutoria también en relación con el comisario Calabresi, por no haber cometido el crimen, pero mientras tanto lo habían matado. Luego mandé a juicio a los de la Policía por la detención ilegal de Pinelli, dado que no se había comunicado a la Judicatura, pero se fueron de rositas tras una amnistía.

»¿Qué más se puede añadir? Si el juez que logró despejar todas las dudas sobre la supuesta autoría anarquista de la matanza de piazza Fontana, que sostuvo que los autores habían sido fascistas, y arriesgó su vida por ello, junto con Alessandrini,* si alguien así dice que no hay pruebas de que Pinelli fuera asesinado y que, por el contrario, todo indica que se trató de una caída a causa de una indisposición... Las actuaciones judiciales así lo indican y, repito, hay pruebas irrefutables. En ese momento escribieron en los muros que yo era un fascista. Luego, cuando dije que no fueron los anarquistas quienes pusieron las bombas, entonces dijeron que yo era un comunista. Así es Italia.»

Giuseppe Pinelli y Luigi Calabresi, unidos durante casi cuarenta años, un periodo más largo del que les fue concedido vivir. Usados el uno contra el otro, en un interminable tira y afloja, uno de los muchos que paralizan el país y lo mantienen forzado con la cabeza vuelta hacia el pasado. También para nosotros estuvieron siempre relacionados; de niños pensábamos que Pinelli tampoco volvió a su casa con sus hijas una tarde, y nos quedábamos en silencio cuando alguien decía su nombre. Mamá nos lo contó con delicadeza, vinculando los dos destinos, pero sin enfrentarlos nunca. Un día me dio a leer la *Antología de Spoon River*, de Edgar Lee Masters, y mientras me la entregaba, sosteniéndola aún con fuerza en su mano, me contó que había sido Pinelli quien se la había regalado a mi padre una Navidad. No sabría decir si fueron amigos, estaban en orillas diferentes y hace falta pudor cuando se habla de los muertos, pero lo indudable es que, en nuestra casa, Giuseppe Pinelli nunca ha sido un enemigo.

7. El naufragio

Mientras todo se desmorona, triunfan la retórica, la forma, se suceden los funerales imponentes, las autoridades uniformadas, los coraceros del Quirinal, el ministro del Interior de visita en casa y la indignación de la política, que lanza advertencias y promesas. Al cabo de un momento quedan pocas cosas, mínimas. Me imagino a una persona recorriendo la playa en busca de objetos personales después de una tormenta, un huracán, agachándose para reconocer lo que aún le pertenece. Queda una realidad hecha de una reconstrucción muy lenta, de una fatigosa recuperación de recuerdos, de un camino que para muchos se transforma en un sufrimiento inacabable, hasta el extremo de empujarlos a la fuga o a la represión.

La realidad me trae el recuerdo de tres niños que por la noche se sentaban en el suelo alrededor de un magnetófono de la marca Geloso para escuchar la voz de su padre, que les contaba un cuento. Lo hacíamos en nuestra habitación, después de habernos puesto el pijama; mamá se quedaba en la cocina. La cinta se rompía, ocurrió varias veces, la arreglábamos, al final la perdimos para siempre.

Mamá con la cabeza sobre el escritorio llorando sin parar, era imposible consolarla.

Recuerdo las tardes pasadas en el cementerio, en Musocco, en la periferia norte de Milán. El ritual era preciso: comprábamos flores —nos gustaban mucho las margaritas blancas—, íbamos a sacar agua de la fuente con la regadera, subíamos por turnos a una escalera con ruedas y ocho peldaños, limpiábamos la foto en la que «papá Gigi» sonreía el día de su boda. Le dábamos un beso, luego dejábamos sola a mamá y nos íbamos a jugar. En invierno, bajo los pórticos, echábamos carreras con la escalera de ruedas, hacía mucho frío, el agua de la fuente se helaba. En verano hacía fresco y nos escondíamos entre las tumbas del jardín. Siempre le he preguntado a mi madre por qué no quiso meterlo bajo tierra, como en los cementerios americanos, como en Arlington, donde los caídos de múltiples guerras descansan bajo la hierba. Su respuesta fue muy sencilla: «Porque no quería que se empapara de lluvia. No me habría quedado tranquila al imaginarlo bajo tierra en las noches de tormenta».

Al marcharnos nos quedábamos un buen rato en silencio, pero en otoño había castañas y todo se suavizaba. Además, siempre íbamos a ver a nuestro amigo, que murió de niño. Sus padres dejaban cochecitos sobre su tumba. Nos los llevábamos para jugar y en un momento dado empezamos a hacer intercambios: traíamos uno de casa y a cambio nos llevábamos uno de los suyos. Un día nos llevamos dos, pero en la puerta Luigi dijo: «No podemos, pobrecito». Mi madre no entendía nada, pero volvimos corriendo a devolvérselo.

A veces, para cenar, había leche y galletas o crema de huevo y azúcar. «Mamá, ¿te acuerdas? Era maravilloso desayunar dos veces.» «Qué vergüenza, lo humillada que me sentía.» Y así, veinte años después, nos cuenta que le costaba llegar a fin de mes, pero quería apañárselas sola y era demasiado orgullosa para pedir dinero a sus padres. Luego, el día de paga, compraba hígado y para nosotros era el plato de las celebraciones.

Después de los dos años que pasamos en casa de los abuelos, que nos cubrieron de atenciones y cuidados, decidió volver a navegar sola, cargar con nosotros tres e intentar salir adelante, manteniendo a flote lo que le quedaba de la familia con la que había soñado. Alquiló una casa, encontró trabajo como profesora de religión en la escuela primaria y se esforzó con toda la energía que puede tener una mujer de veintiocho años. Lo consiguió, con nuestra complicidad y con una fe inquebrantable en la vida y en Dios.

Nosotros tres no queríamos ir al tiovivo con ella; a los otros niños los acompañaban sus padres. Esperábamos sentados frente a la ventana al tío Dino, con él las cosas se arreglaban y parecían más llevaderas.

Mamá evitaba de buena gana la fiesta de la Policía: demasiada tristeza, demasiado malestar por todos esos abrazos rituales. Nosotros insistíamos, el motivo eran los canapés de salmón. Eran un lujo absoluto. En esa época no se encontraba, como pasa hoy, salmón en el supermercado, todo el año, a precios asequibles; solo lo había en Navidad, en casa de los abuelos, y dárselo a los niños se consideraba un desperdicio. Así que éramos los primeros en colocarnos frente al bufet y nos zampábamos todas las bandejas, bajo la atónita mirada de oficiales y altos cargos. Mamá nunca nos dijo nada, tal vez pensara que el Estado nos debía por lo menos eso. En la fiesta de la Policía, además, mirábamos, muy tímidos y hechizados, a las chicas Padovani, siempre elegantes, siempre comportándose como era debido. Vittorio Padovani había sido asesinado con una ráfaga de ametralladora por Walter Alasia el 15 de diciembre de 1976. Poco después, los compañeros del agente mataron al brigadista fugitivo, a quien las Brigadas Rojas homenajearon poniéndole su nombre a su columna milanesa.

Los fotógrafos nos esperaron durante años ante el portal de casa, nos seguían. Mi madre, con el pelo que se le había vuelto casi completamente gris, se ponía unas enormes gafas negras y aceleraba el paso, empujando el cochecito con Luigi. Yo trotaba detrás y luego empecé a tratar de espantarlos a patadas.

Recuerdo el cansancio de sentirnos diferentes, de no ser niños normales; no teníamos derecho a tener nombre y apellido, éramos «los hijos de...». Aplastados por aquello incluso en nuestros gestos más simples, en los juegos, en las relaciones con los compañeros de colegio. Redescubrí aquellos sentimientos nuestros en las palabras de Benedetta Tobagi, recogidas en el libro *I silenzi degli innocenti*. Su padre también fue asesinado en mayo, siete años después del nuestro. «No recuerdo la mía como una infancia normal. Tenía la persistente sensación de una doble vida en blanco y negro, de un mundo paralelo, plomizo, asfixiante, que no podía compartir con nadie. La vida de un niño normalmente está jalonada por las etapas escolares: jardín de infancia, primaria, secundaria. La mía estuvo marcada por el “caso Tobagi”... Desde pequeña siempre me acompaña el recuerdo de alguien que me pregunta si soy pariente de Walter Tobagi. Recuerdo que, una vez, en primaria, tendría seis o siete años, traté de fingir que vivía en un mundo diferente, que todavía tenía a mi padre a mi lado...»

En el jardín de infancia me mantenía siempre a distancia del arenero, lo miraba de lejos, no quería acercarme, era demasiado «peligroso»: un lugar de juegos despreocupados donde el dolor y la humillación me habían agredido por sorpresa. Uno de los primeros días yo también había entrado allí. Estábamos cavando con palas, en círculo, cada uno decía algo. Luego, los otros niños empezaron a explicar qué hacían con sus papás en la playa. En determinado momento me miraron y yo, tras un instante de vacilación, dije: «El mío me ayuda a construir castillos». Un niño más mayor me interrumpió: «Eso no es verdad, tú no tienes papá». Empecé a sonrojarme, a defenderme y a explicar que, por supuesto, tenía un padre, pero todo fue inútil: «Me lo ha dicho mi madre: a tu padre le dispararon y está muerto». Salí en silencio del arenero y nunca volví a entrar. Y cuando mis hermanos iban, aunque yo tratara de evitarlo inventándome que la arena estaba asquerosa y llena de gusanos, me quedaba cerca del borde, apoyado contra la pared para vigilar que el dolor, repentino y disfrazado de niño, no los agrediera a ellos también.

Cuando llegué a primaria me quedé al margen; mis hermanos todavía estaban en el jardín de infancia y como no tenía a nadie que supervisar, estaba solo. Después del colegio, cuando terminaba mis deberes, no salía al patio con los demás, sino que conseguí autorización para quedarme en el aula. Siempre terminaba el primero, me iba al fondo, donde había una pequeña biblioteca, y me quedaba leyendo hasta la hora de salir; al principio, tebeos, sobre todo los de Mickey Mouse, luego, *Robinson Crusoe*, mi libro favorito.

Era una burbuja de soledad en la que me sentía cómodo, pero que tenía evidentes contornos de tristeza. De romper el hechizo de manera ingeniosa pero brillante se encargó Rosario Carro, conocido como Iaio, el último de una serie de hermanos que crecieron en el hipódromo de San Siro, donde su padre entrenaba caballos. Una tarde se detuvo en la puerta del aula y me dijo: «Comisario O'Hara, ¿por qué no nos enseñas qué tal se te da el balón?». Me desconcertó por completo, estaba al tanto de lo del comisario, pero lo había transformado en un personaje de los tebeos de Disney, y el personaje era yo. Lo seguí para jugar al fútbol y les dijo a todos: «Este es el hijo de un policía, del comisario..., del comisario O'Hara, como dicen mis hermanos. Su padre es de los que atrapan a los ladrones». Al final de la tarde me aparté con él, cerca de un árbol que servía de portería, y le dije: «¿Sabes que a mi padre lo mataron?». No quería empezar a fingir de nuevo, arriesgarme a nuevos malentendidos dolorosos. Él respondió: «Claro que lo sé, mis hermanos me lo han dicho, pero no tenemos por qué contárselo a todo el mundo». Hace unos diez años pasé por delante de la pista de trote —mi familia sigue viviendo allí cerca—, paré el coche, entré y pregunté por los hermanos Carro: me indicaron una serie de cuadras donde podría encontrarlos. Estaban todos allí y abracé a Iaio mientras acompañaba a un hermoso bayo a la pista para el entrenamiento.

Luego están los dolores repentinos e inmanejables. La sensación de naufragio tiene para nosotros un nombre: *Bambi*. La película de Walt Disney que cuenta la historia de un cervatillo de cola blanca normalmente les gusta mucho a los niños desde 1942, pero cuando fuimos al cine, a mediados de los años setenta, ocurrió un desastre. Estábamos en el cine Gloria, en corso Vercelli, y la historia nos gustaba, hasta que los cazadores matan a la madre de Bambi. En ese momento mamá se echó a llorar, en medio de la gente. Fue algo repentino e inesperado: empezamos a llorar nosotros también y la sensación de extravío fue total. Al final de la película esperamos a

que todos salieran antes de levantarnos; estábamos avergonzados y durante años nunca hablamos de aquello.

8. Tenemos que despedirnos

«Por el amor de Dios, nunca he visto *Bambi*, ni he dejado que mis hijos la vean.» Francesca Marangoni me mira como diciendo: «¡Ni que estuviera loca!». Estamos sentados en un banco de los jardines de Guastalla, detrás de la Universidad Estatal, junto al Policlínico de Milán, el hospital en el que su padre fue director médico hasta el 17 de febrero de 1981, día en el que las Brigadas Rojas le dispararon debajo de casa.

Durante casi ocho años he guardado un recorte del semanario *L'Espresso* que le concierne. Un extenso artículo suyo, titulado «El relato de las víctimas olvidadas», que hablaba sobre el afloramiento de dolores repentinos y contaba de cuando había llorado en un cine. Ahora me lo cuenta a mí: «La película era *Un domingo en el campo*, de Bertrand Tavernier. La historia de un viejo pintor francés que reúne a tres generaciones de una familia en las afueras de París. Suceden las cosas clásicas: se come, se discute, hay peleas, luego llega la hija y en la escena final, baila con su anciano padre. Un baile de despedida. Lo hace sabiendo que tal vez sea la última vez...». Francesca se detiene, se muerde los labios, luego empiezan a brotarle las lágrimas y me dice con voz estremecida: «Pues bien, me puse a pensar que yo nunca podría hacer algo así, que él no estaría en mi boda, que no vería crecer a mis hijos». Aún llora, veintiséis años después, durante la hora para comer que me ha concedido.

En la foto que su madre tiene sobre la mesa del salón se los ve juntos durante el último verano, en Inglaterra, frente al castillo de Leeds: el padre lleva una cazadora de ante, es realmente joven, ella es una chica muy guapa de dieciséis años con unos vaqueros rojos. Se ve por la foto que tenían una relación especial.

Llora y no se avergüenza, sacude su cabeza rubia: «Tengo dos hijos, de siete y cuatro años, nunca he tenido valor para decírselo. El mayor le oyó algo a su primo y un día me preguntó: "¿El abuelo murió porque hubo una guerra?". Cree que hay buenos y malos y que en la guerra al final ganan los buenos. Es difícil explicarle que no, que no hubo ninguna guerra, que hubo algunos que se sentían en guerra, que lo decidieron por su cuenta, que se pusieron a disparar. Pero me falta valor para decírselo, no me salen las palabras y cambio de tema. Todo esto me hace sufrir demasiado. Con los años he desarrollado una sensación de extrañamiento».

Francesca Marangoni trabaja en el pabellón del Policlínico que lleva el nombre de su padre, en el centro de coordinación de trasplantes. Ella también es médico: «A decir verdad, no es que tuviera una especial vocación por la medicina, pero estaba en el aire, todos esperaban que lo hiciera. Si volviera a nacer me gustaría trabajar con libros, con papeles, y no con muertos..., pero sé que a él le hubiera gustado. El hospital era su vida y pensar que fue una enfermera, una jefa de enfermería, quien lo señaló a los brigadistas de la "columna hospitalaria"...».

Aquí, a unos metros de donde estamos sentados, se preparó la muerte de su padre, pero ella no tiene ganas de hablar de antiguos terroristas, le molesta el debate sobre si pueden trabajar en las instituciones o ser elegidos diputados. «Lo mínimo sería que los condenaran al silencio social: no tienen nada que enseñar. Si han cumplido un proceso de reinserción social y recuperación, mejor para ellos, pero para mí no cambia nada, nadie puede devolver lo que ya no

existe. Eso sí, no creo que haya que esforzarse por reinsertarlos más que a otros que han cometido otra clase de delitos. Yo quise mirar a los terroristas a la cara: fui a los juicios en la sala búnker en via dei Filangieri, allí en la cárcel de San Vittore. En las jaulas estaba toda la columna Walter Alasia, era como estar en un círculo de Dante: gritaban, insultaban, nos daban la espalda, comían, una vez nos tiraron bocadillos. Un día, mientras estaba hablando nuestro abogado, una pareja empezó a practicar sexo delante de todos. Los carabineros se dieron cuenta, se desató un guirigay. Hoy casi me río al pensarlo: el juez les llamó la atención y pidió respeto por la viuda; el abogado de uno de ellos dijo, volviéndose hacia mi madre: "Pero si la señora no se ofende", pero ella le espetó: "Pues claro que me ofendo, ¡caramba!". En definitiva, eran unos gilipollas de aúpa. Pero no es esa la imagen que ha perdurado: las Brigadas Rojas llevan consigo un aura de personas comprometidas, de luchadores, cuando en cambio eran solo unos desgraciados que llegaron a la lucha armada para redimir vidas sin perspectivas, personas pobres de ideas y de espíritu. El único que me llamó la atención fue el jefe de la columna, Vittorio Alfieri: siempre estaba en silencio y seguía cada palabra. Al final, nos escribió una carta confidencial en la que se disculpaba. De los demás no sé nada.

»No creo que haya ya nadie entre rejas y, francamente, no quiero saberlo. Por suerte, nuestros terroristas no eran lo suficientemente famosos como para aparecer en la televisión, merecer entrevistas o escribir en los periódicos. Al menos ese desaire me lo he ahorrado. Eso sí, me encontré algunas veces con una de las personas que había visto en el juicio. Tenía perfectamente memorizada su cara y cuando lo volví a ver en un parque infantil me quedé congelada. Cada vez que lo veía pensaba en acercarme a él para decirle: "Mira que sé quién eres: te vi en la jaula". Solo estas palabras. Entonces no tuve valor y me he arrepentido.

»Tengo la impresión de que la sociedad en general solo guarda un respeto formal por nosotros y por los que han muerto, que se puede resumir en la fórmula "el dolor de los familiares". Aquí en el hospital, sin embargo, no es raro que me encuentre con huellas verdaderas de mi padre, que van más allá de las placas y las celebraciones. Está vivo en la memoria de muchos enfermeros que asistieron a sus clases, de algún colega. Me paran y me cuentan. Me emociono, me siento cerca de él.»

Francesca recuerda muy bien la amargura de su padre cuando se vio señalado en el hospital por haber declarado contra enfermeros cercanos a Autonomia Operaia culpables de graves daños (desconectaban las neveras que contenían sangre para transfusiones, que luego había que tirar), o cuando repartieron octavillas contra él en la entrada: «Esa mañana tenía un examen de griego, estaba en el primer curso en el liceo clásico Beccaria, y cuando volví a casa lo encontré destrozado, se había sentido terriblemente decepcionado: lo acusaban de ser el sirviente de los amos porque estaba en la comisión que autorizaba las curas termales». Hacía tiempo que recibía amenazas: «Yo lo sabía, pero no pensaba que pudiera pasarle nada, hasta que una mañana me explicó que ya no me podía acompañar al instituto para no seguir siempre el mismo camino. Tenía miedo de que le dispararan a las piernas y decía: "Quién sabe si después podré caminar o esquiar". Lo eligieron como víctima porque era un blanco fácil y cómodo. Si hubiéramos vivido en el centro, en una calle pequeña y estrecha donde uno no puede pararse y apostarse, quizá aún estaría vivo».

En cambio, vivían frente al estadio de San Siro, en una calle espaciosa, y Luigi Marangoni fue asesinado cuando salía con el coche por la verja. Su mujer lo estaba mirando desde la

ventana. Vanna Marangoni lo hacía cada mañana: «Era como si pudiera protegerlo. Ese día oí los disparos, pero era carnaval y pensé en petardos. Entonces me doy cuenta de que su coche se ha detenido porque un Ritmo blanco está bloqueando la salida en el vado permanente. Dos personas con gorras y gafas de sol suben rápidamente al Fiat y, un poco más adelante, recogen a una tercera persona. El coche de mi marido se queda parado, entonces lo comprendo todo y pienso: "Ya está, esta vez ha pasado de verdad". Bajo corriendo en bata y camisón, la portera intenta detenerme: "No salga, están disparando". Yo le digo: "Es que no lo entiende, se trata de mi marido". Pero cuando salgo no lo veo, así que pienso que lo han secuestrado y se me reaviva la esperanza. Entonces me dirijo a la puerta y veo que está reclinado sobre el asiento. Abro la puerta, me arrodillo y lo abrazo; estaba completamente cubierto de cristales, sangraba mucho por la nuca. Le puse las manos en la cara para que me notara, para darle calor, aunque no hubiera nada más que hacer. Comprendí que nuestra vida juntos terminaba en ese momento y le dije: "Tenemos que despedirnos". Antes de que lo subieran a la ambulancia, le cerré los ojos».

En la octavilla de la reivindicación se decía que era un siervo del Estado y de la Democracia Cristiana. Vanna Marangoni habla en voz baja, muy educada: «Y pensar que ni siquiera había votado nunca a la DC; era liberal, puntilloso, trabajaba mucho, hizo limpieza en el tanatorio, trasladando a todos los que hacían negocios con las empresas funerarias. Luego se ganó enemigos al ir a declarar junto con tres enfermeros en el juicio por daños. A los enfermeros les dispararon en las piernas en el hospital, para él la sentencia fue de muerte. Pero antes tuvieron tiempo de acusarlo, difundiendo en octavillas un artículo publicado en *Il Giorno*, de haber negado el derecho a las curas termales a unos empleados de un banco y de haberlo hecho a propósito. Cuando volvió a casa se echó a llorar. Era el 31 de enero. Se dio cuenta de que era una señal. Esa noche me despertó y me dijo: "Recuerda que soy un hombre honesto y no dejes de quererme. Te pido perdón si os dejo solas, pero no es culpa mía". No dijo nada más».

Esta señora menuda permanece en silencio largo rato, con la mirada perdida en los recuerdos o tal vez en la nostalgia de lo que no pudo ser, luego añade solo una última frase: «No sirvió para nada, no ayudó a nadie, pero a mí me robaron, me quitaron una parte de mi vida». A finales de mayo de 2005, mi madre fue a verla, estuvieron conversando largo rato, a ella también le llamó la atención el tono sosegado y el peso del dolor que expresa esta mujer. Cuando salió, me llamó con el móvil, de camino a su casa. Mi madre es una persona convencida de la idea de seguir caminando y mirar siempre hacia delante, de trabajar por la reconciliación, el perdón; la sostiene una fe vital y muy fuerte, pero esa tarde tenía la voz temblorosa y me dijo: «Verás, Mario, la he estado escuchando largo rato, he pensado en vosotros, en papá Gigi, en todos los que hemos conocido durante estos años que no consiguen recobrar las fuerzas para seguir viviendo, en lo que nos han hecho, en lo solos que nos han dejado a todos y en cómo se ha olvidado todo y me ha vencido el desánimo: todos hemos sido demasiado buenos, demasiado pacientes».

9. Montecitorio

Ocurre en algún momento, de repente, que ciertas personas habitualmente mansas, que no crean problemas, que tienen demasiado sentido del Estado, a las que se cataloga bajo la tranquilizadora voz de «los familiares de las víctimas», den muestras de intolerancia, se rebelen, estallen. Entendámonos, siempre será poca cosa, en un país acostumbrado a gritar a pleno pulmón, a tumbarse en las vías, a ocupar el escenario del teatro Ariston del festival de San Remo. Se trata, a lo sumo, de una carta de protesta, de una declaración, de una amenaza de devolver las medallas a la memoria. El enorme respeto que guardan por los propios muertos les impide ir más allá, pero el sufrimiento que estos pequeños gestos esconden es espantosamente grande.

Mi pasión por catalogar me ha dado una clave de lectura para comprender estos desahogos repentinos: nunca son hijos de un arrebato de ira, siempre vienen después de una serie de ofensas, afrentas, desatenciones. Así, he aprendido a preverlos y a veces he intentado ejercer de bombero, advirtiendo a las instituciones de que el malestar crecía en silencio y que el río kárstico pronto emergería por algún lado. No todo el mundo hace oídos sordos. Gianni Letta, Pier Ferdinando Casini, Arturo Parisi, Alfredo Mantovano, Massimo Cacciari, Carlo Giovanardi, Valdo Spini y Franco Monaco se cuentan entre quienes han demostrado comprensión por pasajes delicados y, en silencio, sin estridencias, sin hacer un uso político, han tratado de hacerse cargo de la desazón.

Fue un buen día aquel en el que, por fin, en julio de 2004, el Parlamento, en una tramitación muy breve, después de años de espera, aprobó, por unanimidad y en comisión, la ley con las nuevas normas en favor de las víctimas del terrorismo y las matanzas. Poco después, sin embargo, empezaron los problemas de cobertura financiera y en muchos casos, durante mucho tiempo, la indemnización quedó en papel mojado. Han pasado cinco años y la ley aún no se ha implementado en su totalidad. El agotamiento ha llevado a algunos a dar el paso que nunca habrían querido dar: demandar al Estado.

Esa sensación de desinterés, de abandono, es la causa que promueve el malestar. Además de la casualidad, la desatención —una evidente falta de sensibilidad política, histórica y cultural— provoca una serie de hechos excepcionales como los que se desencadenaron en los primeros seis meses del Gobierno del Ulivo: se inauguró con el indulto a Ovidio Bompressi, uno de los asesinos, concedido por Giorgio Napolitano a los pocos días de su llegada a la presidencia de la República. Una iniciativa promovida por su antecesor, Carlo Azeglio Ciampi, ya decidida hacía tiempo, en la que el nuevo presidente se limitó a estampar su firma.

Nadie nos dice nada. Estoy pasando en ciclomotor por via Tomacelli, frente a la sede del periódico *il manifesto*, cuando me suena el móvil, se superponen dos llamadas telefónicas. Son de Luigi Contu, mi jefe en la agencia ANSA, que hoy dirige la redacción política de *la Repubblica*, y de Arturo Celletti, reportero político de *Avvenire*: quieren avisarme de que la noticia está en las agencias. Me quedo aturdido, el móvil se me cae de las manos y la rueda de un autobús lo aplasta. Corro a casa para llamar a mi madre antes de que se entere por alguien que ande buscando una declaración por su parte, por suerte estaba en el parque jugando con su nieta

en las camas elásticas. Le sienta fatal. No por la medida de gracia en sí misma, a la que nunca nos hemos opuesto, sino por la manera descuidada y desatenta con la que se ha gestionado el asunto. Hacía falta muy poco para no transformar un gesto que podía haber sido de pacificación en una bofetada, pero la confusión y los malentendidos prevalecieron, lamentablemente.

Me gustaría que quedara claro: no considero que las instituciones deban pedir permiso a las víctimas para legislar, para decidir si conceder un indulto, un permiso como recompensa, una libertad provisional o vigilada. Son cosas que deben hacerse en aras del interés general, que puede no coincidir con el de los «familiares de las víctimas», y si el Estado, la Judicatura, el Gobierno o el presidente de la República estiman que se trata de un acto correcto, necesario, justificado, es evidente que no pueden paralizarlo por los dolores privados. Tampoco está escrito en ninguna parte que se deba avisar a las familias. Nada de ello puede reclamarse. Sin embargo, existen muestras de sensibilidad, de atención, gestos que pueden ayudar a atenuar el dolor, a aceptarlo. No hay que olvidar que la mayoría de las personas asesinadas en los años de plomo trabajaban para el Estado y lo pagaron con sus vidas. En cambio, el país parece estar aquejado de un analfabetismo en cuanto a sensibilidad. Así que el teléfono de mi madre empezó a sonar sin parar, pero no eran políticos ni tampoco periodistas: eran Carole Tarantelli, la viuda de Ezio, el jurista asesinado por las Brigadas Rojas en la Universidad La Sapienza en 1985; Marina Biagi, la viuda de Marco, el experto en derecho laboral asesinado por las Nuevas Brigadas Rojas en 2002; eran miembros de asociaciones de víctimas, personas a las que las Brigadas Rojas les habían disparado en las piernas, como Maurizio Puddu, o que habían perdido el amor entre las bombas, como Manlio Milani, cuya esposa murió en la matanza de piazza della Loggia, en Brescia. Todos estaban desconsolados, algunos lloraban de rabia. También llamó Rosa Calipari, que perdió a su esposo en Bagdad, asesinado por un soldado estadounidense mientras llevaba de vuelta a casa a la periodista recién liberada Giuliana Sgrena.

Al día siguiente llamó Giorgio Napolitano. A primera hora de la mañana, tras leer los diarios que destacaban que la familia no estaba al corriente de nada. En el Quirinal estaban seguros de que ese trámite lo había llevado a cabo el ministro de Justicia Clemente Mastella. La llamada telefónica fue larga, clara, directa, pero fue importante y ayudó a asentar una relación de estima y respeto que nació cuando Napolitano era ministro del Interior.

A los pocos días fue nombrado secretario de la Cámara de Diputados Sergio D’Elia, quien había obtenido su escaño unas semanas antes. Elegido con la lista Rosa nel Pugno de radicales y socialistas, D’Elia proviene de un largo compromiso en la asociación Nessuno tocchi Caino, que lucha por los derechos humanos y la abolición de la pena de muerte, pero también proviene de la militancia en la lucha armada, en Prima Linea. Condenado a treinta años, reducidos a veinticinco en apelación, como cómplice en el asesinato, el 20 de enero de 1978, de Fausto Dionisi, un agente de policía que murió en un intento de fuga de unos terroristas de la cárcel de Murate, en Florencia. Cumplió doce años de prisión y en 2000 fue rehabilitado por la corte de Roma y recuperó sus derechos civiles, a pesar de la opinión contraria de la viuda y la hija de Dionisi, Jessica, que tenía dos años y medio cuando mataron a su padre.

La sensación de malestar se disparó: pero cómo, ¿un antiguo terrorista en los escaños del Parlamento? Y nada menos que promovido a secretario de Montecitorio. La política se partió en

dos: unos se aprovecharon políticamente de la indignación, otros defendieron la decisión con gélidos motivos. El debate, una vez más, volvió a dejar rápidamente de lado a las víctimas y se desplazó a los derechos de los antiguos terroristas: derecho a rehacer su vida, a reinsertarse, a poder expresar sus ideas. Ya han pagado —fue la frase más utilizada—, ahora tienen derecho a vivir como los demás.

«Me lo tomé muy mal, esta vez me sentó como un tiro: ya había digerido con dificultad el hecho de que hubiera sido elegido parlamentario, luego cuando supe que el hombre que había sido condenado como cómplice del asesinato de mi marido se había convertido nada menos que en uno de los secretarios de la Cámara de Montecitorio, entonces me sentí humillada: eso sí que no me cabía en la cabeza.» Mariella Magi tenía veintidós años cuando su marido Fausto, un año mayor, fue asesinado. Su voz es vivaz, con un fuerte acento toscano. No es una persona que viva encerrada en sí misma, es la fundadora de una de las asociaciones más activas en la representación de las víctimas del terrorismo: se llama «Memoria», y lucha desde hace años contra el olvido y en favor de leyes que reconozcan compensaciones y asistencia.

«Hay cosas intolerables que van más allá de toda capacidad de aguante. No discuto las leyes y la posibilidad de que los terroristas rehagan sus vidas, pero espero por lo menos, de ellos y de las instituciones, respeto y buen gusto. Es más, de los antiguos terroristas yo me esperaría el silencio, la capacidad de mantenerse algo al margen, al menos para no reabrir continuamente las heridas. Porque lo cierto es que los condenados a “cadena perpetua” hemos sido nosotros. Ellos tienen una segunda oportunidad en la vida, mientras que a nosotros, y aquellos a los que mataron, esta posibilidad les fue arrebatada por completo. Yo era una cría y me robaron la vida.»

Toma aire un momento y luego se empeña en explicar su pensamiento con precisión, para que no se la malinterprete: «Yo nunca me he sentido ofendida por el hecho de que Sergio D’Elia fuera secretario de Nessuno tocchi Caino, es justo que cada uno se comprometa con lo que cree; ha sido lo que ha ocurrido después lo que me ha dejado devastada. El debate en la Cámara después de la polémica fue una indecencia: todos compitiendo para defenderse, defendían a D’Elia, se defendían a sí mismos, sus decisiones, su comportamiento. A D’Elia nunca le hemos oído ni la más vaga declaración de arrepentimiento, en su defensa en Montecitorio no hubo ni siquiera una sola palabra de recuerdo por los asesinados. Después de ese día me quedé sola, con la grabación del debate, y completamente desolada. Menos mal que algunos decidieron actuar, recibimos la solidaridad de políticos como Carlo Giovanardi, de una parte importante de la ciudad de Florencia, del presidente del Consejo Regional, Riccardo Nencini del SDI. El alcalde Leonardo Domenici dejó oír su voz y aprecié que muchos concejos municipales, algunos de pueblos muy pequeños, de la Toscana roja, sintieran la necesidad de votar una moción en la que se pedía a D’Elia que renunciara al cargo».

Mariella Magi Dionisi se siente como si hubiera vuelto a finales de los setenta, solo recupera el presente cuando habla de su hija: «Tengo un nieto desde hace dos años..., ¡qué alegría, mira lo guapo que es!».

A los pocos días surgen nuevas polémicas, porque Roberto Del Bello, secretario particular de Francesco Bonato, subsecretario del Ministerio del Interior de Rifondazione, tiene a sus espaldas una condena de cuatro años y siete meses por pertenencia a banda armada. Luego estalla el caso de Susanna Ronconi, que formaba parte del comando de las Brigadas Rojas que en 1974 asaltó una sede del MSI en Padua y que mató a Giuseppe Mazzola y Graziano Giralucci. El ministro de Solidaridad Social Paolo Ferrero la nombra miembro del Consejo Nacional para la Toxicodependencia, por su experiencia en el Grupo Abele primero y, más tarde, al frente de la asociación Forum Droghe. Esta vez el asunto termina con su renuncia y con la intervención del fiscal de Roma, que investiga al ministro por prevaricación: la designación era ilegal porque la antigua terrorista estaba inhabilitada para ocupar cargos públicos. Susanna Ronconi cuestiona la interpretación jurídica y denuncia que se la mantiene «clavada a una historia de hace treinta años»: «Lo que ha ocurrido desde entonces —subraya— no tiene ningún valor. No me parece justo, es una cultura vengativa. No reniego de mis responsabilidades y sé que nada puede resarcir la pérdida de vidas humanas, pero he cumplido íntegramente mi condena y para atestiguar el cambio en mi existencia está la verdad de una vida real y mi compromiso concreto».

El problema no es nuevo. Lleva muchos años existiendo, aunque nunca se había sentido tanto como en los últimos meses.

Emilio Alessandrini fue asesinado de ocho tiros por Marco Donat Cattin y Sergio Segio, de Prima Linea, el 29 de enero de 1979, poco después de dejar a su hijo Marco en el colegio. Tenía treinta y siete años, la misma edad que tiene hoy su hijo.

Marco Alessandrini trabaja como abogado en Pescara, la ciudad de su padre. De Emilio, un juez que se había distinguido primero en las investigaciones sobre el terrorismo de derecha —descubriendo la «pista negra de piazza Fontana» y las «pistas falsas» de los servicios secretos— y luego por una investigación sobre la sección milanesa de Autonomia Operaia, ha heredado una cara sonriente, una frente espaciosa, la pasión por el baloncesto y los buenos modales.

A Marco no le gusta hablar en público, pero hace un esfuerzo, con su lenguaje preciso y elegante: «Siento el deber de aportar mi propia contribución para alimentar “el vicio de la memoria”». La primera vez que se armó de valor fue con Marco Imarisio, periodista del *Corriere della Sera*: «No es verdad que el tiempo lo cura todo: mi madre tenía treinta y cuatro años cuando mataron a su marido. En cierto sentido, no se ha movido nunca de aquel 29 de enero». Abandonaron Milán rumbo a Pescara unos días después del asesinato, en silencio. Y en silencio siguieron durante un cuarto de siglo, «pero hoy sufrimos esta peculiaridad italiana que nos deja consternados: los antiguos terroristas que se convierten en gurús, escriben libros, conceden doctas entrevistas. Se ha creado una auténtica corriente cultural, hay que reconocerlo».

Un ejemplo perfecto de lo que revuelve las entrañas de las víctimas es el que dieron los familiares de los carabineros y policías asesinados en via Fani cuando secuestraron a Aldo Moro. Ileana Lattanzi (viuda de Oreste Leonardi), Maria Rocchetti (viuda de Domenico Ricci), Maria Pia Zizzi (hermana de Francesco Zizzi), Ciro Iozzino (hermano de Raffaele Iozzino) y Angelo Rivera (hermano de Giulio Rivera); ellos también, después de años de silencio, escribieron a la

sección de cartas que el famoso periodista Corrado Augias tiene en *la Repubblica* para contar su desaliento al ver un especial de la cadena televisiva Italia Uno, el 27 de febrero de 2007, titulado *El regreso de las Brigadas Rojas*, presentado por el antiguo político socialista Claudio Martelli, en el que Alberto Franceschini, fundador de las BR, era entrevistado precisamente en via Fani: «La escena nos hizo retroceder treinta años, a ese terrible día en que nuestras vidas se detuvieron junto con las de nuestros seres queridos. Nos horrorizó ver a un terrorista junto a la placa conmemorativa de la matanza, nos disgustó oírlo hablar de las Brigadas Rojas en ese lugar de memoria histórica para la nación. El presidente de la República Giorgio Napolitano, invitando al hijo del antiguo alcalde de Florencia Lando Conti, asesinado por las Brigadas Rojas, a suspender su huelga de hambre iniciada para protestar contra la presencia en las instituciones de antiguos terroristas, ha dicho: "Siento la necesidad de mantener viva en la opinión pública y entre las fuerzas políticas la memoria de la gravedad del ataque perpetrado por el terrorismo contra las instituciones democráticas y la memoria de quienes las defendieron valientemente hasta el punto de sacrificar sus vidas". A la luz de estas palabras del jefe de Estado, consideramos aún más indecente proponer este tipo de entrevistas rodadas en los lugares de la memoria».

Es posible que en la respuesta de Corrado Augias hayan encontrado por fin la comprensión que buscaban: «Hay poco que añadir a lo que, con tanta exactitud, dice esta carta. Después de unos años encarcelados, los brigadistas involucrados entonces en delitos de sangre recobran la libertad. Creo que en la cédula de liberación aparece escrito "fin de la pena". En cambio, no creo que la pena de aquellos cuyo esposo o hermano ha sido asesinado acabe nunca y, en cualquier caso, su fin no puede certificarse con un sello en un papel. La disparidad de trato entre quien asesinó y quien fue asesinado es irreparable, se prolonga a lo largo de los años, agravada por el hecho de que quienes asesinaron entonces escriben memorias, son entrevistados en la televisión, participan en algunas películas, ocupan puestos de responsabilidad, mientras que a la viuda de un agente nadie va a preguntarle cómo ha vivido desde entonces sin su marido, si tiene hijos que vivieron una infancia de orfandad, si el tiempo que ha pasado les ha cicatrizado las heridas, el pesar, el dolor.

»¿Asesinados por qué, además? Por el sueño de un grupo de exaltados que jugaban a hacer la revolución, haciéndose ilusiones de que eran espíritus elegidos, almas bellas entregadas a una noble utopía, sin darse cuenta de que los verdaderos "hijos del pueblo", como los llamó Pasolini, estaban en el otro lado, eran el blanco de su estúpida locura».

10. Un pintor de izquierdas

Hizo falta un pintor de izquierdas para que yo dejara de leer *Robinson Crusoe* dos veces al año. Lo tomó en sus manos y me dijo: «Hay muchos otros libros en los que uno no está solo en una isla después de un naufragio, son muy bonitos, te gustarán». Por si acaso, me quedé con *Robinson* y lo tuve durante años junto a la cama, pero acepté *El diario de Gian Tormenta*, los libros de Mark Twain, *Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*, y, más tarde, *David Copperfield* y los cuentos de un veterinario inglés, James Herriot, que me regalaba mi abuelo.

Yo ya iba a la escuela primaria, pero él había entrado en nuestra vida durante el último año del jardín de infancia. Apareció una tarde cuando estaba a punto de oscurecer. Vimos en la puerta a un hombre con una gran cabeza rizada y nos pareció simpático enseguida, buscábamos en todo momento una figura paterna. El abuelo y los tíos hacían lo que podían, pero al atardecer nos quedábamos solos con mi madre. Ella nos bañaba, nos metía a los tres juntos en la bañera y jugábamos en el agua. Luego, con la oscuridad, la tristeza nos invadía y la noche nos trajo pesadillas y lágrimas durante años. El pintor dijo que se llamaba Tonino y yo, estudiándolo detenidamente, noté que tenía los dedos manchados con témpera azul. Después de un momento de vacilación, le salté al cuello y dije: «Tonino es mío». Lo secuestramos y se pasó todo el tiempo jugando con nosotros, luchando y haciéndonos cosquillas en el sofá.

Había venido a ver a mi madre, pero ella apenas tuvo tiempo de darle el sándwich de jamón y queso que le había preparado. En la puerta, Luigi, que tenía casi tres años, le preguntó: «Oye, ¿cuándo vuelves?». Él, a quien la pregunta le pilló un poco desprevenido, contestó: «Mañana». Y puntualmente, empezó a venir una hora cada tarde, antes de ir a dar clases de técnicas de ilustración en la escuela nocturna del Castello Sforzesco. Se pasaba todo el tiempo con nosotros sobre la alfombra de la sala, mamá nos miraba, apoyada en el marco de la puerta, y luego le preparaba algo de comer.

Entró en nuestra vida poco a poco, con amabilidad y delicadeza. Tenía un Spider rojo hecho polvo con el que empezó a llevarnos al parque Sempione, luego al Planetario y al Museo de Historia Natural. Un día apareció con un rollo inmenso de papel de embalar y ceras, y desde ese momento pasábamos las tardes tirados en el suelo, dibujando.

Hasta que un día los abuelos le pidieron a mamá que fuera a verlos, a solas, porque necesitaban hablar con ella. Le pidieron que se sentara en la mesa redonda del comedor y se colocaron frente a ella. La primera en hablar fue la abuela, muy preocupada, y le preguntó si era cierto que iba a casa a menudo un pintor «melenudo». Mi madre, azorada, dijo que sí, que había un profesor, un artista, con rizos un poco largos, con el que se veía. Luego le preguntaron si era cierto que el pintor vivía en una casa con otras muchas personas: «Nos lo han contado los niños». Era una casa de cuatro habitaciones que compartía con un programador de la Olivetti, Baldassarre Giunta, apodado «Sino», que hacía dibujos animados para la Bruno Bozzetto, Antonio Dall’Osso, y ocasionalmente otros artistas, muchos de ellos toscanos de Lucca. Para nosotros era un lugar mágico, repleto de dibujos y colores, en el que no reinaba sin duda tanto orden como en casa de los abuelos, pero donde podías abrir la nevera y echar mano a lo que

quisieras. Los inquilinos de la casa —que pagaban regularmente el alquiler— nos adoptaron, y todavía hoy no faltan nunca cuando hay un acontecimiento triste o feliz en nuestra familia. En las bodas siempre llega el vino toscano de Marco y Giorgina Pedonesi, y en las paredes de nuestras casas hay cuadros de Giuliano Natalini.

El caso es que, después de lo que había sucedido, la actitud de los abuelos no era difícil de entender, tanto que, en determinado momento, le espetaron: «A ver, Gemma, llamemos a las cosas por su nombre: es un pintor comunista y de pelo largo que vive en una comuna. ¿Qué ves en él? ¿Por qué alguien así?». Ella intentó defenderse diciendo que no era comunista y que no había ninguna comuna, luego estalló y dijo categóricamente: «Porque quiere a mis hijos y es capaz de hacer que se rían. No hay nada más que hablar».

Los abuelos entendieron, hicieron el esfuerzo de aceptar a una persona que estaba en las antípodas de ellos, y el domingo siguiente lo invitaron a comer. Recuerdo una tensión notable que solo se atenuó gracias a los platos típicos piamonteses del almuerzo dominical, la *bagna cauda* y el *risotto*, y al hermano pequeño de mi madre, el tío Attilio —ahora completamente calvo, entonces lleno de rizos—, que rompió el hielo con una frase parecida a esta: «Decían que eras un melenudo, pero tienes el pelo más corto que yo...».

Attilio fue nuestro amuleto de la infancia: nos enseñó a amar las bicicletas, la música americana, contagió a mis hermanos con su pasión por las motos y luego nos hechizó con su trabajo como fotógrafo de moda. Su estudio era nuestro refugio cuando faltábamos a clase, y era un lugar maravilloso: a los dieciséis años, pasar de las profesoras a las modelos es un salto que no se olvida fácilmente.

Con el tiempo, el cortocircuito entre Tonino y los abuelos se resolvió tan bien que se convirtió para mí en un paradigma de cómo podría ser nuestro país, si cayeran vallas y barreras. Se dejaron contagiar mutuamente, aprendieron a apreciarse sin cambiar sus ideas básicas, que con el paso de las estaciones acabaron coincidiendo en algunos pasajes.

Nosotros vivíamos sacando lo mejor de dos mundos que pueden parecer irreconciliables. Los abuelos, industriales textiles, nos llevaban de vacaciones por turnos con ellos, cada fin de semana a uno de nosotros: íbamos a esquiar a Courmayeur o a hacer senderismo por Suiza. Y en Semana Santa, los tres a Venecia. El abuelo siempre tuvo el último modelo de Lancia. Nos enseñaron la ética del trabajo, del ahorro, la importancia de la caridad y cómo reconocer un tejido con los ojos cerrados. Con mamá y Tonino, que se vino a vivir con nosotros en 1976, viajábamos en cambio en el Fiat 127. Recorrimos Italia entera para descubrir playas y monumentos, y poco a poco los tres volvimos a respirar, a no sentirnos ya amenazados y perdidos. En cierto momento mis hermanos empezaron a llamarlo «papá»; yo no, esperé aún bastantes años, pero cuando lo hice fue porque realmente me había convencido de que se estaba comportando como un padre para nosotros.

Los niños siempre han sido su pasión, se inventaba talleres para estimular la creatividad junto con Bruno Munari, uno de los más grandes diseñadores que ha tenido nuestro país, y creó la bandera de la paz, ese arcoíris que en los últimos años ha invadido las calles italianas.

Tonino nos enseñó a pescar, a usar una máquina de fotos, a remar, a nadar, a dibujar, a reconocer las estrellas y los vientos para volar cometas, a construir castillos de arena y pistas para las canicas. Pero, sobre todo, a no rendirnos nunca, a no dar nada por sentado, a luchar por las cosas que uno ama.

Se levantaba por las noches cuando llorábamos y se inventaba grandiosos remedios para combatir nuestras tristezas: todas las mañanas nos despertaba con un pequeño espectáculo de marionetas, personajes imaginarios, contaba historias y nos gastaba bromas. Se convirtió en un momento imprescindible. Nunca trató de dejar de lado a «papá Gigi», nos apoyó en los juicios y siempre nos animó a mantener viva su memoria.

En diciembre de 1982, en una pequeña iglesia con vistas al golfo de Tigullio, en Liguria, mi madre y Tonino se casaron, y dos años después nació Uber, nuestro cuarto hermano. Con su llegada, nuestra historia volvió a pasar página: en el libro de familia y en el buzón había tres apellidos, y a partir de ese momento explicar las cosas a veces se volvía complicado. No siempre ha sido fácil, especialmente para él, que se vio aplastado por una historia voluminosa e infinita. Era pequeño, todavía estaba en el jardín de infancia, cuando una noche dijo, antes de irse a dormir: «Mamá, no sé qué hacer: quiero a mis hermanos y lamento que su papá esté muerto, pero si eso no hubiera pasado yo no habría nacido». En primero de secundaria, uno de sus profesores organiza una asamblea sobre el caso Sofri, el único orador invitado es Guido Viale, antiguo dirigente de Lotta Continua. Mi hermano pregunta por qué no hay alguien de ideas opuestas, y se le responde: «¿No querrás que esa pobre gente se quede en la cárcel?». Vuelve a su casa y pide que se le expliquen las cosas, que se le den todos los detalles, los particulares de la historia. Quería intervenir él, evitar que hubiera una sola voz y recordar a Luigi Calabresi, aunque no fuera su padre. Le dimos las gracias, luego mi madre le pidió que ese día se quedara en casa. Nunca lo hemos sentido diferente a nosotros, nos hemos convertido en cuatro y está completamente entreverado con nosotros.

Así, domingo tras domingo, año tras año, aprendimos cosas que parece ridículo contar puesto que deberían ser patrimonio común: que hubo dos Italias y que ninguna era, por definición, la buena o la mala, que las dos tenían cosas que nos gustaban, que en ambos lados había gente decente, que en la derecha, en la izquierda, en el centro, podías encontrar carcajadas, cariño, charlas interesantes, discusiones, desazón o tristeza. De algo me di cuenta enseguida: de que éramos una familia que sorprendía, pero en sentido positivo, de que rompíamos moldes. Cuando íbamos con mi madre a la inauguración de alguna exposición que podría catalogarse de izquierdas, no era raro que hubiera un momento de frialdad, pero nunca nos preocupábamos porque al rato el clima cambiaba, las personas volvían a estar en el centro y entonces la gente nos miraba con simpatía y tal vez se cuestionara cosas.

Siempre he comparado lo que nos ocurrió a nosotros con un naufragio. De repente lo pierdes todo, te encuentras a merced de las aguas oscuras y profundas. Puede suceder que el desastre haya sido anunciado por la tormenta, pero también hay vías de agua repentinas, icebergs, orcas. Si el de mi padre fue un naufragio previsible, basta con rememorar los hechos de aquellos días, hay dramas repentinos e impredecibles, como lo ocurrido con Ezio Tarantelli o Massimo D’Antona.[*]

Pero la parte de la imagen que más me convence es lo que viene después: uno puede quedarse a la deriva durante años, toda la vida. Puede acabar en una isla desierta y elegir

permanecer allí. Muchas personas víctimas de los terroristas lo cuentan con lúcida claridad: nunca hemos podido pasar la página del calendario, el dolor y la rabia nos han dejado clavados en ese momento. Y resulta difícil salir de esa situación por las propias fuerzas. Algunos eligen una isla que les permita sobrevivir: la viuda Padovani se retiró con una de sus hijas, ya mayor, a los Apeninos tosco-emilianos; también la esposa de Alessandrini, que no tardó en dejar Milán para irse a Pescara, como lo hizo la señora Custra con su barriga de embarazada.

Nosotros debemos nuestro agradecimiento a mi madre, que tuvo el valor de dejarse ayudar por Tonino, y al destino, que nos hizo nacer en una familia numerosa y ramificada: mamá es la cuarta de siete hijos, sus hermanas y hermanos nunca nos han faltado. «Los Carli», una marca de fábrica que identificaba a ocho personas: el mayor de los tíos, Carlo, su mujer, Carla, y seis hijos. En medio de ellos nos diluíamos, nos volvíamos parte de algo más grande, se anulaban las diferencias. El único problema es que todos son rubios o pelirrojos y tienen los ojos azules, mientras que nosotros éramos manchas oscuras, se nos notaba de inmediato. Luego estaban los primos africanos, nacidos en las fuentes del Nilo Azul, como decían ellos, hijos de dos valientes médicos, Gigi y Mirella, que ayudaron a fundar un hospital en Gulu, en el norte de Uganda. Nos hechizaban con relatos que duraban horas, de juegos en la sabana, de cebras y jirafas.

Ser arrancado de las olas es un trabajo arduo, las dificultades no siempre pueden eludirse, diluirse, transformarse o dejar de verse. Cuando el bulto era demasiado grande o la decisión delicada, nos sentábamos todos juntos alrededor de la mesa redonda de la cocina. Allí es donde hemos tomado todas nuestras decisiones im-portantes, allí nos reuníamos incluso cuando todos los hijos vivíamos ya fuera de casa; allí, pegado en el cartel de una exposición de Picasso, Tonino nos dejó hace unos años un poema que explicaba lo que nunca se había dicho:

Padre
día
tras día,
por el amor elegido,
no por el pan.

Amados
de inmediato,
misteriosamente míos.

11. Volveremos a amarnos

Tras el 11 de septiembre de 2001, el *New York Times* empezó a publicar todas las mañanas los retratos de los muertos en las Torres Gemelas. Eran biografías cortas, escritas con pasión, llenas de vida y de detalles. Uno de los primeros días me quedé asombrado al leer la historia de un corredor de bolsa que acababa de cumplir su sueño de comprarse un Porsche pero, como tenía el vicio de fumar puros, el coche se le llenó enseguida de humo y ceniza. Me pregunté qué clase de recuerdo era ese, qué sentido tenía conmemorar de esa manera a un muerto en un atentado. Entonces traté de imaginar qué ocurriría si el patrón clásico de la celebración retórica —«ejemplar padre de familia», «muy querido por todos», «empleado modelo», «ciudadano intachable»— se hubiera repetido cientos de veces, hasta llegar a recordar a cada una de las 2.595 víctimas de Manhattan. Nadie se los habría leído, nadie los habría recortado, nadie habría conservado su memoria. En cambio, todavía tengo presente la historia de una mujer que tenía su despacho en una de las plantas más altas y estaba encantada porque desde las ventanas podía ver el colegio de su hijo abajo. Fue la demostración de que son los detalles los que mantienen viva la memoria, los recuerdos plenos, vividos, y no la prosopopeya.

Hay una forma de cultivar la memoria que resulta insoportable, esas conmemoraciones en las que se repiten durante horas ritos burocráticos de un hastío irritante: miles de agradecimientos barrocos, una profusión de adjetivos al estilo de «brutalmente abatido en la flor de la vida por una vil mano asesina». Afirman que quieren mantener viva la memoria, pero se trata de un método equivocado, sobre todo si hablas frente a chicos de colegio: se nota que se aburren, que no entienden nada, inundados por nombres y citas cuyo contexto desconocen, de los que no tienen la menor idea. «Los jóvenes tienen el deber de saber..., tienen que recordar...» Pues entonces habrá que contarles algo que merezca la pena recordar. Cuando tengo ocasión de participar en encuentros así, opto siempre por hablar de mi padre como un hombre normal, no como un héroe o un marciano, por contar sus debilidades y curiosidades. Es importante aclarar que los «héroes» eran personas normales, pero con la característica de haber sentido una pasión infinita por las cosas que hacían, hombres con los que es posible identificarse, que amaban su trabajo y lo hacían escrupulosamente. Como Emilio Alessandrini, asesinado por ser culpable de haber contribuido a hacer «eficiente» la fiscalía de Milán; como Luigi Marangoni, que quería un hospital que funcionara, y no podía soportar que se tirara la sangre o que se hicieran negocios con los muertos.

El 29 de enero de 2005, veintiséis años después de la muerte de Alessandrini, fui al liceo clásico de Pescara, donde él había estudiado. Su hijo Marco y yo hablamos de nuestros padres. Él se ganó a los muchachos presentes cuando les habló de la última Navidad antes de su asesinato, para hacerles comprender el vacío que deja la violencia en la vida cotidiana de una familia: «Acabábamos de regresar a casa después de una ronda de visitas familiares, pero yo tenía muchas ganas de ver *Grendizer* en color así que se volvió a poner el abrigo y regresamos a casa de nuestros abuelos maternos para que yo pudiera ver esos dibujos animados. Siempre me

salía con la mía, teníamos una gran complicidad entre nosotros. Se dice que un padre-amigo no es algo bueno, pero yo en cambio lo quería por eso, y siento muchísimo haberlo perdido».

Un mes antes yo había estado en el liceo donde estudió mi padre, el San Leone Magno de Roma, que había decidido dedicarle una placa, colocada en un muro del patio. Estaba con la tía Wanda, su hermana mayor. Hablaron el subjefe de policía Antonio Manganelli, el prefecto Achille Serra, que lo conocía bien, y el director del centro, que lo retrató como un alumno modelo: «Ya se veía entonces que acabaría siendo un héroe». En ese momento mi tía me susurró al oído: «Ni te imaginas qué chico más vivo era, tanto que suspendió el último curso y tuvo que ir a acabar el bachillerato a otro sitio...». Antes de acabar, me preguntaron si quería decirles algo a los estudiantes. Vi sus rostros, me di cuenta de que toda aquella historia de los años setenta no significaba nada para ellos, así que cambié de registro: «Voy a deciros la verdad: en realidad no es que fuera exactamente un estudiante modelo, al contrario, era un chico alborotador y un alumno indisciplinado. Hasta lo suspendieron». Los estudiantes se espabilaron y empezaron a mirarme con asombro. En ese momento dije lo que más me importaba que supieran: «Los que os presentan como héroes son gente corriente, pero con un gran amor por la democracia y la República. Hacían su trabajo con pasión». No tuve el valor de añadir que ni siquiera logró sacarse el bachillerato allí, pues podía ver la cara de sufrimiento del director, que probablemente no lo sabía, así que les di las gracias y les indiqué a todos el camino hacia el bufet.

Hay momentos mágicos que nacen de forma inesperada y espontánea. Un boca a boca que se prolongó durante semanas acabó reuniendo en Mestre, el 23 de mayo de 2003, en el aniversario de la muerte de Giovanni Falcone, a un centenar de personas entre esposas, hijos y madres de los protagonistas de nuestra historia, que llegaron de toda Italia sin estruendo. Para recordar, para intentar dar vida a una memoria común que abrace a las víctimas de la violencia mafiosa, terrorista y de los grandes atentados. Junto con ellos, muchos estudiantes de institutos venecianos. La iniciativa, nacida de la unión de un sindicato policial, el SAP, con una pequeña asociación, Fervicredo, creó un rito de intercambio de experiencias sin precedentes. Delicados testimonios, que escuchamos en el silencio de un teatro: Giuseppe Esposito tenía cinco años, en 1978, cuando las brigadas genovesas asesinaron a su padre Antonio en el autobús que lo llevaba a la comisaría de Nervi. El hijo nos lo describe con cariño y pudor, y nos cuenta cómo lo conoció a través de recortes de periódicos y amigos de la familia: «Era un investigador exigente y meticuloso, más un fraile cartujo que un policía persiguiendo bandidos». Pero no se queda en la memoria privada y recuerda cómo la Asociación Nacional de Partisanos decidió incluir el nombre de Esposito entre los de los caídos por la libertad. A escasa distancia, tres mujeres lo escuchan, conmovidas; han venido juntas, en tren, desde Roma. Maria Bitti, viuda del subteniente Mariano Romiti, sacude la cabeza: también su marido fue asesinado por las Brigadas Rojas mientras esperaba el autobús en un barrio periférico, el día del decimoquinto cumpleaños de su cuarto hijo. Junto a ella, Eugenia Vergani, que perdió a su hijo en el atraco brigadista de via Prati di Papa el día de San Valentín de 1987, y la mujer de Domenico Ricci, el chófer de Aldo Moro, fallecido en via Fani. Piensan en sus hijos, luego toman la palabra para explicárselo

a los chicos. Hacen un doloroso y desesperado esfuerzo para escarbar entre los recuerdos, cuentan los días pasados buscando en los álbumes familiares una fotografía que les devuelva ciertas sensaciones. Piden a los jóvenes que se comprometan a comprender y les enseñan que el dolor se renueva una y otra vez. Se sintieron cerca de las mujeres y las madres de otras víctimas, como Massimo D'Antona, Marco Biagi y Emanuele Petri. Y una y otra vez lloraron de rabia e incredulidad; no se resignan a que la lista haya seguido creciendo.

Al final es Manlio Milani quien intenta dar sentido a todo aquello: «Esta idea de reunirnos, de mantener viva esta memoria, hizo y hace posible reencontrarnos con personas perdidas y con las razones de su desaparición». La noche anterior a la matanza de Brescia, Manlio estaba cenando con Clementina Calzari y Alberto Trebeschi con su mujer Livia: «Los tres eran profesores, de los fundadores de la sección de enseñanza del sindicato CGIL. Hacía veinte años que estábamos todos juntos. Murieron juntos, alcanzados por la bomba. Solo yo sobreviví. Y Giorgio, el hijo de Clem y Alberto, que tenía un año y medio, y era la proyección de nuestras esperanzas». Aún hoy hay añoranza en sus palabras por un mundo perdido al que se le ha negado el futuro: «Alberto y yo éramos miembros del PCI, llevábamos un club cultural que también se ocupaba de cine: el 11 de septiembre de 1973 estábamos en el Festival de cine de Pesaro, en el que participaban algunos directores latinoamericanos, y con ellos vivimos la tragedia del golpe de Estado en Chile. Era un grupo estupendo, hacíamos política también, luchábamos para que los hijos de los obreros tuvieran buenos colegios, pero también nos íbamos juntos a cenar y de vacaciones». Milani es el presidente de la Asociación de Familiares de los Caídos y dirige la Casa de la Memoria de Brescia, un centro que funciona muy bien y organiza ciclos de conferencias en los centros escolares; uno de los últimos se ha centrado en el lenguaje de los años setenta. A él le quedó la carga de dar testimonio y nunca la ha rehuido. «Aún me veo con Giorgio, hoy es un chicarrón inteligente y guapo, lo crio el hermano gemelo de Alberto. De vez en cuando le digo: "Me estoy haciendo viejo, pero sigo aquí, cuando te apetezca lo hablamos". Pero él nunca se ve con ánimos y siempre me hace un gesto con la cabeza de mejor que no.»

En Italia nos falta un lugar como el memorial dedicado a las 58.202 víctimas de la guerra de Vietnam. Está en Washington, levantado en mármol negro. Todos nos vemos reflejados en los nombres grabados, que pueden tocarse, acariciarse con los dedos, trasladarse a una hoja de papel pasando el lápiz por encima. Es un lugar de memoria colectiva. Sería hermoso que en Italia hubiera algo así para recordar a los muertos a causa del terrorismo y a las víctimas de las matanzas.

En Roma, en la entrada de la Casa del Jazz, en la villa confiscada a Enrico Nicoletti, el contable de la banda criminal de la Magliana, un lugar maravilloso por su arquitectura y por las dos hectáreas de parque con pinos marítimos, se ha colocado una gran estela con los nombres de las 683 víctimas de todas las mafias desde 1893 hasta hoy. Todos los domingos por la mañana, por la tarde cuando hay conciertos, o durante la Noche Blanca siempre hay alguien que se detiene allí a leer, conversar, comentar.

En la Escuela Superior de Policía que forma a los dirigentes del cuerpo, en el distrito de Flaminio, hay un monumento dedicado a los caídos de las fuerzas del orden. Todos los nombres

están allí, grabados en placas iluminadas. Por desgracia, es un lugar de difícil acceso.

Se ha hablado durante años, y parece que por fin es posible que suceda: instituir un «Día de la Memoria» dedicado a las víctimas del terrorismo y de las matanzas. La propuesta está en un texto presentado al Senado por la senadora Sabina Rossa, la hija de Guido.* Propone celebrarlo el 9 de mayo, en el aniversario del asesinato de Aldo Moro. Como alternativa, se ha planteado la opción del 16 de marzo, cuando se produjo el secuestro de Moro y la matanza de sus escoltas en via Fani. Las asociaciones de víctimas de las matanzas han sugerido la fecha del 12 de diciembre, piazza Fontana. De ahí, subrayan, nació todo y tendría también un sentido temporal. La propuesta de ley prevé que, durante el Día de la Memoria, en los municipios puedan organizarse ceremonias, iniciativas, encuentros, momentos de recuerdo en común, de reflexión en los colegios, para construir una memoria histórica compartida.

Cuando pienso en Aldo Moro, pienso en sus cartas desde la cárcel, en la delicadeza de sus detalles y en la sensibilidad hacia su familia: son una lectura conmovedora. En su última carta a su mujer escribió: «Mi dulcísima Noretta, creo que he llegado al extremo de mis posibilidades y que, salvo milagro, estoy a punto de cerrar esta experiencia humana mía... Siento ahora tantos deseos de abrazarte y de explicarte toda la dulzura que me embarga, aunque mezclada con cosas muy amargas, por haber recibido el regalo de una vida contigo, tan llena de amor y profunda comprensión... Cuídate y trata de mantenerte tan serena como te sea posible. Volveremos a vernos. Volveremos a estar juntos. Volveremos a amarnos».

12. Oportunidades desperdiciadas

La matanza de piazza Fontana se produjo hace casi treinta y ocho años. Esa bomba está ya más cerca en el tiempo del ascenso del nazismo al poder que del ahorcamiento de Saddam Hussein.

Sería hora de consignarla a la historia, junto con toda la sangrienta época que nació aquella tarde. Para pasar página, para hablar de esos años con más serenidad, para entender qué pasó y por qué. Pero todavía no parece posible, pues faltan demasiadas verdades, hay demasiadas responsabilidades sin aclarar, todavía queda mucha gente que espera justicia y el debate sigue contaminado por conveniencias y autodefensas, generacionales incluso.

Hoy seguimos preguntándonos dónde están los responsables de las ciento cincuenta muertes de las matanzas italianas y cuánto silencio cómplice envuelve aún la historia del terrorismo rojo.

Estoy convencido de que se puede y se debe pasar página, pero lo primero que hay que recordar es que cada página tiene dos caras y no vale con preocuparnos por leer solo una, la de los terroristas o los autores de las matanzas; hemos de preocuparnos antes de nada de la otra: el hacerse cargo de las víctimas.

Quien todavía viaja por Italia preguntándose por qué y quién mató a la mujer que amaba, como Manlio Milani, que sobrevivió a la matanza de piazza della Loggia, en Brescia, ¿puede aceptar pasar página?

Otros todavía están esperando un resarcimiento por parte del Estado.

Otros aguardan aún a que se les pague la cura de las heridas con las que cargan desde hace décadas.

Otros tienen la sensación de que se les ocultan los detalles de aquel día, que se encubren responsabilidades y connivencias.

Otros ven a los asesinos de un padre, un hermano, un hijo, una mujer o un marido hablando en universidades, por televisión, en congresos.

De quienes se sienten olvidados, apartados, vencidos, ¿cómo esperar serenidad de juicio? ¿Cómo se les puede pedir el valor de la clemencia?

Hay que empezar por las víctimas, por su memoria y por su necesidad de llegar a la verdad. «Hacerse cargo» es la expresión clave. Hacerse cargo de las peticiones de justicia, de asistencia, de ayuda y de sensibilidad.

Deberían hacerlo las instituciones, la política, pero también las televisiones, los periódicos, la sociedad civil. Un país capaz de pasar página de manera serena y justa es conveniente para todos, no ciertamente y no solo para los afectados.

Así lo entiende el presidente de la República Giorgio Napolitano. Siente esa necesidad. Carlo Azeglio Ciampi se esforzó por unificar la memoria de los italianos, por reconstruir un concepto de patria como un hogar donde todos pudieran encontrar su propio espacio; Napolitano parte de esa premisa, pero se percibe en él la urgencia de sanar ese malestar. Y frente a una clase

política que avanza a base de desgarros, polémicas y divisiones, él avanza rápidamente, obligando a los demás a seguirlo.

Habló de respeto a la memoria de las víctimas en su mensaje de fin de año, lo hizo en Milán y en Bolonia, donde recordó a Marco Biagi y el clima de la ciudad —la familia del profesor lo notó con agrado— cambió. Luego optó por escribir a *la Repubblica*, después de la carta de los familiares de los escoltas de Aldo Moro, para subrayar que estaba «totalmente de acuerdo» con sus palabras: «La legítima reintegración en la sociedad de los culpables de actos de terrorismo que hayan saldado sus deudas con la justicia debería traducirse en el reconocimiento explícito de la injustificable naturaleza criminal del ataque terrorista contra el Estado y sus representantes y servidores, y debería ir acompañada por conductas públicas inspiradas en la máxima discreción y mesura».

Los terroristas que siguen encarcelados son muy pocos, la mayoría de ellos ya han salido de la cárcel, basta con pensar en los delitos más importantes y pasar lista. Existe un sentimiento generalizado de que han disfrutado de los beneficios previstos por la ley y de que han salido libres sin contribuir plenamente a la verdad. El Estado debería haber intercambiado la libertad provisional por un claro compromiso en aras de la claridad y de la definición de responsabilidades.

Deberíamos alzar el vuelo, lejos de la controversia. En cambio, se repiten liturgias rancias: ¿una placa en recuerdo de Calabresi? Debe equilibrarse con una escuela que lleve el nombre de Pinelli. Si en la sede de la provincia de Bolonia se piensa en dedicar una sala a Marco Biagi, hay quienes replican que también debe estar asociada a D'Antona, que ambos nombres deben aparecer, casi como un reparto funcionarial de la memoria. Se acaba sugiriendo que Biagi y D'Antona estaban en diferentes frentes. Se renuevan las divisiones, los prejuicios y los venenos.

De ahí las estériles polémicas que surgieron cuando el Estado, para evitar perder la causa civil por no haber concedido una escolta a Biagi, llegó a un acuerdo extrajudicial que otorgaba una indemnización a la viuda y los hijos. Una cantidad, desde luego, muy por encima de la indemnización prevista por la ley para las víctimas del terrorismo, pero que queda completamente fuera de ese marco. No tiene nada que ver. En este caso, el Estado ha pagado por omisión, por un fallo que le costó la vida al profesor; en los otros, en cambio, se hace cargo de las necesidades y requerimientos de los familiares de las víctimas.

En un país que no es capaz de encontrar modelos, ejemplos, qué oportunidad desperdiciada el no recordar, el reprimir el recuerdo. Ahí están el rigor y el escrúpulo de Vittorio Occorsio, el fiscal asesinado en 1976 por los neofascistas de Ordine Nuovo, la honestidad intelectual y el coraje de Guido Rossa. Un patrimonio de todos.

Se necesitaría una sensibilidad generalizada, pues carecemos de un sentimiento colectivo al respecto, y todo esto no puede ser un asunto privado. Y todavía cuesta trabajo pronunciar palabras claras que condenen la violencia política.

Los terroristas no han sido repudiados como asesinos, sino que, con demasiada frecuencia, se los describe como perdedores, personas que han luchado en una batalla por unos ideales que

no han podido ganar. De esta manera, sin embargo, son ellos quienes se convierten en modelos. Y las investigaciones sobre los últimos epígonos de los brigadistas rojos, los de la cosecha de 2007, demuestran claramente una cosa: que aún quedan mensajes que pueden transmitirse a las nuevas generaciones.

En esto, los medios de comunicación tienen una particular responsabilidad. Los periódicos y las cadenas de televisión no tienen demasiados escrúpulos a la hora de poner un foco sobre los terroristas, de facilitarles el acceso al escenario, incluso cuando es claramente inoportuno. Pero lo más molesto y peligroso son las entrevistas estándar: cuando los terroristas hablan, casi nunca se recuerdan sus crímenes y sus responsabilidades, algo que resulta inaceptable, en especial si se los interpela para abordar, precisamente, los años de plomo. A Sergio Segio, por ejemplo, se lo presenta como un exponente del Grupo Abele, casi nunca como el asesino de Galli y Alessandrini; de Anna Laura Braghetti, la terrorista que mató con siete tiros a Vittorio Bachelet en la Universidad La Sapienza de Roma y participó en el secuestro de Aldo Moro, se dice que «coordina un servicio social para presos».

La segunda cuestión preocupante es que se permite que circule una idea romántica del terrorismo, sobre todo en comparación con sus epígonos de los últimos años, argumentando que la lucha armada de los años setenta tenía detrás unas ideas, un proyecto revolucionario.

Hay una mujer que destaca entre todos por sus razonamientos sobre la incapacidad italiana para procesar el duelo colectivo. Carole Beebe, estadounidense, conoció a Ezio Tarantelli en Boston, en el centro de estudiantes del Massachusetts Institute of Technology, donde él estudiaba con Franco Modigliani y donde ella se reunía con él para bailar bailes folclóricos. Se casaron, luego ella lo siguió a Italia. Tarantelli fue asesinado en la Universidad de Roma, donde enseñaba Economía, el 27 de marzo de 1985. Fueron dos quienes le dispararon, pero solo uno fue identificado y condenado. «Podría incluso encontrarme con el otro sentado a mi lado una noche en el cine.»

Terapeuta y profesora de Literatura inglesa y psicoanálisis en la Universidad La Sapienza, Carole Tarantelli ha sido también parlamentaria durante tres legislaturas, primero con la izquierda independiente y luego con Democratici di Sinistra. «Este país no solo no ha sido capaz de elaborar el duelo sino ni siquiera un pensamiento. No ha querido ni ha podido pensar en el terrorismo. Nunca ha llegado del todo a hacer balance.» Sobre la posibilidad de que se pueda pasar página sin hacerse cargo de las víctimas es muy clara: «En Italia se ha abierto camino una ilusión, que corresponde a la fantasía de los terroristas, de que lo que han hecho puede superarse como si nada hubiera ocurrido. Pero eso es imposible. Una vez que has cumplido la pena, eres libre, pero no han terminado tus responsabilidades. Esta idea no se corresponde con la realidad. Y no es cuestión de buena o mala voluntad, es solo cuestión de realidad, porque los efectos de sus gestos todavía pueden verse. Se ven en las personas que sobrevivieron y se sienten todos los días en la ausencia de las personas a las que mataron. El terrorismo nunca terminará mientras esté vivo mi hijo, que lleva su marca encima. Los efectos negativos continúan en nuestra vida todos los días, no podemos olvidarlo».

Releo la biografía de Ezio Tarantelli y pienso en lo que nos han robado, en lo que podría habernos dado. En las oportunidades que el terrorismo ha arrebatado a nuestro país.

13. Las reglas de la cocina

Durante años he archivado miles de recortes: despachos de agencias, páginas de periódicos, documentos y hojas de notas. Kilos de palabras, de polémicas, de rabia. Durante el último año he abierto varias veces este extraño archivo, guardado en cajas, mochilas de colores y en una vieja maleta azul Samsonite de los años setenta. El polvo hacía que me escocieran los ojos. A duras penas trataba de encontrar un hilo conductor entre los miles de artículos sobre juicios, peticiones de revisión, leyes hechas específicamente, recogidas de firmas, proclamas, controversias sobre indultos, huelgas de hambre y sed, columnas diarias y semanales, polémicas intestinas como las desencadenadas por Giampiero Mughini o Erri De Luca. Estas últimas las he leído y releído. Mughini se permitió decir: «Creo que un comando de Lotta Continua mató a Calabresi». De Luca declaró: «Cualquiera de nosotros podría haber matado a Calabresi». Fueron muchos los que reaccionaron de inmediato para ponerlos en su sitio y construir un cordón sanitario a su alrededor.

No sabía qué hacer en medio de todo este papel amarillento, cada vez que lo dejaba desparramado durante unos días, buscando un sentido. Podría servir para un libro, me imaginaba respondiendo a las polémicas, aclarando, explicando. Entonces me di cuenta de que sería una acción sin esperanzas, que acabaría prisionero de cosas sórdidas y a menudo mezquinas, así que me armé de valor, respiré hondo y con un impulso casi inconsciente, como el que se necesita para saltar de una roca demasiado alta, lo tiré todo. Años de esfuerzos nocturnos terminaron en la basura. Solo me quedé con una carpeta azul, con las cosas que me parecían más significativas. Después de un momento de pánico, me sentí más ligero. La maleta azul guarda ahora las cajas con las diapositivas de las fotos de las vacaciones.

Entre ellas están las del verano de 1988 en Liguria, cuando un telediario de la noche nos informó de que había habido detenciones por el asesinato de mi padre. Yo era mayor de edad desde hacía muy poco, hasta ese momento la discusión más acalorada del mes de julio atañía a la hora a la que debía volver a casa por la noche: yo sostenía que era una cuestión que debíamos considerar superada, pero mi idea no acababa de prevalecer. De repente nos vimos catapultados a una historia que considerábamos del pasado, que a esas alturas era casi un asunto privado.

Mi madre fue interrogada por los jueces milaneses, llegaron llamadas nocturnas amenazadoras, periodistas a la puerta y un grupo de policías de antiterrorismo en el jardín.

No teníamos ideas preconcebidas sobre los detenidos, a pesar de las campañas de prensa que se habían desatado. Permanecimos horas sentados en la cocina discutiendo qué hacer. Nadie preparaba nada de comer, comprábamos metros de *focaccia* de queso. Decidimos personarnos como parte civil en el juicio.

Los años pasados en los tribunales fueron una experiencia letal, mamá no deja de decir que deben restarse de la cuenta final de su vida. Sin embargo, también fueron formativos; en primer lugar, me convencieron para abandonar la Facultad de Derecho. Me preguntaba todos los días,

saliendo del edificio de estilo fascista, bajando las inmensas escaleras de corso de Porta Vittoria: pero ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Estoy estudiando para volver aquí todas las mañanas?, y, además, ¿tengo la suficiente serenidad para ser juez? Cambié de facultad para estudiar Historia y fue una decisión feliz.

Los juicios me hicieron abrir los ojos a los periódicos, que me parecieron parciales, pero también me regalaron la amistad de algunos periodistas con los que, fuera de la sala del Tribunal, hablaba durante horas sobre una profesión que me fascinaba: Michele Brambilla, Peter Gomez y Goffredo Buccini.

Con mis amigos de clase empezamos a apasionarnos por la política, todos los lunes por la noche seguíamos las reuniones de la corporación municipal. Eran los años en los que afloraba la corrupción en la ciudad, el socialismo de Bettino Craxi empezaba a hacer agua, se preparaba el proceso judicial que acabaría llamándose Manos Limpias y nacía la Liga Norte. Seguíamos a cuatro personas que en aquel momento destacaron por denunciar un sistema que se estaba agotando y que más tarde se sentarían en escaños muy alejados: el conde Radice Fossati, que hizo perder la votación a la última junta municipal del alcalde Pillitteri, cuñado de Craxi, decretando el cierre de toda una época política; Riccardo De Corato, concejal del MSI, luego teniente de alcalde con Albertini y Moratti; Giovanni Colombo, un joven idealista democristiano, hoy con Democratici di Sinistra; y Basilio Rizzo, concejal histórico de la oposición, primero con Democrazia Proletaria, luego con los Verdes, el primero en denunciar los asuntos que abordaría Manos Limpias.

Participaba también en actividades de la sociedad civil e hice campaña en 1993 a favor del candidato a la alcaldía Nando Dalla Chiesa. Un día, en un mercado municipal, nos cruzamos con una destacada dirigente de la Liga Norte, una abogada que luego se convertiría en presidenta del Ayuntamiento milanés. Nos vio entrar y comenzó a gritar por el megáfono: «Aquí están los amigos de los terroristas, los terroristas no gobernarán Milán».

La ciudad cambió, ganó Marco Formentini y los socialistas desaparecieron, pero los juicios continuaban jalonando nuestra vida. En los pasillos del Tribunal vimos el ascenso y la caída de Antonio Di Pietro y todavía estábamos allí cuando ganó Berlusconi.

Mis compañeros de clase nunca dejaban de aparecer por los juzgados, venían por turnos a hacernos compañía, a escuchar, a conversar: Andrea, Marcello, Bea, Enzo, Saida, Larry y Silvia. El recuerdo de su generosidad, por haber estado ahí y por haber compartido momentos tan difíciles, me acompaña desde hace años. Siguen presentes todavía hoy, y por ello les estoy muy agradecido.

Hay dos personas vinculadas a la misma historia que siempre nos han llamado por teléfono cada 17 de mayo, así como después de cada sentencia: Nando Dalla Chiesa, hijo de Carlo Alberto, el general asesinado por la mafia, y Gianmaria Setti Carraro, hermano de Manuela, la joven esposa del general, que halló la muerte con él en Palermo. No ha habido nadie como ellos: bromeando en casa, decíamos que había que considerarlos los suplentes de las instituciones que, por el contrario, brillaban por su ausencia.

Mamá encontró en sí misma reglas claras sobre cómo debíamos comportarnos: nunca una polémica, nunca una palabra de más, respeto y amabilidad para todos y, sobre todo, confianza en la Judicatura. «No buscamos venganza, buscamos justicia y aceptaremos las sentencias que vendrán», nos dijo con claridad en la madrugada de la primera audiencia, mientras estábamos sentados en la cocina. «He hecho todo lo posible para que no crecierais en el resentimiento y en el odio, y lo último que quiero es que ahora se eche a perder todo.» Pasó muchas noches sentada al borde de la cama de Luigi, consolándolo. La noche del día en que se recordó con detalle, en la sala del Tribunal, la mañana del asesinato, la oímos hablar en voz baja con él durante horas. Buscaba un hilo que lo mantuviera atado al presente, a una idea de futuro, no quería perderlo, sumido en el dolor de no haber visto nunca a su padre, de haber nacido después. De modo que le hablaba y le hablaba para absorber la rabia, para transformar el sufrimiento en algo más manejable.

En Luigi los sentimientos son más enardecidos, más agudos. Siempre nos lo ha dicho a mí y a Paolo sin rodeos: «La diferencia es que nunca me tuvo entre sus brazos». Mamá recuerda ese brinco en la tripa que sintió al enterarse de la noticia del asesinato y lo entiende: «Cuando veo su rabia, siento exactamente la mía de entonces». No es raro que se presente hecho una furia en casa de mis padres, tras enterarse de que Adriano Sofri estaba en la ventana de las autoridades para ver el Palio de Siena, recibido y presentado por el alcalde como un personaje ilustre. O con la página arrancada de una revista en la que hay unas fotos de Sofri en un bote en el lago de Villa Borghese, con su hijo y su nieta: «La diferencia está aquí, no lo olvidéis, nuestro padre el abuelo no pudo hacer lo mismo». En esos momentos, mamá lo lleva aparte y trata de consolarlo.

El 27 de abril de 1990, la Sala Tercera de lo Penal del Tribunal de Milán, presidida por Manlio Minale, se retiró a deliberar; cinco días después, el 2 de mayo, se dictó sentencia. Recuerdo aquella espera paralizante, al final ya no se podía hacer nada, se nos habían acabado las fuerzas para aparentar algo de normalidad y pasamos los dos últimos días entre el sofá y la cama. Yo compartía entonces habitación con Paolo y nos recuerdo aquella tarde acostados, inmóviles, como abatidos por el bochorno veraniego. Alguno intentaba soltar una broma, algo gracioso, pero al final nos era imposible escapar de la tensión. Todos atentos al teléfono, una carrera a cada timbrazo, luego nuestros abogados, Odoardo Ascari y Luigi Li Gotti, nos avisaron de que se iba a proceder a la lectura de la sentencia. Cuando, en la sala, cobramos conciencia de que los acusados habían sido condenados, mi madre se echó a llorar. Le pregunté por qué. Pensé que eran los recuerdos. Me descolocó: «Por la hija de Bompressi, hoy ha perdido a su padre».

Llegó el momento del Tribunal Supremo, mamá se mostró inflexible con los abogados: «Nosotros no iremos a Roma, es la última instancia y es mejor que una viuda y unos huérfanos se queden fuera de esa sala, evitemos cualquier posible carga emocional sobre los jueces».

Luego empezaron las discusiones sobre los indultos, acaloradas y muy largas. Nuestra posición siempre ha sido la misma y se la hemos repetido a todos los presidentes de la República:

aceptaremos cualquier decisión que se tome en beneficio del interés general; sin embargo, pedimos que se respeten las sentencias, porque un indulto que se asemeje a una nueva revisión del juicio, a una absolución, que pudiera interpretarse o presentarse como una compensación, sería inaceptable.

El encarcelamiento de los condenados nunca nos ha devuelto nada, nunca ha sido un consuelo. Las sentencias cuentan más, el compromiso del Estado en la búsqueda de la verdad, en hacer justicia. En casa siempre nos sentíamos molestos cuando nos preguntaban si dábamos luz verde o no a una excarcelación o a un indulto, porque rechazamos esa idea medieval de que sean los familiares de una víctima los que decidan la suerte de quien ha sido considerado culpable. Para eso están los códigos, las leyes, los tribunales, el Parlamento; a ellos les corresponde la responsabilidad de decidir. No son cuestiones privadas. La justicia pertenece al Estado, no a las familias. Nuestra posición, sin embargo, la han utilizado a menudo aquellos que luchan por la liberación de los condenados como una luz verde al indulto. En todos los sectores políticos. Recuerdo incluso haber recibido una llamada telefónica de un grupo de diputados de Forza Italia a los que se les había pedido que firmaran un documento para desbloquear el pulso entre el ministro de Justicia Castelli y la presidencia de la República acerca del indulto a Bompressi. Me preguntaron si era cierto, como había dicho su coordinador Sandro Bondi, que la familia estaba de acuerdo con ese texto. Les expliqué que no era así. Que no era correcto descargar sobre nosotros la responsabilidad de decisiones impopulares frente a los votantes.

Otros muchos lo intentaron. Recuerdo al entonces responsable de justicia de Democratici di Sinistra, Pietro Folena, quien, en la época del fallido intento de reformas constitucionales mediante acuerdos con Forza Italia de 1997-1998 me invitó a la sede del partido y me propuso cortésmente algo que se parecía demasiado a un intercambio: es la hora de la clemencia, así como es la hora de revalorizar la figura de tu padre, cada uno de nosotros puede hacer su parte. Nos despedimos en términos respetuosos, pero le dije que no veía vínculos necesarios entre las dos cosas y, sobre todo, que la primera no dependía de nosotros.

Una noche, poco antes de que escribiera una carta al periódico *Il Foglio* en la que explicaba que creía llegado el momento del indulto a Sofri, Silvio Berlusconi me invitó a cenar en via del Plebiscito, en Roma. Su subsecretario de Presidencia, Gianni Letta, también estaba en la mesa. El primer ministro venía de Bruselas y tenía dolor de estómago. Comió solo un yogur, tomó dos cucharadas de Gaviscon, un antiácido, y me explicó lo que tenía previsto. Me habló de la importancia de los gestos simbólicos, de la necesidad de quitar veneno al clima que rodeaba a la justicia y me preguntó si estábamos dispuestos a acordar con él un gesto de clemencia. Me contó que había conocido a mi padre, del que me habló en términos de gran respeto y estima. Le dije, sin embargo, que no era una solución viable, que algo así no se lo podía pedir a mi madre, que si él creía que era correcto dar un paso en esa dirección lo respetaríamos, pero que no queríamos involucrarnos. Recuerdo que no le sentó bien, tamborileaba con la mano sobre la mesa y apretaba las mandíbulas continuamente. Entonces llegó el helado del chef Michele y se olvidó del ardor de estómago. Me despedí de él y me dirigí a las escaleras; Letta me acompañó al patio y me dijo: «Has hecho lo correcto. Esta vez estoy absolutamente en desacuerdo, y él lo sabe».

Luego vino la medalla. Y la frase de Ciampi: «Hemos redescubierto nuestra memoria». Y eso es lo más importante. «Más vale tarde que nunca», nos dijimos en familia. Será un tópico, pero funciona. No soporto a los que se quejan, a los que siempre piensan en conspiraciones o a los que dicen: «Caramba, pues anda que no han tardado...». Respondo: hay que valorar la cosa por lo que es, en su realidad, en su evidencia. La medalla, así como el sello postal que se le dedicó, han sido reconocimientos importantes. También la placa en via Cherubini y el monumento conmemorativo en la provincia de Milán, cuando lleguen. Durante toda la vida pensamos que era injusto no recordarlo en el lugar donde lo mataron o no reconocer su sacrificio con una medalla. Ahora ha llegado, mamá la sostuvo en sus manos, el presidente se la prendió en su chaqueta. Esto es lo que importa, perderse en otras cosas es un error. No ser capaz de apreciar lo que se consigue es una condena. Debemos tratar de no quedarnos quietos, embalsamados, repitiendo hasta el infinito la liturgia del duelo. Así, solo seguimos celebrando una muerte. Nosotros queríamos mantener vivo a Luigi Calabresi, redimir su memoria, limpiarlo del lodo y obtener justicia. De modo que ver su rostro sonriente en sellos postales, en sobres, en estancos, en oficinas de Correos, en calendarios policiales —encontré incluso su rostro colgando en un restaurante chino en Milán— es una conquista. Y no nos interesa, sino que, al contrario, nos parece irritante el razonamiento de que «lo han hecho porque así luego...». ¿Luego qué? «Es una maniobra para contentaros, para doraros la píldora, y poder así conceder luego el indulto a Sofri y a sus compañeros.» Claro que es posible, pero no podemos hacernos los locos y no admitir que, aunque así fuera, primero pensaron en nosotros, en resarcir nuestra memoria. Y, además, ¿no son estas cosas reales, visibles, concretas? Así que aceptémoslas, no lo estropeemos todo con supuestas conspiraciones. La sonrisa de mamá en la mañana de la medalla fue real, la serenidad que le dio la ha compensado de muchas amarguras. Estropearlo todo, envenenar estos gestos, hubiera sido estúpido e improductivo, y sobre todo, poco generoso.

Nunca he vuelto a ver a Sofri, Bompressi o Pietrostefani después de los juicios.

En 2002, estoy en París como enviado de *La Stampa*, se celebran las elecciones que ganará el UMP del recién reelegido Jacques Chirac. En esos mismos días, en Japón y Corea, se está jugando la Copa del Mundo. Una tarde tomo un café en la terraza de *Le Monde* con el corresponsal de mi periódico, Cesare Martinetti, y el periodista que escribe para *Il Giornale* de Milán. Este último nos invita a ver el partido en su casa esa noche. Acepto de inmediato y le doy las gracias, no me apetece quedarme solo en el hotel. Cesare se pone en pie de un salto: «Por desgracia, nos es imposible, tenemos ya otro compromiso». Ingenuamente, insisto en que está equivocado, que no tenemos nada que hacer esa noche, que me apetecería mucho ir. Cesare exhibe un tono perentorio desconocido en él: «Y yo te digo que no, te aseguro que no podemos». La cosa me sienta mal. Bajamos a la calle y durante un rato nadie dice nada. Luego me lo aclara todo: «En esa casa, en el sillón frente al televisor, te habrías encontrado con Giorgio Pietrostefani. Se queda ahí parado y no se mueve. Quería evitártelo». Tenía razón; esa noche no vimos el partido, caminamos hasta altas horas de la noche a orillas del Sena, hablando de los juicios y de mi padre.

14. Las disculpas

Bajo los soportales de via Valdonica, en el centro de Bolonia, los transeúntes hablan en voz baja. Instintivamente contengo la respiración. El aire es denso, todo parece inmóvil. La calle es estrecha y es como si aquel dolor tan fuerte y aquel gesto tan insensato siguieran allí, atrapados entre los estrechos muros, encajados bajo la bóveda, incapaces de empezar a mezclarse con el cielo. Y no puedo evitar buscar con la mirada la bicicleta del profesor. De Marco Biagi, a quien tirotearon el 19 de marzo de 2002. Caminar sobre esta piedra parece casi un sacrilegio, pero todos los días lo hacen con valentía su mujer y sus hijos, que siguen viviendo aquí. No quisieron irse. A pesar de las controversias, las cicatrices y las incomprensiones.

La historia del asesinato de Marco Biagi es una historia de locura, pero también es un apólogo sobre el lenguaje. Sobre el uso ligero, desenvuelto más tarde y, finalmente, irresponsable de las palabras. Sobre las jaulas que pueden construirse, capaces de encajonar la vida de una persona, entrelazando insinuaciones, ocurrencias, escritos, pintadas, octavillas, frases cortantes y hasta ostentosos silencios. No hace falta director alguno, el resultado final lo da la sedimentación de los pequeños comportamientos, aparentemente sin culpa, de muchos.

Y así, la identidad de un profesor de centroizquierda puede ser distorsionada hasta el punto de convertirlo en el símbolo negativo de un Gobierno de centroderecha.

Marina Orlandi Biagi entendió con lucidez, junto con su esposo, lo que estaba ocurriendo, y juntos buscaron la forma de escapar de la jaula, de romper el mecanismo: lloraron, gritaron, pidieron protección. Pero es bien sabido que encontraron desinterés, puertas cerradas y hasta una gélida condescendencia. Como también es conocido el final.

«Marco, el día que mataron a D'Antona, estaba en Roma, él también trabajaba con el entonces ministro de Trabajo Antonio Bassolino, era el Gobierno de Massimo D'Alema.» Marina recuerda cada instante. Y yo con ella. Caterina, que se convertiría en mi mujer, era la portavoz de Bassolino en ese momento. Por la noche me hablaba de Massimo D'Antona, que estaba redactando la reforma laboral, de los paquetes de apuntes que iba a recoger a su casa en via Salaria, de la última vez que lo vieron en el ministerio. Luego recuerdo esa mañana, la sensación inmediata de que los monstruos estaban de vuelta, para atacar en el centro de Roma. No muy lejos de via Salaria, en via Po, estaba la sede del semanario *L'Espresso*. Llamé allí y le dije de inmediato a Giampaolo Pansa: «Ha ocurrido otra vez, han vuelto, es algo que ya hemos visto». Él me contestó con pocas palabras: «La misma sensación tengo yo».

La lluvia en la conmemoración y sensaciones ya demasiado conocidas para mí: los hombres uniformados armados que cada mañana y cada tarde esperaban a que Caterina encendiera el ciclomotor o lo aparcara debajo de casa. Luego ella me habló de Marco Biagi, quien completó el trabajo de D'Antona en los días posteriores a su asesinato, para llevarlo a Bruselas. En los plazos que se habían previsto. Homenaje póstumo a la obra de toda una vida.

«Me llamó mi marido —cuenta Marina Orlandi— y me dijo: "Hoy no vuelvo a Bolonia, nos vemos el viernes". Era un miércoles. Le supliqué que volviera a casa inmediatamente, llorando, gritando. Me dijo que no, me dijo que tenía que terminar de preparar el documento, que querían

presentarlo en una rueda de prensa. No hubo modo de convencerlo. Entonces le pedí que por lo menos no asistiera a la conferencia de prensa, no quería que lo vieran. Respetó esa petición mía, eso por lo menos me lo concedió. Recuerdo la angustia que empezó en ese momento. Por la noche me levantaba y miraba por las ventanas. Durante unos días vi debajo de casa una furgoneta blanca aparcada en la plaza. Se convirtió en el símbolo de mi miedo, de nuestra fragilidad.»

Todas las precauciones, sin embargo, fueron inútiles, superadas con creces por un odio ideológico que aún contamina el debate sobre las reglas del mundo del trabajo.

«Mi marido no era un hombre de derechas, era socialista, pero cuando Berlusconi accedió al Gobierno en 2001, decidió seguir trabajando con el nuevo ministro de Trabajo, Roberto Maroni, de la Liga Norte. A partir de ese momento, su vida se hizo cada vez más difícil, se lo fue aislando poco a poco: trabajaba para el enemigo. Vivir en Bolonia se volvió difícil. El sufrimiento atroz de Marco en los últimos meses de su vida se derivaba de que lo retrataban como una persona distinta de la que era. Decía: “Han levantado un cordón sanitario a mi alrededor”.»

Marina Orlandi vive en una casa llena de plantas, recuerdos y estampas chinas. No tiene ganas de detenerse en nombres, bandos, listas de buenos y malos. Prefiere mirar hacia delante, y confiar en que la Fundación Marco Biagi pueda ser precisamente un lugar «en el que se privilegie el diálogo y la confrontación constructiva, el estudio en profundidad y sin prejuicios». Como ella misma lo imaginó, junto con su marido, la noche antes de que lo mataran: «Hablamos largo y tendido sobre la labor que estaba haciendo para proteger todo lo posible a los jóvenes, a las mujeres, los sectores menos protegidos de un mercado laboral que, ya de por sí difícil, estaba destinado a serlo cada vez más. Quería seguir adelante, con el entusiasmo de un chico joven, aunque se sintiera aislado y en peligro. Veinticuatro horas después fue asesinado. Esa noche decidí de todo corazón que a sus asesinos, después de haber acabado con su vida, no les permitiría que acabaran también con sus ideas». En el logo de la Fundación hay una bicicleta: tiene el faro encendido, que ilumina el camino.

En otoño de 2006, Marina Orlandi volvió a tener miedo, su sensibilidad envió un mensaje de alarma, las consignas de algunas manifestaciones contra la precariedad laboral tenían un sabor demasiado conocido. Entonces, violentándose a sí misma, rompió su ensordecedor silencio y escribió un mensaje para la inauguración de la nueva sede de la Fundación, en la Universidad de Módena: «Cada día nos encontramos, en el ámbito laboral, ante una conflictividad exacerbada, lo que conduce a una degeneración del debate que no solo es estéril sino, como por desgracia sabemos bien, también extremadamente peligrosa». Su compromiso en la defensa de la memoria de su marido es continuo, aunque lo haga en silencio y sin comparecer en público. No se deja fotografiar, defiende su intimidad y la de sus hijos, porque quiere seguir paseando libremente por Bolonia.

Las calumnias, repetidas con insistencia, son capaces de construir una biografía. No puedo evitar volver a pensar en mi padre y en el personaje que se construyó entre 1969 y 1972 —con la colaboración de periódicos, obras de teatro, películas, octavillas y pintadas en los muros—, que en parte me parece que ha sobrevivido al paso del tiempo, a los desmentidos, a las evidencias.

Pero, al parecer, hay clichés imperecederos. Así que todavía tenemos que leer hoy que Luigi Calabresi se había formado en Estados Unidos, que era un hombre de la CIA, que en 1966 actuó como escolta oficial del general estadounidense Edwin A. Walker, y que fue él quien lo presentó al general Giovanni De Lorenzo. Y, sin embargo, bastaría muy poco, una pizca de inteligencia, de curiosidad, una mínima voluntad de verificación: mi padre no hablaba una sola palabra de inglés y nunca tuvo la posibilidad, primero, ni, más tarde, el tiempo de viajar. El único sello de su pasaporte se lo pusieron en Barcelona el 31 de mayo de 1969. El primer día del viaje de novios que llevó a mis padres a Granada y a Sevilla, donde me concibieron. Luego, por razones de trabajo, viajó a Suiza. A ningún otro lugar. Nunca al otro lado del océano. Pero todo podría ser cuestionable, las teorías conspirativas dan para mucho, de no ser por un pequeño detalle: el Registro Civil. Mi padre acabó la carrera en 1965, hizo la oposición para convertirse en subcomisario y, en 1966, participó en el curso de formación de la Escuela de Policía. Que la CIA se pusiera en manos de un recién licenciado en Roma, que luego le encargase la tarea de servir de guía a un general en Roma o que un alumno de la Escuela de Policía fuera el intermediario entre los norteamericanos y un golpista italiano da casi risa de lo increíble que resulta. Hoy, con Google, todo es más fácil, así que decidí averiguar quién era ese tal Walker: era un general estadounidense que había combatido en Italia en la segunda guerra mundial y luego en Corea; tenía ideas muy derechistas; tanto que el secretario de Defensa de Kennedy, Robert McNamara, lo relevó de su cargo y él abandonó el Ejército. En 1961.

Mi padre se querelló contra la revista *Lotta Continua* por haberlo acusado de ser el asesino de Pinelli y por todas las leyendas «estadounidenses» que había creado, proporcionando numerosas pruebas, con la esperanza de demostrar que lo que se decía contra él eran calumnias. Una querella a la que mi madre se opuso hasta el final —«así te prestas a su juego»—, pero mi padre le explicó que se lo había pedido el Ministerio del Interior. Todo fue en vano y el juicio se volvió en su contra, perdiéndose de vista el objeto de la demanda. Al final, el juez fue recusado y el proceso quedó suspendido y asignado a otros jueces; no se concluiría hasta cuatro años después de su muerte, con la condena del entonces director de *Lotta Continua*.
Tras la recusación, ochocientos intelectuales firmaron un documento, publicado en *L'Espresso* el 13 de junio de 1971, en el que se definía a mi padre como un «comisario torturador» y «responsable de la muerte de Pinelli». La lista es interminable, he conocido a decenas de los que lo firmaron a lo largo de los años, aunque sobre ese documento solo hablé con Lucio Colletti. Lo conocí en Montecitorio cuando, tras haber abandonado el marxismo hacía tiempo, era parlamentario de Forza Italia. Yo le pagaba el café en el ambigú, él me ofrecía uno de esos cigarrillos finos que fumaba todo el rato y luego me soltaba algún chascarrillo para mi artículo. En 2001, mientras se preparaban las listas electorales, le hice una divertidísima entrevista en la que él cargaba en broma contra su partido, tachándolos de cobardes y de flojos. Prefería pasar el rato en los parques, como un buen jubilado. Le tomaron la palabra y lo borraron de la lista de candidatos. Me llamó a la mañana siguiente, un poco angustiado, y me dijo: «Me has hecho polvo, sabes que no puedo resistirme a soltar bromas y me la has jugado. Pero qué puedo decirte, y además siento que tengo una deuda contigo. Qué se la va a hacer, tendré que buscarme un banco al sol». Esa tarde vi a Berlusconi en el enorme pasillo de Montecitorio conocido como el

Transatlántico, lo seguí y le dije: «No será verdad que vais a comportaros como los estalinistas, que echaban a la gente por una broma, y además es culpa mía, Colletti estaba bromeando». Así que volvió a la lista, dispuesto para empezar a mofarse otra vez del *Cavaliere* y de sus coroneles.

Paolo Mieli responde a los lectores del *Corriere della Sera* del 3 de julio de 2002, en la sección de cartas al periódico. Se habla de universidades y carreras de especialización, pero el entonces antiguo director del diario de via Solferino —volvería a serlo entre 2004 y 2009— aprovecha la larga lista de firmas al pie de la carta para decir algo que evidentemente parecía haber estado incubando en su corazón desde hacía tiempo. El título de su respuesta es: «Cuidado con las firmas al pie de los manifiestos y carteles». El recorte del *Corriere* está en un sobre grande en el cajón central de una cómoda del siglo xvii comprada en una subasta en la Cartuja de Pavía en 1969: era el mueble más destacado de la casa de mis padres en via Cherubini. A la izquierda hay miles de cartas reunidas en carpetas de colores, a la derecha, este sobre con las misivas o páginas de periódicos que tienen un significado particular. «Disiento, con el debido respeto, de la forma de su protesta. Me desagradan los llamamientos públicos, todo tipo de llamamientos —escribe Mieli—. Porque los considero, en el mejor de los casos, inútiles, a veces ridículos, casi siempre lastrados por manifestaciones de exhibicionismo claramente identificables. No cuesta nada firmar esa clase de papeles, absolutamente nada. A pesar del tono beligerante que abunda en peticiones de este tipo, no se necesita coraje alguno para sumarse a ellos. Todo lo contrario. Pero hay más: hace muchos años mi firma estuvo, *mea culpa*, al pie de uno de estos manifiestos; en las intenciones de los promotores, y en la mía, ese llamamiento debía ser a favor de la libertad de prensa; pero, por una reprobable ambigüedad en la formulación, ese texto parecía defender la lucha armada e incitar al linchamiento de Luigi Calabresi. Poco después mataron al comisario y yo, treinta años después, todavía me avergüenzo de esa coincidencia. Al igual que, creo (o por lo menos espero), todos aquellos cuyo nombre aparecía al pie de aquel papel. Y "vergüenza" es un eufemismo: cualquier palabra de disculpa ante la mujer y los hijos de Luigi Calabresi todavía hoy me parece inadecuada para la gravedad del episodio. Sé bien, decía, cómo acaban las firmas en esa clase de llamamientos. A veces consultando apresuradamente a los participantes por teléfono. Pero a menudo los interesados no saben nada al respecto. El escritor griego Vassilis Vassilikos, autor del libro en el que se basó la película *Z*, que evocaba los prolegómenos del golpe de Estado de los coroneles en Atenas, cuenta cómo, en 1967, pocos días después del golpe, leyó en *Le Monde* la petición de setenta intelectuales franceses que exigían su liberación inmediata."Yo me estaba tomando un café en un bar al aire libre bajo el sol romano y me puse muy nervioso", recuerda Vassilikos. "Llamé inmediatamente a Gallimard, mi editor, para decirle que estaba a salvo en el extranjero y que pronto iría a París." Pero las sorpresas no acabaron ahí. Dos meses después, cuando llegó a la capital francesa, el escritor griego se puso en contacto con algunos de los que habían firmado el llamamiento y descubrió que nadie era consciente de hallarse entre los firmantes. "Hasta que Marguerite Duras me resolvió todas las dudas: lo que ocurría era que todos les habían dejado un poder en blanco a la pareja Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Cuando Sartre y su esposa decidían protestar por algo, su iniciativa era seguida automáticamente por las firmas de los otros sesenta y ocho." Vassilikos, por lo menos, tuvo el valor de contarlo y la honestidad de bromear al respecto.»

Del sobre también saco una carta de Folco Quilici y un anuncio pagado, publicado el 18 de mayo de 1997 en *il manifesto*. En la carta, escrita en 1991, el escritor y documentalista, célebre por sus películas sobre el mar, cuenta que acaba de descubrir su firma entre ochocientas: «Querida señora, me siento obligado a decirle que no soy yo, tengo la sensación de que es otra persona o de que mi firma se hubiera añadido sin avisarme. Es más, quisiera que usted me creyera, me entristeció mucho el asesinato de un hombre valiente». El recorte de prensa, en cambio, procede de los que estaban en el otro frente: se trata de un breve comunicado redactado con motivo del vigésimo quinto aniversario de la muerte de mi padre. Al pie, hay once firmas, todas de antiguos miembros destacados de Lotta Continua.

«En el aniversario de aquel crimen por el cual están detenidos nuestros amigos Adriano Sofri, Ovidio Bompressi y Giorgio Pietrostefani, de cuya inocencia estamos convencidos, nosotros —que hemos compartido ideas, palabras y comportamientos con ellos en el pasado— sentimos el deber de reconocer que Luigi Calabresi, antes de ser asesinado, fue objeto de una campaña política y de prensa que rebasó los límites de una denuncia contundente y que suscitó sentimientos de odio hacia él, contribuyendo a crear un clima propicio para su asesinato. Esa campaña y esos sentimientos no pueden justificarse, ni hoy ni entonces, ni siquiera por el compromiso que nosotros y otra gente sentíamos de denunciar los abusos cometidos en las investigaciones sobre la matanza de piazza Fontana y de exigir la verdad sobre la muerte de Giuseppe Pinelli. No hay excusa alguna para la actitud con la que muchos de nosotros recibimos la noticia del asesinato de Luigi Calabresi: no se destinó una sola palabra al valor de la vida humana, incluida la de un adversario, ni a la gravísima violencia que el asesinato de un hombre supone en la vida de su familia.» Entre las firmas están las de Marco Fossati, Franca Fossati, Guido Viale y Nini Briglia, que hoy es director de la división de publicaciones periódicas de Mondadori. Nunca nos habíamos visto en persona, pero lo llamé por teléfono para saber cómo nació la idea. «Ha sido un recorrido agotador, que empezó —me contó— con unos encuentros entre personas que hacía años que no se veían: al principio éramos muchos, pero al final quedamos solo once. La iniciativa fue el resultado del deseo de dar un paso adelante, de cuestionarnos y de afrontar la trágica realidad de aquellos años. Al mismo tiempo, sin embargo, sentíamos unos fortísimos vínculos que nos instaban a no dañar la línea defensiva de nuestros amigos. Hubo un sinfín de discusiones lingüísticas, los que querían ir más allá y los que se refrenaban. El resultado fue un híbrido, insatisfactorio en mi opinión. Pero era un paso adelante y fue mejor que nada.» Está en la carpeta de la cómoda del siglo xvii. Eso quiere decir que era mejor que nada.

La abuela de Caterina, Natalia Ginzburg, firmó el manifiesto, pero para mí ella siempre será la autora del libro *Léxico familiar*, que la maestra de primaria nos leía en voz alta en clase. Su tío Carlo escribió uno de los panfletos más conocidos en defensa de Adriano Sofri: *El juez y el historiador*. La segunda vez que salimos juntos, una tarde de verano en Roma, casi al unísono nos preguntamos: «¿La cosa te crea problemas o te molesta?». «No, la verdad es que no», respondimos al mismo tiempo. Una tarde, antes de nuestra boda, Vittorio Foa y su mujer Sesa nos invitaron a su casa. Habían preparado ñoquis con tomate, como era costumbre en casa de los Ginzburg, y Vittorio dijo: «Tu abuela podría haber preparado esta cena. Buena suerte». Hoy

tenemos dos niñas, gemelas, nacidas en Nueva York y con doble apellido: se llaman Emma e Irene Calabresi Ginzburg. Su pasaporte con dos apellidos convertidos en uno me muestra a las claras que pertenecen a otro siglo.

Muchas veces, por la noche, cuando el periódico ya estaba listo, al final de la reunión, me demoraba en el despacho de Ezio Mauro, el director de *la Repubblica*. Hablábamos durante horas de los años setenta, del terrorismo, y él siempre me impresionaba por la claridad de sus posiciones: «Ser reportero en Turín en los primeros años del terrorismo me permitió entender cosas que quizá con la inteligencia solo habría llegado a entender más tarde: las vi desplegadas ante mis ojos. Bastaba con ir a la casa de un funcionario de prisiones al que habían disparado y encontrarse con su jovencísima mujer y su hijo en brazos: hasta un idiota habría comprendido que había que parar a las Brigadas Rojas. Recuerdo a Antonio Cocozzello, maestro de escuela primaria y concejal municipal de la DC, que vino a Turín desde su Basilicata natal. Le dispararon a las piernas en la parada del tranvía en el otoño de 1977. Se deslizó hasta el suelo, agarrado al poste con el cartel y permaneció allí durante mucho tiempo, esperando la ambulancia. Tuve tiempo de observarlo y ver la ropa de un hombre del pueblo y, en el suelo, una carpeta de plástico con los expedientes del patronato del sindicato CISL: ayudaba a la gente que solicitaba la jubilación. Volví a la *Gazzetta del Popolo* y encontré la reivindicación de los terroristas: «Hemos lisiado a un hombre del poder de la DC». Yo conocía muy bien lo que era el poder democristiano y no me gustaba nada, pero fue entonces cuando comprendí en un instante que Cocozzello no tenía nada que ver con aquello y que las Brigadas Rojas no estaban del lado del pueblo y de la pobre gente. Fui a casa y escribí sesenta páginas para mis amigos, que encontré hace unos años. Entraba en polémica con el Estado, definido como un cascarón vacío, y decía: “Pero si se rompe el cascarón, que son las instituciones democráticas, entonces ¿qué nos queda?”.»

El que disparó a Cocozzello fue Patrizio Peci, quien luego se convirtió en el primer arrepentido de las Brigadas Rojas. Yo estaba con Ezio Mauro, una tarde, en los primeros días de septiembre de 2002, cuando llamó Peppe D’Avanzo, que estaba entrevistando a Peci con ocasión de los veinte años de la muerte de Carlo Alberto Dalla Chiesa, para que contara cómo el general lo convenció para arrepentirse y cómo logró poner de rodillas a las Brigadas Rojas. Peppe le pasó a Peci, quien le dijo: «Señor director, ¿todavía tiene usted el Renault naranja?». Mauro se quedó de piedra, respondió que no, y ese día descubrió que lo habían seguido durante mucho tiempo y había sido un objetivo alternativo a Carlo Casalegno, subdirector de *La Stampa* y el primer periodista asesinado por las Brigadas Rojas en 1977. Ezio Mauro era mucho más joven y menos importante, pero también escribía editoriales críticos sobre el terrorismo y no tenía escolta.

Los relatos de Ezio sobre la ciudad y la Fiat están llenos de pasión civil: «Como decía el abogado Agnelli, quien no ha vivido en Turín no puede entender lo que fue el terrorismo: por la intensidad de las cosas. Por la noche ya no salíamos, luego por la mañana encendías la radio para enterarte de a quién le habían disparado. La única vez que lloré fue por Tobagi, estaba frente al televisor en la sala de la redacción. Desde el principio, en esencia, todo estaba ahí: la violencia, el intento de incendiar las fábricas, aunque las fábricas no se dejaran contagiar, más que de forma marginal. Recuerdo al dirigente del PCI Pietro Ingrao, hablando después de la muerte de

Casalegno: “No se puede matar en nombre de la clase obrera, en nombre de una ideología. Quienes han peleado durante cien años de luchas sindicales para mejorar un cuarto de hora de la vida de un hombre, ¿cómo pueden pensar que sea posible matarlo?”. Durante los años del terrorismo, el PCI defendió las instituciones: habrá reaccionado con retraso en muchas otras cuestiones y habrá tenido muchas culpas, pero aquello fue muy importante».

El juez Salvini acaba de terminar de explicarme su instrucción sobre la muerte de Antonio Custra. Hablamos brevemente de mi padre, de Lotta Continua en Milán, de la matanza de piazza Fontana, de la muerte de Pinelli. Me levanto, le doy las gracias y me dispongo a salir por la puerta cuando carraspea y me dice, revelando cierta tensión: «Por favor, Calabresi, siéntese un momento más». Me quedo pasmado, me doy la vuelta y hago lo que me pide, observándolo con ojos interrogativos. «Cuando murió su padre yo tenía diecisiete años, era un joven militante, aunque socialista, y yo también gritaba esas consignas en la plaza; sí, esas consignas que usted conoce bien, ya sabe a lo que me refiero. Verá, quisiera decirle que me avergüenzo de ello y que le pido disculpas, a usted y a su madre. En lo que a mí me atañe, les pido disculpas. Dijimos cosas de las que no éramos conscientes, no nos imaginábamos la violencia que desencadenarían. Solo hay una cosa que me tranquiliza: cuando mataron a su padre yo no estuve entre los que lo celebraron ni entre los que se lanzaron a teorías conspirativas. Lo que sentí, en cambio, fueron ganas de vomitar por lo que había sucedido». Se me cerró la garganta por la emoción, le di las gracias, me levanté y salí a unos juzgados desiertos.

15. Respirar

En abril de 2000, el entonces redactor jefe del área política Massimo Giannini y su adjunto Giorgio Casadio me ofrecieron un puesto en *la Repubblica*. Llevaba cinco años trabajando para la agencia ANSA como reportero parlamentario y soñaba con trabajar en un periódico. La propuesta me agradó, pero me creó una profunda incomodidad: ¿podría trabajar para el periódico que acogía los artículos de Adriano Sofri? Lo estuve pensando durante días, no dije nada en casa, pero el rumor empezó a circular tanto que el portavoz de uno de los líderes de centroderecha me paró en el Transatlántico de Montecitorio, y me dijo, sibilinamente: «Tu padre estará revolviéndose en la tumba».

Tomé el tren y me fui a Milán. Como de costumbre, mi madre sirvió el café en las tazas con el borde naranja, el último recuerdo de la casa de via Cherubini. Se lo conté y por respeto le dije que estaba pensando en rechazar la propuesta. Me asombró una vez más por su frescura y franqueza, y con toda la calma me hizo una serie de preguntas: ¿Es un buen sitio? ¿Te gusta? ¿Crees que te divertirías? ¿Es un paso adelante en tu carrera? ¿Hay personas de las que puedas aprender? A todo respondía yo que sí, pero con cautela. Entonces añadió otra, la definitiva: «Si Sofri no publicara allí, ¿tendrías alguna duda?». No, aceptaría casi seguro, respondí. Ella sonrió y dijo: «Entonces adelante, no le hagas caso a nadie, no te preocupes: yo conocí a tu padre mejor que nadie y estoy segura de que él te diría lo mismo. Le encantaban los retos, confrontarse con los demás, mezclarse, en su cabeza no había dos Italia sino una sola». Luego me miró, yo seguía perplejo, así que añadió lo que quizá más le importaba: «Mario, no dejes que sean otros los que decidan tu destino otra vez, ya lo hicieron cuando eras un niño. Esta vez decides tú».

Firmé el contrato, algunos me miraban, perplejos, pero nadie volvió a decirme nada, hasta noviembre de 2005, cuando, en una iniciativa para recordar a los caídos de los años de plomo con un grupo de chicos de secundaria, el moderador me preguntó a bocajarro: pero ¿cómo puede trabajar en *la Repubblica*, donde también escribe Sofri? Esta vez respondí recurriendo al humor: «Es que tampoco podría trabajar en *Panorama* ni en *Il Foglio* de Giuliano Ferrara..., tal vez lo mejor sería cambiar de oficio».

Recuerdo un domingo con Silvio Berlusconi en Santa Margherita Ligure, le robé una entrevista en la calle, las únicas posibles con él. Hacía poco que estaba trabajando en *La Stampa*, tras un año en *la Repubblica*. Me tropecé con él en el paseo marítimo, cuando se bajó del coche con su hija Marina. Van a comprar algunas cosas y a tomarse un helado. Los sigo. En cada tienda que entramos, Berlusconi saluda y luego hace la misma broma: «¿Veis a este chico? Podría ser un buen periodista, pero el año pasado se hizo comunista..., por desgracia ha trabajado para *la Repubblica*». Una, dos, tres, cuatro veces. Yo trago quina, sonrío, me limito a hacer una broma: «*Cavaliere*, la vida es impredecible: te puedes hacer comunista sin saberlo y, además, en pleno siglo xxi». Luego, cuando salimos, le hago una de las preguntas para la entrevista. En la quinta tienda, la farmacia, una de las empleadas tuerce el gesto al oír *la Repubblica* y me mira con

recelo. Me siento casi como un extranjero, fuera de lugar, y me parece realmente grotesco: vengo aquí desde hace años, a la playa, a cenar, a la discoteca, en verano y en invierno. Me sentía como en casa hasta un momento antes y ahora de repente, ¿una etiqueta cambia la persona que soy? A decir verdad, Berlusconi se había acostumbrado enseguida, tanto es así que, meses antes, había accedido a concederme a mí y a *la Repubblica* la entrevista en la que revelaba que había tenido cáncer, pero la reacción de la farmacéutica no la he olvidado.

Lo importante, siempre lo he pensado, es no dejar de ser uno mismo, mantener la fe en las propias ideas, respetar la historia de uno. Si es así, podemos entrar tranquilamente en cualquier parte. Casi en cualquier parte.

Tengo para eso un sexto sentido, lo percibo, hay lugares donde en determinado momento noto algo en el aire que me sugiere que es mejor que me vaya. Recuerdo una tarde, en 1992, en una fiesta: no me gusta el ambiente, no me gustan las cosas que se dicen, empiezo a ponerme nervioso, hasta que capto una frase. Están discutiendo sobre mi madre. Contengo la respiración, me detengo a escuchar, habla una mujer:

—Qué asco, la viuda, la han cubierto de dinero y hasta se hace la víctima, habla que te habla... —y luego, entre risas, comenta—: Deberían haberla disparado a ella también...

Contengo la respiración unos segundos más, estoy perfectamente inmóvil, petrificado, todo está muerto dentro de mí, solo me queda aliento para decir nueve palabras muy lentamente y en voz baja:

—Creo que te estás equivocando en lo que dices.

—¿Y tú qué sabrás?

La miro fijamente a los ojos, no tengo fuerzas para discutir, o tal vez, por el contrario, tengo miedo a no poder controlarme, así que opto por mantener un perfil bajo:

—Me refiero al dinero. No tengo constancia de que le hayan dado mucho, trabaja como maestra de primaria para mantener a sus hijos...

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Es mi madre.

Ya nadie habla, el tiempo se dilata, interminable. Ella se pone roja como un tomate, buscando palabras que no puede encontrar. Me siento exhausto, busco al dueño de la casa, me despido y le doy las gracias, salgo por la puerta, me adentro en el invierno milanés, húmedo, busco aire, tengo la cabeza a punto de reventar.

—Yo me esfuerzo por mantener todas estas cosas lejos de mi corazón, de olvidarlas, de no fijarme en groserías, insultos, para poder mirar hacia delante, para no dejar que me envenenen.

Mamá está hablando por teléfono, le estoy hablando de esas cajas grandes llenas de papeles que quiero tirar, de frases desagradables que he encontrado en los recortes de periódicos, de la gran cantidad de cosas que hemos tenido que digerir.

—¿Cómo lo has conseguido? —le pregunto.

—He apostado por la vida, ¿qué otra cosa podía hacer a los veinticinco años, con dos niños pequeños entre manos y un tercero en camino? He trabajado todos los días, el único antídoto

contra la depresión, y he tratado de vacunaros contra la pereza, contra el odio, contra la maldición de convertirnos en víctimas rabiosas.

no significa ser sumisos o enterrar la cabeza en la arena. Significa luchar por alcanzar la verdad y la justicia y seguir viviendo, a la vez que se renueva la memoria cada día. Hacer lo contrario sería plegarse totalmente al gesto de los terroristas, dejarse ganar por su cultura de la muerte.

Los hijos de Marina Orlandi Biagi tenían doce y diecinueve años cuando mataron a su padre. Son unos chicarrones con una hermosa cara franca y luminosa, sonríen, tienen proyectos, viajan, se comparan: es milagroso cómo se las arregló su madre para mantenerlos en pie, para empujarlos hacia el futuro. Marina los protege, pero nunca ha construido verdades de conveniencia ni ha cedido al desánimo, y mantiene viva la lección que su padre dio a sus hijos: «Marco decía que, a pesar de su corta edad, debían sentirse parte activa e integrante de la sociedad y que ya tenían grandes responsabilidades. Les decía que tenían que ser chicos justos, para prepararse para ser hombres justos. Les decía que defendieran siempre la verdad y la justicia, sin temor a ser impopulares, poniéndose del lado de los más débiles y aislando a los violentos». Marina no piensa rendirse y mientras habla veo a mi madre y a muchas otras viudas de los años de plomo: «Los terroristas se cebaron con mi familia con una crueldad inaceptable, pero no han conseguido quitarnos las ganas de vivir».

Giampaolo Pansa, veinticinco años después de la muerte de Walter Tobagi, describió así el día en el que lo llamaron a declarar en 1983 en el juicio y conoció a Stella, la viuda del periodista: «Stella me estuvo hablando largo rato. De las muchas cosas que me dijo, una se me ha quedado grabada en la memoria por encima de todas: que trataba de criar a Luca y a Benedetta sin odio hacia nadie. Salí de la sala del juicio humillado por tanta serenidad. Tiempo después leí una entrevista con Stella en el *Corriere* y volví a encontrar las palabras que había oído en la sala de los testigos: «Mis hijos están perfectamente al corriente de lo que ha sucedido. Siempre les he contado todo, son conscientes de todo. Y creo que he logrado liberarlos de cualquier sentimiento de rencor y odio.

»En lo que a mí concierne —concluía su artículo Pansa—, a menudo me asalta una certeza: aquellos años feroces nos han cambiado a todos y para mal. Nos han vuelto el corazón más árido, brutalmente ansiosos por olvidar, por barrer las sombras de los muertos y también los rostros de los que han quedado vivos. Muchas veces oigo decir que hemos sido poco garantistas con los que querían hacer la revolución y dispararon. No sabría decir si eso es realmente así. Pero lo que sé a ciencia cierta es que hemos sido muy poco humanos con las mujeres, los hijos y los padres de los que fueron asesinados».

Durante mucho tiempo he estado oscilando entre la lección de mi madre y un deseo sordo de patearlo todo. Cuando se empezó a hablar de indultos me sentí trastornado, no encontraba un centro dentro de mí, un punto fijo al que aferrarme. Entonces se me ocurrió la idea de irme a la

montaña, de buscar ese lugar en el fondo del Valle de Aosta donde mi abuelo me había enseñado a esquiar. Durante días se esforzó al máximo: clases con el profesor de esquí por las mañanas, entrenamientos con él por las tardes. Parecía tener prisa, hasta que me dijo: «Creo que ya lo hemos conseguido, estás listo para la pista de Val Veny».

El descenso por el bosque ofrece un panorama completo de la cadena del Mont Blanc. Frente al glaciar de la Brenva se detuvo, se ajustó el gorro de lana cruda, se quitó los guantes y se metió en la boca un caramelo de ruibarbo Baratti, de los que siempre guardaba en el bolsillo. Entonces empezó a hablarme y me di cuenta de que todas las clases tenían un solo propósito, llevarme a ese lugar. «Cuando murió tu padre lo estuve buscando durante mucho tiempo. Entonces, un día que estaba aquí solo, lo encontré y cada vez que vuelvo siento su presencia. Quería que lo supieras.» No dijo nada más y yo me quedé en silencio. Tres años después, el abuelo murió de un derrame cerebral, antes de que empezaran los juicios.

Esa mañana subí con el primer teleférico, el de los instructores con anoraks rojos, las pistas aún estaban intactas, la nieve crujía bajo mis esquís. Cuando llegué a mirar la pared rocosa del Aiguille Noire de Peutérey, que estiliza la cima del Mont Blanc, estaba completamente solo. Todavía con los ojos fijos en el glaciar, encontré primero a mi abuelo, luego a papá Gigi. Estuve escuchándolo largo rato y sentí que lo mejor era mirar hacia delante, caminar, comprometerme a pasar página, respetando la memoria. Tenía que llevarlo conmigo al mundo, no humillarlo en la polémica y en la rabia, para no traicionarlo. Había que apostarlo todo al amor por la vida.

No he cambiado de idea desde entonces.

16. El trombón

Lo último que podría haberme imaginado en la vida era encontrar la imagen de mi primer recuerdo de infancia, localizarla, casi por accidente, entre cinco millones de fotografías. Poder tenerla en mis manos, mirarla y obtener así confirmación, cincuenta años después, de ese precioso fragmento de memoria que había conservado en silencio durante muchos años.

Ocurrió en octubre de 2019, cuando entré por primera vez en un lugar maravilloso, un filón de historia y de memoria que se guardaba en la bóveda blindada de un banco en las afueras de Milán: el Archivo Publifoto, una inmensa colección de imágenes que retratan Italia desde los años treinta hasta finales del siglo pasado.

Había pedido cita por pura curiosidad y me recibieron los archiveros, que me acompañaron en el recorrido y me enseñaron unas pequeñas vitrinas que contenían una serie de cuadernos, agendas escritas con bolígrafo que detallaban la lista de las sesiones de fotos que se habían hecho cada día. Abrieron una vitrina que resultó ser por casualidad la de 1972. Instintivamente agarré un pequeño volumen que tenía escrito «Mayo» en el lomo, les expliqué que quería ver qué reportajes se habían hecho el día de la muerte de mi padre y más tarde en su funeral. Empezamos a hojearlo a partir del 17 de mayo, pero al cabo de un instante sentí la urgencia de volver hacia atrás, tenía prisa por ir al domingo anterior, el 14 de mayo. Cuando llegamos allí, contuve la respiración, pues había leído: «Desfile de los soldados de montaña», seguido por una serie de números. Pregunté a qué correspondían. «Hojas de contactos y negativos», me respondieron. Pregunté si podía verlos, tratando de disimular mi ansiedad, y me explicaron que solo les llevaría unos minutos. Mientras esperaba, me enseñaron una serie de imágenes que habían preparado, entre ellas el bombardeo de la basílica de Santa Maria delle Grazie, con la protección de sacos de arena que salvó *La última cena* de Leonardo y, conociendo mi pasión por la política norteamericana, algunas fotos de presidentes de Estados Unidos en sus visitas a Italia.

Yo miraba, asentía, comentaba, pero mi cabeza estaba en otra parte, sentía unos deseos apremiantes de abrir aquellas cajas de cartón de los negativos, sentía que algo importante estaba a punto de ocurrir.

Y algo ocurrió. Empecé por un sobre lleno de contactos, me habían pedido que me pusiera unos guantes de tela blanca para no estropear esos pedacitos de memoria, y extraje con mucha delicadeza un primer puñado de imágenes. Ni siquiera necesité buscar, casi de inmediato encontré entre mis manos la fotografía que llevo en la cabeza desde que era niño: el trombón. No podía creerlo, tenía ante mis ojos una maravillosa campana dorada, esa parte del instrumento que tanto me había impresionado y que había querido tocar. Al fondo, las agujas de la catedral de Milán. Mi recuerdo tenía una imagen física, había salido del tiempo y estaba frente a mis ojos, lo estaba mirando, lo tenía entre los dedos. Saqué mi móvil e hice inmediatamente una foto de ese pedazo de papel, todo reseco y combado por el tiempo. Quería llevarme conmigo ese documento, no quería arriesgarme a no volver a encontrarlo nunca más.

En ese momento empecé a tener la esperanza de encontrar algo más, ni siquiera sabía qué, racionalmente por lo menos, pero cada vez tenía más prisa. El contenido del sobre se había

agotado, así que pasé a la primera caja: los negativos con imágenes de la multitud. Era como si tuviera fiebre, los extendí sobre la mesa, aferré la lupa que me habían dado y me puse a repasarlos todos, buscando algo que llevaba décadas enterrado en mi memoria. Cuando vi la esquina de Largo Cairoli que da a via Dante, sentí de manera fuerte y clara que estaba en el sitio correcto. Así que aparté todos los negativos que no tenían nada que ver con esa escena hacia un lado de la mesa y me concentré en ese segmento de la plaza.

Al cabo de un momento me di cuenta de lo que estaba buscando: un niño a hombros de su padre. El primero que encontré tenía un abriguito blanco y un sombrero, pero no me dijo nada. El segundo estaba sobre los hombros de un padre con un impermeable beis, pero era rubio y el padre tenía un aspecto claramente diferente al mío. La tercera era una niña pequeña con una diadema en el pelo.

Luego encontré uno con una cabeza y unas orejas parecidas a las mías, llevaba un jersey claro y de su padre solo se adivinaban los hombros y una chaqueta gris. Detrás había un anciano soldado de montaña que, con un gesto de preocupación, tenía la mano levantada hacia el niño, como si quisiera asegurarse de que no se fuera a caer.

Dejé de mirar. Me quedé en silencio. De repente me calmé. Todo encajaba. Me sentí bien y en paz.

Pregunté si era posible revelar la foto en un formato grande, me contestaron que les llevaría algún tiempo. Sonreí pensando que habían pasado cuarenta y siete años y medio, que unas pocas semanas más no supondrían diferencia alguna. Cuando me llegó el sobre a casa, lo abrí con mucha cautela, luego me fui a ver a mi madre, puse la foto sobre la mesa, señalé al niño y le pregunté:

—¿Alguna vez he tenido un jersey como ese? ¿Papá tenía una chaqueta así?

—Sí, yo diría que sí —fue su respuesta.

—¿Crees que podría ser yo?

—Se parece mucho a ti, pero ¿cómo podemos estar seguros?

Nos quedamos un rato mirándola y haciendo suposiciones y luego me preguntó:

—¿Es importante para ti saber si eras precisamente ese niño?

No, así está bien. Todo ha encajado en su sitio, me siento en paz.

Agradecimientos

Tengo una deuda de gratitud con cuatro amigos que me ayudaron a que este libro naciera.

Filippo Ceccarelli lo leyó y lo comentó con la pasión y el escrúpulo que son la marca de su vida y de su trabajo.

Con Gianni Riotta, durante años, hemos caminado por las calles de noche hablando de los años setenta, del terrorismo y de la necesidad de que yo escribiera lo que sentía. Me animó y apoyó este proyecto cada vez que lo dejaba de lado.

Luigi Contu y Michele Fusco nunca han faltado cada vez que las tormentas de la política y del periodismo volvían a descargarse sobre nuestra familia. Me ayudaron a reaccionar, a reflexionar y a elegir el camino que debía seguir. Sus consejos siempre han sido valiosos y su presencia me ha dado serenidad.

«Pedir perdón exige más valentía que disparar un arma, que accionar una bomba. Eso lo hace cualquiera.»
FERNANDO ARAMBURU

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Salir de la noche*.
Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.
Le esperamos.

Nota biográfica

Mario Calabresi (Milán, 1970) es escritor y periodista. Ha sido director de los diarios *La Stampa y la Repubblica* y ha publicado varios libros, entre los que destacan *Salir de la noche* (2007; Libros del Asteroide, 2023), que fue un fenómeno literario en su país, *La fortuna non esiste* (2009), *Cosa tiene accese le stelle* (2011), *Non temete per noi, la nostra vita sarà meravigliosa* (2015) y *La mattina dopo* (2019).

Enric González (Barcelona, 1959) es periodista y escritor. Ha sido corresponsal de El País en Londres, París, Nueva York, Washington, Roma, Jerusalén y Buenos Aires y actualmente es columnista de este periódico. Es autor de varios libros, entre los que destacan *Historias de Londres* (1999), *Historias de Nueva York* (2006), *Historias de Roma* (2010) e *Historias del calcio* (2007).

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Salir de la noche*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Giorgio Fontana, Muerte de un hombre feliz

Memoria del miedo, Andrew Graham-Yooll

A sangre y fuego, Manuel Chaves Nogales

[*] El presente libro se publicó en 2007. Adriano Sofri fue puesto definitivamente en libertad en 2012, tras pasar nueve años en la cárcel, siete en semilibertad o arresto domiciliario y serle aplicados algunos beneficios penitenciarios. *(N. del T.)*

[*] De todas las ramas de bachillerato en Italia, la más prestigiosa es la de letras clásicas. Hasta 1969 era la única que facultaba para acceder a la universidad. *(N. del T.)*

[*] Fundador de varias organizaciones de extrema izquierda de los años de plomo, condenado por asociación subversiva y prófugo en Francia. *(N. del T.)*

[*] Francesco Cossiga (1928-2010) tuvo una larga carrera política en la Democracia Cristiana y fue ministro del Interior durante los años de plomo, cuando se hizo popular la pintada a la que se alude en el texto. Ocupó la presidencia de la República italiana entre 1985 y 1992 y, posteriormente, como senador vitalicio, acabó tan alejado de su partido que apoyó incluso la formación del Gobierno de izquierdas de Massimo D'Alema. *(N. del T.)*

[*] De los partidos mencionados, Rifondazione Comunista y Democratici di Sinistra procedían ambos del antiguo Partito Comunista Italiano, el primero con un sesgo marxista, mientras que el segundo, más socialdemócrata, formaba en esos años parte de la coalición L'Unione, dirigida por Romano Prodi. *(N. del T.)*

[*] Otra coalición de centro izquierda, surgida en 1995 y de la que desciende el actual Partido Democrático, fundado en 2007. *(N. del T.)*

[*] Profesor universitario de Derecho y autor de una polémica reforma laboral, de quien se hablará en el capítulo 14, asesinado por las Nuevas Brigadas Rojas en 2002, después de que el ministro citado le retirara la escolta. *(N. del T.)*

[*] Emilio Alessandrini, instructor junto con D’Ambrosio de la matanza de piazza Fontana en 1972, fue asesinado posteriormente, en 1978, por el grupo terrorista de extrema izquierda Prima Linea. De él se habla por extenso en el capítulo 9. *(N. del T.)*

[*] Profesores universitarios ambos, Ezio Tarantelli de Economía y Massimo D'Antona de Derecho Laboral, fueron asesinados en 1985 por las Brigadas Rojas y en 1999 por la Nuevas Brigadas Rojas, respectivamente. Sus asesinatos se justificaron por su labor de asesoramiento al Gobierno de turno en cuestiones de legislación laboral. *(N. del T.)*

[*] Guido Rossa, obrero y sindicalista comunista, fue asesinado en 1979 por las Brigadas Rojas tras atreverse a denunciar la propaganda terrorista de un compañero de fábrica. En su entierro participaron más de 250.000 personas y se considera que su muerte marcó la definitiva ruptura entre el movimiento obrero y el terrorismo. *(N. del T.)*